

VALLESECO

TIERRA ADENTRO

2ª EDICIÓN

HABLA
Y COSTUMBRES
DE LAS MEDIANÍAS
-AÑOS 40-



DOMINGO REYES NARANJO



Domingo Reyes Naranjo, nació en Valleseco (Gran Canaria), en 1936. Es licenciado en Teología por la Universidad de Lovaina (Bélgica). Diplomado en Lengua Española e Idiomas Modernos (Francés), y en Pedagogía Terapéutica. Experto Universitario en Perturbaciones en Audición y Lenguaje (Logopedia).

Autor de los libros **“Valleseco - Tierra Adentro. Habla y Costumbre de Las Medianías, años 40”** (1ª Edición, 1993), **“Cuentos de Gran Canaria, Valleseco - Arbejales** (2001) y **“Metamorfosis de un Cura Canario”** (2007).

VALLESECO TIERRA ADENTRO

HABLA Y COSTUMBRES DE LAS MEDIANÍAS
- AÑOS 40 -

*A nuestros mayores de
Las Medianías, que lucharon para que
tuviéramos una vida más digna*

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a la Vicepresidencia del Gobierno de Canarias por el apoyo prestado al rescate y divulgación del habla y costumbres de nuestra tierra.

Mi gratitud al Il. Ayuntamiento de Valleseco, que sigue inquebrantable en la línea de prestar apoyo incondicional a los alumbramientos literarios que cuentan y cantan la historia, costumbres, habla, efemérides, etc. de su gente.

Constancia también de mi gratitud a los que han facilitado una parte destacada de las fotografías del libro:

- D. Nicolás Sánchez Grimón
- D. Hermelindo Suárez Domínguez
- Dña. Irene Sarmiento Domínguez
- FEDAC. Cabildo de Gran Canaria.
- Fondos fotográficos, Ayto. de Valleseco.

Edita: Ilustre Ayuntamiento de Valleseco.

Autor: Domingo Reyes Naranjo

Depósito Legal: GC-227-2009

Imprime: Imprenta Pelayo

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN.....	5
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN.....	9
JUSTIFICACIÓN.....	13
SILVESTRE.....	19
UN BAIFO PARA EL SEÑOR ALCALDE.....	25
SE AHORCÓ CASIMIRO.....	31
LA CABRA AL MACHO.....	39
MAESTRO LORENZO, EL MARCHANTE.....	45
BUSCANDO NIDOS.....	49
LOS TANQUES DE CUEVA.....	55
PERICO EL DEL CESTO.....	61
LA MATÁ DEL COCHINO.....	67
LA BODA DE LOLITA.....	75
MARIQUITA LA QUESERA.....	85
EL RACIONAMIENTO.....	91
LOS LECHEROS.....	95
LOS LATONEROS.....	99
PANCHO HERRERA, UN HOMBRE TOPO.....	107
EL AMASIJO.....	113
EL DOMINGO.....	119
A LAVAR LA ROPA.....	125
LA COGÍA DE PAPAS.....	131
SE ABRE LA VEDA.....	137

RANCHO DE ÁNIMAS	145
JUANITA LA SANTA	151
AL MOLINO	157
LOS BAILES	163
RECUERDOS DE CUBA	169
LA ENRAMADA.....	179
LAS FOGALERAS	185
JUNTANDO LEÑA	191
LOS COCHINEROS	195
LA SIEGA Y LA TRILLA	199
ESPIANDO UNA GALLINA.....	209
EL CRIMEN DE LAS LAGUNETAS.....	213
LOS JUEGOS Y CANCIONES INFANTILES.....	221
VOCABULARIO.....	229
EXPRESIONES COLOQUIALES	239

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN.

El conocimiento del acervo histórico canario se enriquece con esta aportación de historia oral, vivida, recogida y estructurada por el investigador grancanario Domingo Reyes. El estudio que presentamos, **Valleseco Tierra adentro**, permite rescatar tradiciones que, gracias a esta impresión escrita, perduran y pueden servir de incentivo a personas y colectivos, conocedores de otras tradiciones orales, a poner por escrito sus conocimientos, sus vivencias, sus experiencias, sus recuerdos... en orden a la construcción cultural del pueblo canario. Esta convergencia permitirá, no quepa duda, enriquecer un acervo generador de un proyecto que incorpore, como elemento central, la recuperación y la dinamización de nuestra identidad como pueblo.

Con su planteamiento, el autor se sitúa en la órbita de las reflexiones recogidas en la **Psicología del Hombre Canario**, que apuntan a la historia como un elemento constitutivo y diferenciador de su identidad, pues un pueblo y su historia constituyen una sola y única realidad en construcción progresiva. Alemán y Reyes coinciden en la necesidad de aprender y enseñar a leer en el libro del inconsciente colectivo del pueblo canario que recogió la vivencia de los hechos experimentados en su carne y en su sangre. Asimismo, insisten en que el conocimiento de nuestra historia no significa una propuesta de regresión al pasado, sino de integración enriquecedora de nuestro pasado.

El trabajo que presentamos se entronca en los paradigmas etnoarqueológicos y psicoantropológicos que se sirven de los materiales aportados por la oralidad cultural como elementos básicos para su construcción y sistematización. En esta línea,

planteara el profesor Juan Bethencourt en su investigaciones y escritos, la tradición oral se entiende como instrumento de identificación, realización y transmisión. La cultura del pueblo se contempla así no como un elemento opositor, sino enriquecedor, como realidad digna de consideración y estudio. Se descubre y potencia así la propia consistencia y fuerza de las tradiciones orales y su necesidad de estructuración.

Aquí es preciso resaltar el esfuerzo de recopilación realizado por Domingo Reyes y la utilización de un método de campo caracterizado por la apertura y el respeto a los componentes de la comunidad que estudia. El autor apresa fuentes orales y con ellas estructura esta obra que presentamos. Además, él mismo nace, crece y permanece en ósmosis con los cánones de la oralidad cultural de Valleseco, lo que ha permitido esta elaboración sencilla, cercana y coloquial. Además, y, no en vano, el libro que presentamos es la obra de un profesor en ejercicio, que imprime el sello didáctico de todo lo que hace.

Centrados en la propia estructura de la obra, parece importante sistematizar distintas afirmaciones relevantes.

En la justificación, el autor sitúa al pueblo de Valleseco en su contexto geográfico y describe sus peculiaridades: sus tierras, sus montañas, sus aguas, sus pequeños pagos, sus costumbres, sus gentes.

Ya en el cuerpo de la obra, se detiene precisamente en sus costumbres y, sobre todo, en sus gentes, en sus personajes. El contexto geográfico y cultural no parece servirle de pretexto, pues en el texto los personajes parecen surgir del mismo contexto: el personaje forma un matrimonio indisoluble con la tierra que sólo la muerte parece romper. Así encontramos personajes como Silvestre, el cura, el médico, el alcalde, el maestro Lorenzo el marchante, Perico el del cesto, Mariquita la que sera, los latoneros, el topo Pancho Herrera y Juanita la santa.

Los personajes se mezclan con la geografía, con los tanques de cueva cavados por el topo Pancho Herrera; con las costumbres, como llevar la cabra al jairo, buscar nidos, la matá del cochino, el amasijo, la enramá, la jornada del domingo, el lavado de la ropa, la cogía de papas, la apertura de la veda, el rancho de ánimas, la ida al molino, las fogaleras, la juntá de leña, la siega y la trilla, la espía de la gallina. Y situaciones sociales relevantes, como el racionamiento, la prohibición de los bailes, la boda de Lolita, los recuerdos de Cuba, el crimen de Las Lagunetas, el suicidio de Casimiro.

También quiero recoger una constatación que el autor repite de forma reiterada: el desconocimiento por parte de las generaciones jóvenes de expresiones propias (recogidas en un Vocabulario interesante y enriquecedor), de costumbres y usos, de personajes que conforman una parte de nuestro acervo cultural y cuyo conocimiento nos puede servir de ayuda en la construcción del proyecto cultural canario. Este conocimiento nos permitirá estar preparados para afrontar sin complejos el encuentro intercultural sin los traumas del pasado, determinados por una incursión violenta que rompió fronteras, deslindó confines, implantó un imperio de dominio universal, proyectó un modelo único de hombre y de historia y arrasó la cultura que encontró a su paso. El conocimiento de nuestro acervo cultural canario nos facilitará la integración de nuestro propio patrimonio cultural y su integración en la dinámica internacional persona-persona, persona-pueblo y pueblo-pueblo, proyectando la comunicación en contextos donde la participación de igual a igual sea posible. Se implica así la recuperación de una dinámica relacional con otras personas, pueblos y culturas desde la identificación y el respeto mutuo a las peculiaridades de cada uno.

Por último, no me resisto a transcribir en este Prólogo los versos que Saulo Torón, en el Final de las Últimas Palabras, dedica a los que se encuentran metidos en la noble tarea de dejar constancia escrita de la experiencia vivida:

“Palabras fugitivas,
mis monedas de cobre
que al mundo vais a circular, o acaso
a saber del olvido de los hombres...
...Que alguno logre
sacar del cobre vuestro el oro suyo,
y que ricos y pobres
en vuestro amor se unan...”

Gonzalo Marrero Rodríguez

Director del Departamento de Psicología
y Sociología de la Universidad de
Las Palmas de Gran Canaria.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

“**Valleseco, Tierra Adentro**” no es un tratado sobre las costumbres, el habla y las tradiciones de un pueblo. Es la expresión viva de esas costumbres, habla y tradiciones vividas por su propio autor. Domingo Reyes nació en ese ambiente. Es parte sustancial de una sociedad que vive y se expresa de una determinada manera, es parte de la identidad de ese pueblo. Vivió en los primeros años de su juventud, como un miembro más que era de aquella sociedad, inmerso en el ambiente que nos narran sus relatos. Tuvo la cualidad de ser un agudo y minucioso observador de todo lo que le rodeaba, lo que le da a la obra un sabor genuino y auténtico de aquella realidad social, tanto de su comportamiento, de sus costumbres, como de su modo de hablar.

En sus narraciones nos muestra la vida cotidiana de Valleseco en los años 40 del siglo pasado. Su contenido puede extenderse a décadas anteriores y a parte de la década de los 50, época en que las comunicaciones con otros pueblos y sobre todo con la ciudad, empiezan a ejercer su influencia en Las Medianías. De esta forma se van abriendo nuevos horizontes que permiten conocer nuevas costumbres y modos de vida. Es la época en que prácticamente empieza a extenderse la radio; comienza el desplazamiento de muchos jóvenes a trabajar fuera del municipio, con la posibilidad de volver a casa diaria o semanalmente; se inicia un cambio lento pero progresivo en los medios de vida; es la época en la que el trabajo del campo, la agricultura y la ganadería experimentan un abandono que se va viendo acentuado paulatinamente, pasando a ser en las siguientes décadas sólo complemento de la economía familiar

en la mayoría de los casos. Como consecuencia de este cambio también van a desaparecer progresivamente algunas profesiones inherentes y auxiliares a la economía tradicional del campo de Las Medianías, como son los artesanos, los latoneros, los marchantes, los “güeveros”, los herreros, los cochineros, los lecheros, etc., todos magistralmente descritos en la presente obra. Todo ello conlleva un cambio progresivo en las costumbres e incluso en el habla del pueblo. Los medios de subsistencia cambian y, por tanto, las tareas propias de una economía agrícola y ganadera se van perdiendo poco a poco, quedando muchas de ellas incluso en el olvido. Por ejemplo, los jóvenes de hoy posiblemente no sepan en qué consistía una trilla, ni lo que es un latonero, o pagar la maquila, o el significado de “arrejundir”, beletén, borrega, cañizo, gilorio, panasco, etc., por sólo mencionar algunos de los abundantes términos de este tipo utilizados en el presente libro.

Es evidente que el léxico que un pueblo deja de usar se pierde paulatinamente. Así sucede con los nombres de utensilios, aperos, herramientas, etc. La evolución de la sociedad descubre nuevas técnicas y nuevas formas de subsistencia, lo que conlleva que todo cambie, tanto las costumbres y las formas de vida como el mismo vocabulario. Sin embargo es muy enriquecedor que quede constancia, al menos escrita, de este elenco de palabras y expresiones, así como de las costumbres y formas de vida.

En este sentido se expresaba Fernando Lázaro Carreter cuando decía: “Parece evidente que el mundo moderno se encamina hacia la neutralización de las diferentes costumbres, modas y gustos...” No cabe duda que a partir de la mitad del

siglo pasado nuestra sociedad en general y nuestro pueblo en particular, con sus propias características, entran paulatina pero progresivamente a formar parte de la tan cacareada “globalización” de los tiempos actuales. Todo ello implica los cambios antes mencionados, con la pérdida de determinados elementos culturales y la adquisición de otros nuevos.

El autor de “**Valleseco, Tierra Adentro**”, Domingo Reyes, se vale de los diálogos, como recurso literario, para poner de manifiesto las expresiones auténticas, el habla real de los campesinos en su propia vida natural y sencilla. Retrata las escenas de la vida campestre de la zona con meticulosa exactitud, como pueden ser el enorme trabajo y sacrificio de un ama de casa, de un labrador, de un jornalero, de un mendigo o de cualquier otro personaje de la escena campestre de Las Medianías.

Estos relatos son narraciones y descripciones de la identidad de esta cultura, hechas desde dentro, desde las propias vivencias. Por ello se deduce, al leerlas, que el autor vive y saborea lo que escribe, dándole más autenticidad, credibilidad y fidelidad a lo escrito. Estas características llevan consigo que el lector, sobre todo si vivió en esa época, sienta como propio lo que lee y lo reviva con cierta nostalgia. Seguramente esta forma de acercar la cultura de los años 40 al lector es lo que ha hecho que en el colegio del pueblo y en otros muchos más haya tenido entusiasta aceptación la lectura de estos relatos.

Prueba de lo anteriormente expuesto es, sin duda, que el autor haya decidido editar el libro por segunda vez, con la ampliación de tres nuevos capítulos: **Los lecheros, Los cochineros**

y **Juegos y canciones infantiles**. Con toda seguridad, esta nueva edición aumentará el interés de los lectores y enriquecerá el contenido de la obra.

Hay que agradecer el esfuerzo llevado a cabo en este libro por transmitir a las nuevas generaciones el acervo cultural de un pueblo, su vida, sus costumbres, sus trabajos, tan penosos muchas veces, etc. Todo ello supone, por otra parte, un homenaje a nuestros mayores, un reconocimiento a sus valores, como eran, por ejemplo, la palabra dada, la honradez y el respeto, entre otros. Es deseable que estos valores se conserven para perpetuar la identidad de nuestro pueblo en lo más esencial.

Este libro de Domingo Reyes es, sin duda, una aportación muy valiosa en este sentido, que los lectores presentes y futuros, con toda seguridad, apreciarán y valorarán.

Vicente Marrero Sosa

Licenciado en Filosofía y Letras:
Lenguas Modernas.

JUSTIFICACIÓN

Cada día que pasa constatamos con mayor evidencia cómo nuestro pueblo canario va perdiendo su identidad a paso acelerado.

Su forma de ser, su estilo, su peculiaridad, su idiosincrasia admirada y alabada en tantos sitios, va siendo absorbida inexorablemente por la avalancha de tantos turistas e inmigrantes, procedentes de los más diversos pueblos y de las más variadas costumbres. Añadiéndose, como colofón, la presencia omnipotente de las nuevas divinidades que cada hogar ha entronizado con máxima devoción y suma reverencia y acatamiento: La televisión y el ordenador.

Palabras, acepciones, dichos populares, comportamientos sociales, tradiciones, etc., etc., vigentes hasta no hace muchas décadas, han desaparecido casi por completo del mundo de las nuevas generaciones.



Vista antigua del casco de Valleseco.

Aunque nuestras experiencias se centran de un modo concreto en Las Medianías de Gran Canaria, sin embargo, el mismo fenómeno se puede apreciar con igual notoriedad en cada una de las restantes islas.

Para dejar bien contrastadas estas apreciaciones, adrede hemos usado con muchos interlocutores jóvenes de estas latitudes vocablos muy frecuentes entonces, tales como: “salmuera”, “chaveta”, “ripio”, “*cojolla*”, “coyunda”, “barbecho”, “bágallo”... Y de la misma manera hemos aludido a expresiones de aquellos tiempos, como: “Celebrar el Vino”, “échar verdín”, “resfriar la tierra”, “cobrar la maquila”, “dar un *lambriaso*”, “ir a misa mayor”, “dar una *corriabaqueta*”... El resultado ha sido contundente: Un desconocimiento casi total de los mismos.

Dejamos bien en claro que de ninguna manera tratamos de defender, como a veces algunos han pretendido, equivocadamente (a nuestro juicio), el que se siga hablando lo que realmente es una incorrección o un vulgarismo, invocando como razón un pseudo lenguaje canario. Ni tampoco queremos propugnar el que se mantengan viejas costumbres que la técnica moderna ha superado felizmente, propiciándonos con ello una vida más agradable y más humana que entonces.

Nuestra intención es reflejar, con la mayor fidelidad posible, aquel lenguaje que empleaban nuestros mayores no muy lejanos, nuestros padres e incluso nosotros mismos en la ya lejana niñez, para que no quede borrado en el decurso del tiempo. Y, al mismo tiempo, queremos referir algunas de las costumbres y formas de vida de aquel entonces. Y así, con todo ello, aportar algunos granitos de arena a ese acervo formidable de habla y costumbres canarias con el que contamos, gracias a tantísimas y muy ilustres plumas isleñas.

El trozo de historia en el que hemos querido situarnos pertenece a la década de los cuarenta, años tremendamente difíciles de la posguerra civil española y de la segunda conflagración mundial. Años de las “Cartillas de Racionamiento” y de las interminables colas. Años en los que lo único que abundaba era el hambre y la muerte.

Haremos aparecer en nuestro escenario de papel lo que era entonces la vida de nuestros campesinos, de esos hombres y mujeres anónimos y siempre olvidados, cuya jornada laboral iba mucho más allá de la luz solar.

Apreciaremos sus luchas y esfuerzos, sus alegrías y penas, sus fracasos y esperanzas, sus costumbres y tradiciones.

Con ello queremos rendir homenaje a tantos como lucharon bravamente y pudieron mantenerse a flote. Y también a aquellos que, a pesar de sus heroicos esfuerzos, no lograron la supervivencia y quedaron quemados sobre sus tierras, sobre sus queridas y malditas tierras.

Nos detendremos en varias familias que aunque no tienen nombres propios y ubicación geográfica muy concreta, sin embargo, su esencia, su identidad es de carácter más amplio, más universal; su “patria chica” podría estar en cualquier punto, en cualquier caserío de Las Medianías. A esta gente la veremos en las múltiples facetas, propias de un ambiente rural y agrícola. Seremos testigos del apretado programa que siempre les aguarda: Cuidar a los animales, sembrar, plantar y coger las papas, partir leña, trillar, amasar el pan, lavar la ropa, matar el cochino, tostar, ir al molino, etc., etc.

Se podrá observar la presencia de varios personajes que dejaron huellas por su singularidad o relevancia social en el área en que nos movemos. Pero queremos dejar bien en claro que nuestra intención no es hacer exhaustivas biografías o reflejar puntuales hechos históricos. Ellos no son más que pun-

tos de referencia o de apoyo para resaltar nuestro principal objetivo: Mostrar el habla y costumbres de las gentes del decenio de los cuarenta.

El lugar donde se desenvuelve la mayoría de nuestros protagonistas es Valleseco, pueblo situado casi en el corazón de Gran Canaria, en la franja de Las Medianías, a unos 900 metros de altitud y a 28 kilómetros “TIERRA ADENTRO”.

El nombre de Valleseco, aunque a primera vista resulta paradójico, puesto que toda su geografía presenta una estampa intensamente verde y con muchos manantiales, sin embargo, contemplándolo en todo su contexto tiene una explicación. El municipio está atravesado por tres grandes barrancos o depresiones: Barranco de Madrelagua, Barranco de la Virgen y el largo valle que arranca desde las alturas de Lanzarote y se prolonga hasta Zamora, aproximadamente. En la parte inferior de este valle es donde se asienta el casco o pequeña “capital” del pueblo. Tanto el Barranco de Madrelagua como el Barranco de la Virgen eran muy ricos en agua. De sus suelos brotaban numerosos manantiales que hacían discurrir sus limpias y abundantes aguas por medio de las ñameras, berrazales, cañaverales y mimbreras. En cambio, la hondonada del centro, menos profunda y más arcillosa, carecía de esas aguas corrientes. Contrastaba con sus flanqueadores. Por esta circunstancia, con toda probabilidad, se le denominó Valleseco, nombre que abarcaría a toda la extensión geográfica, en la que se asentaban todos sus grupos poblacionales.

Por aquel entonces, ninguno de sus barrios periféricos tenía carretera, ni luz eléctrica, ni agua corriente en las casas, ni teléfono..., ni casi qué comer. Y para ir a misa, al ayunta-

miento, al médico o a enterrar a sus muertos, había que andar, en la mayoría de los casos, varias horas de duro camino.

En esta demarcación geográfica, salpicada de los más pintorescos caseríos, tales como Madrelagua, Lanzarote, Valsendero, Zumacal, Monagas, Sobradillo, Zamora, Carpinteras, El Molinete, Troyanas, Caserón, Barranco de la Virgen, etc., vivían unas tres mil personas. A excepción de los tenderos, lecheros, zapateros y maestro Rafael el herrero, todos sus moradores, hasta que apareció Venezuela (hacia finales de los cuarenta), se dedicaban exclusivamente a la agricultura. Las tierras y sus animales eran el único soporte económico del que disponían para poder subsistir. Formaban entre sí, como un verdadero e indisoluble matrimonio, que sólo la muerte se encargaba de romper.



Silvestre Rivero Valerón, (sepulturero y mendigo).

SILVESTRE

En la zona de Gran Canaria que abarca los pueblos de Firgas, Teror, Valleseco, Tejeda y Artenara, es prácticamente imposible encontrar una persona que se llame Silvestre. Y no precisamente por el hecho de que cierto cura de Las Medianías pusiera tal nombre a todo niño que naciera de padre desconocido, por eso de que en latín “silvestre” significa “de la selva”.

Si en un lapso de tiempo amplísimo no registramos el nombre de Sivestre por todos estos parajes, la culpa, sin duda alguna, la tuvo aquel hombre, nacido en Valleseco, que bien podría haber escapado de una película de Alfred Hitchcock.

Su figura y su nombre eran el terror de los niños de aquellos pueblos en donde transcurría su existencia. Jorobado desde pequeñito, según contaban debido a una caída de la cuna, sus brazos casi tocaban el suelo. Nunca se afeitaba; por eso, la espesa y rizada barba negra llenaba toda su cara, hasta casi tapar sus ojos redondos y centelleantes. Un viejísimo sombrero, con las alas cortas y caídas y rancias hasta el extremo, semitapaba su larga y desgreñada cabellera. Sus pies jamás habían visto calzado alguno; eran casi tan anchos como largos y más duros que la misma suela. Y su voz, apenas era inteligible, ya que había sufrido una lesión en la “campanilla”, nadie sabía cuándo.

La higiene y aseo personal eran cualidades desconocidas para él. La raña severa le era algo consustancial. Sus ropas, llenas de brea, caían al suelo a jirones. Sólo de tarde en tarde se renovaban, cuando el alcalde de Valleseco daba órdenes de conducirlo al cuartelillo. Allí lo bañaban, le cortaban el pelo, lo afeitaban y le ponían ropa limpia.

El mal olor que despedía (a orines y a otras cosas), se percibía desde muy lejos. Lo que ocurrió en Carpinteras, barrio de Valleseco, da una idea palpable de ello.

Resulta que al llamar a una casa le salió un perro bardino, dispuesto a comérselo. Ante situación tan desesperada, Silvestre no tuvo otra ocurrencia que tirarse al suelo y hacerse el muerto. El agresivo animal, de pronto dejó de ladrar y se calmó como por encanto. Se acercó a aquella “figura” inerte y comenzó a olerla por todas partes. No se explica qué motivos tuvo o qué malévolas intenciones pasaron por su cabeza; lo cierto fue que el apaciguado “amigo del hombre” levantó una pata trasera y mostrando una total indiferencia hizo aguas menores sobre él. Después, dio media vuelta y se metió tranquilamente en su casa.

Silvestre siempre llevaba al hombro un saco en el que iba echando las limosnas en especie que la gente le daba. Él era como el carroñero de todas las *matás* de cochino, que tenían lugar mayoritariamente una vez que llegaba el rigor del invierno; es decir, allá por los meses de noviembre y diciembre. Apenas se enteraba de tal hecho, ya estaba allí, reclamando lo suyo: una pata o una oreja. “Por una patita de cochino –decía-, camino yo muy lejos”.

La gente menuda de los barrios por donde solía pasar Silvestre tenían miedo a tropezarse con él por los caminos, sobre todo si iban solos. Pero como estuvieran en grupo, ya tenía buena diversión con él. Empezaban a tirarle piedras, a insultarlo y a hacerle correr. En parte, tenían cierta justificación, porque aquel personaje siniestro tenía tendencias exhibicionistas y solía realizar gestos y acciones obscenas, que provocaban el repudio de los pequeños.

Cierto día, el demonio tentó a un tal Ángel Padrón. El muchacho vio cómo por el camino que venía del barrio de

Zumacal hacia Monagas, allá por los Andenes, avanzaba la figura esperpéntica de Silvestre, apoyándose en su inseparable palo y con el cesto colgando del brazo. Por fuerza tenía que pasar por delante de su casa, en “Las Cuevas de D. Juan Tomás”. Sin pensárselo dos veces, se situó al borde de una tierra, sobre el camino por donde llegaba Silvestre. Y justo en el momento en que pasaba por debajo, dejó caer una gran laja, que dio de lleno en la joroba del infeliz pordiosero.

Silvestre quedó tendido en el suelo durante varios minutos, retorciéndose como un reptil y dando terribles ¡¡Ay!!, que más bien parecían bramidos de una fiera herida y embravecida. Poco a poco fue recuperándose y como Dios le ayudó logró ponerse de pie. Con una mano apoyada en la espalda intentó erguirse para descubrir al autor de tan malvada agresión. Naturalmente no vio a nadie. Ángel Padrón, tremendamente asombrado, había desaparecido del escenario con la velocidad de un rayo. Pero, el astuto mendigo sospechó enseguida quién pudo ser. Por eso comenzó a gritar:

- ¡El hijo de María Guerra es! ¡El hijo de María Guerra es!

Y medio corriendo, medio tambaleándose se fue derecho a la casa del chiquillo, que estaba un poco más allá.

- ¡Mariquita, Mariquita! –gritó de nuevo; ahora en el mismo patio.

María Guerra, que estaba en la cocina haciendo el queso, salió corriendo, limpiándose las manos con el delantal y muy asustada exclamó:

- ¡Ah! ¿Es *usté*, Silvestre? ¿Ha *ocurrió* algo malo?

- ¡Su hijo fue, Mariquita! ¡Fue su hijo!

- Pero, ¿qué le pasó a mi hijo, Silvestre. ¡Dígamelo pronto, por favor! –volvió a gritar suplicante la angustiada mujer, pensando que le había sucedido algo gravísimo a su hijo.

- ¡Que su hijo casi me mata! ¡Me tiró una tosca *arría* de mi... espalda, que me dejó *tendío* en el suelo, sin resuello, yo no sé cuánto tiempo. ¡Ay cómo me duele, Mariquita!

María Guerra suspiró profundamente, al mismo tiempo que sentía un gran alivio. Y dio gracias a Dios, porque no le había acaecido ninguna desgracia a su hijo.

Mientras, el pobre Silvestre seguía agarrándose las espaldas y gimiendo inconsolable.

- ¿Y dice *usté* que fue mi hijo? –preguntó con cierta desconfianza María Guerra.

- No *quepe* ninguna duda, Mariquita. Lo sé como si lo hubiera visto. Pero, *oya* bien lo que le digo: Yo lo buscaré por *toas* partes. Y aunque se meta debajo de la cama, allí mismo le parto este palo en la cabeza.

- ¡Cálmese, por Dios, Silvestre y no hable *ansina*! –atajó María Guerra, tratando de apaciguar los ánimos del encolezado pordiosero.

- ¿Que no hable *ansina*, me dice? ¡Cómo se nota que a *usté* no le duelen los huesos *d'atrás* como a mí! –replicó Silvestre, todo nervioso aún y con los ojos llenos de cólera.

- Mire, Silvestre: *usté* pierda *cludiao*, que yo lo averiguaré y si es *verdá* la cosa, le juro por lo más *sagrao* que le rompo el culo con una alpargata.

Pero, lo que ninguno de los dos sabía era que el diablo de chiquillo estaba, efectivamente, metido debajo de la cama, oyéndolo todo. Se veía descubierto de un momento a otro. Por eso, estaba que se moría de miedo y maldiciendo mil veces el momento en que se le ocurrió hacer tan desgraciada mataperrería.

- ¡Mariquita, deme, por favor un poco de agua fresca, a ver si se me calma *argo* este perro dolor! –suplicó con voz dolida el pobre Silvestre.

En la esquina del patio, casi escondida entre culantrillos, estaba la talla. María Guerra metió el jarro de asa y lo sacó *raido*.

- Tenga, Silvestre y bébasela *toíta*. Si quiere más, la talla está casi llena, que esta mañana fui a buscarla a la “Fuente del Rapador”.

Silvestre, dejando caer un hilillo barbas abajo, apuró de un tirón el agua fresquita, que le pareció más rica que nunca.

- ¡Ah, esto me devuelve la *vía*! ¡Muchas gracias, Mariquita!

- A ver... Abra el saco, Silvestre, que le voy a echar un par de *travesás* de papas. Si quiere, le pongo una escudilla de *tabique* con gofio, que estoy haciendo el queso.

- Nunca se lo pagaré, Mariquita, porque *dende* ayer tarde no como *na*.

Con el estómago consolado, pero todavía con todo el cuerpo dolorido, el trotamundos de Las Medianías inició las visitas a cada una de las casas de Monagas, con el consiguiente alboroto de los pequeños y la acogida poco amistosa de los perros.

A la caída de la tarde, con el saco medio lleno, Silvestre prosiguió su camino hacia El Molinete, siendo escoltado hasta El Lomito por casi la totalidad de la chiquillería del vecindario. En aquel barrio, con certeza, le aguardarían nuevas aventuras, por no decir escaramuzas, a cargo de la gente menuda. Y, en el fondo, eso era lo que él deseaba.

UN BAIFO PARA EL SEÑOR ALCALDE

Valleseco no era ninguna excepción. En aquellos años de la década de los cuarenta tenía tres personajes bien conocidos por todos sus habitantes: El cura D. Juan, muy querido por todos; el médico D. Jesús, muy admirado por todos y el alcalde, D. Felipe, muy temido por todos.

Éste último se movía por todo el municipio como pez en el agua. Se creía y actuaba como el amo de un gran cortijo. Para algo era el omnipotente Jefe Local del Movimiento.

- Oye, Antonio, ¿cuándo mando el camión a por un viaje *d'istiércol*?

- Cuando *usté* quiera, D. Felipe.

- Oye, Virgilio, ¿a quién le vas a vender las papas este año?

- Cuento con ellas, D. Felipe.

- Oye, Elías, ya *comprastes* el guano *pa* las papas?

- Yo había *pensao* en comprárselo a *usté*, D. Felipe.

La inmensa mayoría de los labradores de Valleseco se veía obligada a relacionarse con D. Felipe a la hora de sus reducidas operaciones financieras. Él era como el gran catalizador de sus humildes “entradas” y “salidas”.

A raíz del Alzamiento Nacional, 18 de julio de 1936, D. Felipe se constituyó en el hombre fuerte de Valleseco. Muchos de los que no vieron con buenos ojos el inicio de “La Cruzada” fueron considerados como indeseados y proscritos. Desde el primer momento recibieron el rigor de sus iras. Tal fue el caso de Manuel Santana, vecino de Madrelagua. Por no presentarse en el ayuntamiento la primera noche de la convocatoria, “por tener una vaca de parto”, le llenó el estómago de aceite ricino.

El pobre hombre estuvo más de una semana revolviéndose como una bestia. Y tardó varios meses en normalizar su barriga.

La figura de D. Felipe emergía en todas las situaciones. En la hora de las particiones de las herencias, del cobro del subsidio familiar, de la ida al cuartel, de algún lío, por causas de cualquier accidente, etc., siempre había que contar de alguna manera con su presencia y mediación. Su mano todopoderosa lo arreglaba todo. Si se tropezaba con algún problema duro de roer, bajaba a la capital y allí siempre encontraba el apoyo necesario para resolverlo.

Tenía un olfato y un instinto como nadie para detectar cuándo alguien estaba en apuros y se veía obligado a vender algunas de sus tierras. En muchos de los casos él terminaba quedándose con ellas.

La palabra escrúpulo era totalmente desconocida para D. Felipe. El propio interés, la astucia y la osadía eran las que más valoraba. Esto quedó demostrado con el asunto del Racionamiento. Todos los meses, cuando llegaba el reparto, él daba unas órdenes muy concretas para que uno de los camiones de “Abastos” que subía desde Las Palmas, el que traía los tan ansiados alimentos de primera necesidad (aceite, azúcar, millo, harina, etc.) no llegara al pueblo en directo. A una altura determinada era desviado de la ruta y en el lugar concertado con los compinches hacía una paradita; en un santiamén era “aliviado” de su carga. Después, de nuevo, a la carretera que llevaba a Valleseco.

Otro hecho, que también da idea de lo que venimos diciendo, fue el siguiente: A un compadre suyo se le murió una vaca.

- D. Felipe, *¿usté crei que se puei hacer algo?*

- ¡Claro que sí, hombre! Sácale el cuero *enseguía* y descuartízala. Yo hablaré con Casimiro (el carnicero) y ya verás que la aprovechamos *toa*.

La gente de Valleseco conocía perfectamente las artimañas y todos los entresijos del comportamiento de su Jefe Local. No obstante, seguía manteniendo una actitud de sometimiento servil. El miedo que sentían a cualquier represalia les obligaba a tener la boca cerrada. Es más: tenían que mostrarse muy complacidos con él. Había días que hacían cola delante de su casa. Unos llevaban gallinas o hermosos gallos; otros, un cesto de huevos; otros, carne fresca de cochino recién matado y sabrosas morcillas; otros, el mejor baifo que parieran las cabras.

Bueno; pues esto fue lo que hizo Juan Quintana. Aquel día, cuando todavía no había amanecido y el frío que anunciaba el alba se dejaba sentir de una manera intensa, estaba sentado al borde de la cama, mientras Rosita, su mujer, se tomaba una taza de café calentito que le acababa de traer él.

- ¿Sabes lo que estoy pensando, Rosa?

- ¿El qué?

- Que si te parece bien que le *mándemos* hoy el baifo a D. Felipe.

- Yo creo que no hay que esperar más, Juan. Si no, se va a poner dura la carne.

Y era que “Rucia”, una de las cabras, hacía alrededor de una semana que había parido dos baifos. El más granado tenía que ser para D. Felipe. Todos los años lo venía haciendo invariablemente. Y no podía fallar ninguno, porque, como dice la gente, “siempre hay que estar bien con los de arriba, pues nunca sabe uno lo que se le puede ofrecer”.

Y así, cuando los primeros rayos del sol comenzaron a reflejarse en el pico de “El Montañón Negro”, Juan Quintana ya estaba amolando su cuchillo en una piedra viva, delante del alpende, junto a su casa. Un poco más allá se encontraba un pequeño cobertizo donde estaban amarradas “Rucia” y “Luce-ra”. El baifo destinado para el alcalde lo tenía metido debajo de una cesta grande de mimbre para evitar que se mamara toda la leche de su madre.

Juan se dirigió hasta allí y con cuidado levantó por un lado la cesta y atrapó al pequeño animal. Los balidos lastimeros de “Rucia” y los de la pobre víctima no sirvieron para nada. Poco después se retorció sobre unas hierbas, con el pescuezo segado por la garganta, mientras la sangre salía a borbotones. Sin perder tiempo, lo descueró y le quitó las tripas. Rosita se encargó de lavarlo muy bien y lo dejó colgado para que se escurriera.

Los pequeños ya habían desayunado y tenían puestas las ropas para ir a la escuela. Iban ya a coger los “bultos” con los libros dentro, cuando Rosita le dijo a su hijo mayor:

- Nemesio: esta tarde no van a *dir* a la escuela tú y Ruperto; tienen que llevarle el baifo al señor alcalde. Se lo dicen a D^a Ángela *pa* que no les ponga falta.

Los niños se pusieron muy contentos; eso de no acudir a la escuela les agradaba muchísimo.

Después de almorzar, Rosita cogió el baifo, lo envolvió en un paño nuevo a cuadritos y lo colocó en una *cereta* de caña.

- Toma, Nemesio. Lleva el asa muy bien *agarrá*. ¡Y *vaigan* con mucho *cludiao*! ¡Y no se detengan por el camino, que se les hace tarde! ¡No se olviden de decirle a D. Felipe que van de parte de Juan Quintana, el de Zumacal.

Una hora tardaron los niños en llegar al pueblo. Allí, en el casco, el frío era mucho más intenso, pues una neblina espesísima se desparramaba por todos los rincones.

El mayor de los hermanos golpeó tímidamente la puerta de la casa. Abrió la señora de D. Felipe. Ella comprendió enseguida a qué venían los niños, pero queriendo disimular dijo lacónicamente:

- ¿Qué es lo que desean?

- Mire, mi padre le manda esto –dijo Nemesio con una voz que apenas se percibía y cabizbajo, al mismo tiempo que le entregaba la *cereta*.

D^a. Andrea recogió el regalo y les preguntó de nuevo a los niños:

- ¿Y ustedes, de dónde vienen?

- ¡Del Zumacal! –respondieron los dos a la vez.

- ¡Ah, del Zumacal! ¿Y de quiénes son?

- De Juan Quintana.

- ¿De Juan Quintana? A ver..., a ver... ¡Ah, ya! ¡Sí, sí! (Ella no tenía idea alguna de quién era Juan Quintana). Pues, le dicen a su padre que no se esté molestando; que muchas gracias. Esperen un momento que vuelvo enseguida.

Poco después, salió D^a. Andrea y entregó la *cereta* a los niños, con el paño doblado dentro.

- Le dicen a su madre que tiene unos hijos muy preciosos.

Los pequeños no se extrañaron de que no les diera gratificación alguna, como se solía hacer en estos casos. Ellos lo sabían por las veces anteriores y por los demás amigos. Por eso, sin perder tiempo, dieron media vuelta y emprendieron el camino de regreso. Lo hicieron a todo correr, pues el frío arreciaba cada vez más. Y la noche ya se iba acercando.

SE AHORCÓ CASIMIRO

- ¡Mamá, mamá! ¿Quiénes son esos hombres?

Era la pequeña Pepita la que, sobresaltada, preguntaba a Fefita, al mismo tiempo que señalaba a un grupo de personas que subían lomo arriba, frente a su casa.

- Pues... *ai* van... el señor cura, el guardia *municipá* y otros dos hombres más, que no sé quiénes podrán ser. ¿Qué demonios habrá *ocurrío*?

La noticia corrió como reguero de pólvora por toda Madrelagua: “¡Se ahorcó Casimiro el de Las Gramas!”

Los que pasaron lomo arriba eran efectivamente el cura, el guardia municipal, el alcalde y el Juez de Paz de Valleseco.

Maximiano, un vecino del pobre Casimiro, había ido al pueblo, a lomos de su veloz caballo y dio parte a la Justicia y avisó a D. Juan el cura.

Estos, apenas tuvieron noticia del desgraciado suceso, se pusieron en camino inmediatamente.

Todavía no eran las cuatro de la tarde cuando llegaron a Las Gramas, zona situada en la parte alta de Madrelagua, camino hacia la cumbre.

Un poco más arriba del pequeño núcleo de casas que había allí, pudieron contemplar a un grupo de personas delante de un alpende. Los componentes de la Justicia entraron y se encontraron con el cuerpo del infortunado Casimiro en el suelo, sobre unas pajas, detrás de las vacas y aún con un trozo de sogá al cuello. Observaron detenidamente todo el escenario de tan triste acontecimiento. De la cumbreira del techo colgaba el otro trozo de sogá. Caída a un lado pudieron apreciar la banqueta de ordeñar, con las huellas recientes de los zapatos herrados de Casimiro, sobre la que se subió para llevar a cabo tan fatal decisión.

D. Juan, el cura, tenía sus reservas en darle la Extremaunción, ya que se trataba de un suicidio. Y la Iglesia católica, en tales circunstancias, lo tenía prohibido. Pero él, como era un hombre muy humano y considerando que Casimiro había sido siempre un feligrés de conducta intachable y que pertenecía a una familia muy cristiana, optó por ungirlo. Contaron los allí presentes que se llevaron un susto muy grande, pues al *oliarlo* D. Juan, el ahorcado abrió los ojos por un momento y los volvió a cerrar enseguida. Nadie se pudo explicar a qué se debió aquello. Lo cierto es que desde aquel día D. Juan nunca dejó de acudir a cualquier aviso de muerte y siempre daba la Extremaunción, aunque hubieran transcurrido muchas horas.

Ya con la debida autorización de la Justicia, el cadáver fue levantado y conducido a su casa cercana. Los gritos desgarradores de Lucía, la esposa de Casimiro, se oían desde muy lejos. Cuando entraron con el muerto, ella estaba en la alcoba, tumbada en el catre y acompañada de varias vecinas del barrio, que en vano trataban de consolarla. Los niños, tres varones y dos hembras (El mayor de ellos sin cumplir todavía los catorce años) fueron llevados a casa de una tía, en Los Llanos.

A medida que transcurría el tiempo se iba congregando más gente. Cuando cayó la noche podían verse las luces de los faroles y mechones, que desde muy diversos puntos convergían en Las Gramas.

Al difunto lo habían colocado en el centro de la sala; para ello quitaron un par de sillones y una mesa de mimbre y la cama de las niñas. Alrededor del ataúd, que permanecía abierto, se sentaron los más allegados y las señoras que primero llegaron. El gran silencio sólo se rompía de vez en cuando con los amargos sollozos de la inconsolable Lucía y con algún que otro “¡ay!”, acompañados de suspiros de las presentes.

Fuera, en el patio, se habían colocado varios bancos y sillas. Allí estaban reunidos la mayoría de los hombres de Madrelagua. Entre ellos se encontraba Maximiano, el que fue a dar parte a la Justicia. Las preguntas inevitables que le hacía todo el que iba llegando eran más o menos éstas:

- ¿Y cómo fue la cosa, Maximiano?

Él, casi de manera mecánica, contaba la tragedia:

- Pues, miren: Yo vine a su casa a la hora de almorzar, a ver si me podía *emprestar* mañana una vaca *p' arar*. Llamé y me salió Lucía, su mujer. Me dijo que le extrañaba mucho que no hubiese llegado *entoavía*; que si quería podía *dir* a la *gallénia*, pues tenía que cogerles unos millos a los animales.

- *Antonces*, ¿te *fuistes* derecho allí? –le preguntaban.

- *Ansina* es. Pero, al entrar, por poco me caigo de culo. ¡Casimiro estaba *guindao* del techo! Los pies, casi rozaban el suelo. Había *amarrao* un *cabresto* de la cumbreira y con la *ayúa* de la banqueta *pa* ordeñar se colgó.

- ¿Y tú qué *hicistes*?

- Sin pensarlo dos veces, saqué el cuchillo y ¡zas! De un “viaje” corté el *cabresto*. Su cuerpo cayó detrás de las vacas.

- ¿*Entoavía* estaba vivo?

- ¡Qué va! No se movía; ya no respiraba, aunque sí estaba caliente aún. *Antonces* lo coloqué a un *lao*, sobre unos *mantullos* de avena y salí corriendo hacia aquí *pa* decírselo a su mujer. Después, cogí mi caballo y tiré *pal* pueblo a *toa* mecha, *pa* dar parte a la Justicia. Eso es *too*, señores.

Muchos de los presentes comprendían este punto final de la vida del infeliz Casimiro. Sabían que era un labrador infatigable. Pero las cosas no habían querido salirle bien. El año anterior se le había ahogado su hijo mayor en un estanque. Su mujer, Lucía, estaba enferma de la columna y muy poco le po-

día ayudar en la labranza. Y por si no eran ya bastes desgracias, el hijo más pequeño le nació con los labios leporinos y se había gastado una fortuna en varias operaciones.

Ni las papas, ni los animales que vendía de vez en cuando, ni las cañas, ni el queso, ni la leche le aportaban el dinero suficiente para afrontar una situación tan hostil. Poco a poco el hombre se fue aburriendo; no encontraba salida alguna al callejón en el que el destino le había metido. Y así fue cayendo en una profunda depresión, hasta que en un mal momento puso por obra esta decisión fatídica.

De vez en cuando, pasaba alguna señora con una bandeja, ofreciendo café calentito y galletas a los reunidos, cosa que agradecían de un modo especial los que se encontraban en el patio y alrededores, pues ya se dejaba sentir el fresquito de la *serená* que aquella noche estaba cayendo.

A medida que transcurría el tiempo, la gente se fue retirando y los pocos que decidieron quedarse hasta por la mañana –familiares y vecinos más cercanos– buscaron sitio en la sala donde estaba el muerto.

Pilar, que era muy amiga de Lucía, entró en la alcoba donde estaba ésta y le dijo:

- Mujer, tómate algo *pa* que puedas resistir durante la noche.

- ¡Que no; que yo no quiero *na!* –respondía ella, con una voz muy quebrada de tanto llorar.

Pilar le insistió tanto que al fin logró que aceptara una taza de agua de *pasote*. Aquello le cayó muy bien, pues al poco rato se quedó media transpuesta.

Al siguiente día, todos los hombres de Madrelagua tuvieron que madrugar más de lo acostumbrado, pues a las diez era el entierro y antes había que dejar bien arreglados los ani-

males. Y ellos tenían que afeitarse, lavarse y ponerse los ternos negros, propios para circunstancias como ésta.

Desde muchísimo antes de la hora se veía gente por El Talayón abajo, por La Asomada acá y subiendo la cuesta de El Viñátigo, procedentes de cada uno de los puntos del barrio, de Aríñez, de Las Lagunetas, Arbejales, etc.

Aquella mañana, los niños no tuvieron escuela, porque Srta. Pilar también estaba en el duelo. Para los pequeños era como una fiesta; los más intrépidos se atrevieron a acercarse por los alrededores, a pesar de que sus padres les habían ordenado permanecer en sus casas.

Quien no podía faltar era Pancho Javier. Desde el primer momento acudió a Las Gramas. Él fue el encargado de amortajar al pobre Casimiro. Era como el maestro mayor de tales ceremonias.

- Panchito, ¿falta mucho? –le preguntó Manuel Santana.

Pancho Javier se desabrochó la chaqueta y tiró de la cadena del reloj que tenía metido en un bolsillo del chaleco, abrió la tapa y vio que iban a dar las diez. Entonces se puso de pie y dijo con voz muy solemne:

- ¡Señores, ya es la hora!

Lucía lo oyó desde dentro y de nuevo comenzó a llorar desgarradoramente. Las demás mujeres empezaron a contagiarse unas con otras y en pocos momentos el llanto se hizo general.

- ¡Señoras, tengan calma! –tuvo que gritar Pancho Javier, mientras cogía la tapa de la caja y cubría al difunto. Santiago Hernández se encargó de clavarla con un martillo. La mayoría de los hombres ya estaban situados fuera, en el camino.

Momentos después se puso en marcha la comitiva fúnebre; la fila fue alargándose de una manera excepcional. Cuan-

do el féretro iba allá enfrente, después de dejar atrás el barranquillo, todavía había gente saliendo de la casa.

Era todo un espectáculo ver cómo avanzaba el cortejo gigante, serpenteando por el camino real. En la parte de atrás iban las bestias; entre caballos y mulos pasaban de una veintena. Todas las mujeres, niños y ancianos de Madrelagua no volvieron a sus quehaceres hasta que el último acompañante del entierro traspuso allá por El Lomo.

Hora y media tardaron en llegar a las afueras del pueblo; allí se detuvieron junto a la cruz, que señalaba el punto en que el cura vendría a recibir al muerto.

El doblar de las campanas indicaba que ya estaba muy próximo.

Minutos después, delante de la iglesia, D. Juan invitaba a rezar por Casimiro, cantando “Páter Nóster”, mientras rociaba el ataúd con agua bendita.

Cuando Máximo, el sepulturero, echó la última palada de tierra sobre la caja, era ya cerca de la una. El sol caía implacable sobre el cementerio. Entonces, los familiares de Casimiro se colocaron en fila, cerca de la sepultura, bajo la sombra de los cipreses, para recibir de nuevo el pésame de los acompañantes.

Muchos no llegarían a sus casas hasta después de bien avanzada la tarde, pues aprovechaban para charlar y echarse unos *piscos* en los cafetines y tiendas del pueblo.

El funeral se celebró a los ocho días, tal como recogía la tradición desde muy atrás. En casa de Lucía hubo que darse prisa para teñir de negro toda la ropa; hasta la de Angelito, el más pequeño, que aún no había cumplido los seis años. Rosita, su vecina, le compró los guantes negros en la tienda de Pedro, en Valleseco.

A las siete y media de la mañana era la misa. Mucho antes de amanecer ya estaba todo el mundo en camino; una luna llena quiso colaborar, alumbrándoles tibiamente el largo recorrido.

La iglesia del pueblo estaba completamente llena; los doloridos se pusieron en los primeros bancos. El resto de los asientos los ocuparon las mujeres. Los hombres, como de costumbre, se quedaron en la parte de atrás y de pie.

Un enorme catafalco negro, colocado delante del presbiterio y rodeado de seis enormes velones, daba al acto religioso una sensación de conjuro y de misterio; se percibía una casi presencia del muerto. La viuda no dejó de sollozar durante toda la ceremonia. Mientras, el sacerdote, los monaguillos y el sochantre (Pepito Marrero) se distribuyeron todos los latines, entrelazando rezos y cantos gregorianos. El sahumero penetrante del incensario invadió todo el templo, creando una atmósfera de mayor misterio y de transposición al más allá.

Cuando D. Juan echó el último “Requiescat in pace”, las aspas del viejo reloj del campanario marcaban las ocho y media sobre los desvaídos números.

Lucía estuvo quince días postrada en cama. Y los niños, otro tanto de tiempo sin ir a la escuela. Los vecinos se encargaron de atenderle los animales y la labranza más urgente. Durante ese tiempo, todas las mujeres del barrio y de otros muchos lugares fueron pasando por la casa de la afligida viuda. Cada una le dejaba un obsequio: chocolate, arroz, fideos, galletas, café...; hasta hubo, incluso, quien le llevó azúcar, algo muy difícil de conseguir por entonces. Y no faltó la que le dejó dinero para que comprara alguna cosa que necesitara.

Tres años enteros tenía que estar Lucía vestida de riguroso luto. En las poquísimas salidas que hiciese al pueblo para

ir a misa o al médico, tendría que llevar mantilla y guantes negros. En su casa y alrededores se cubría la cabeza con un pañuelo negro, atado debajo de la barbilla. Transcurrido ese tiempo, podría comenzar, gradualmente, el “aliviamiento”: dejar la mantilla y los guantes, ponerse sólo traje y medias negras, vestir alguna ropa claroscuro, asistir a algunos actos sociales, siempre que no supusiesen divertimento., etc.

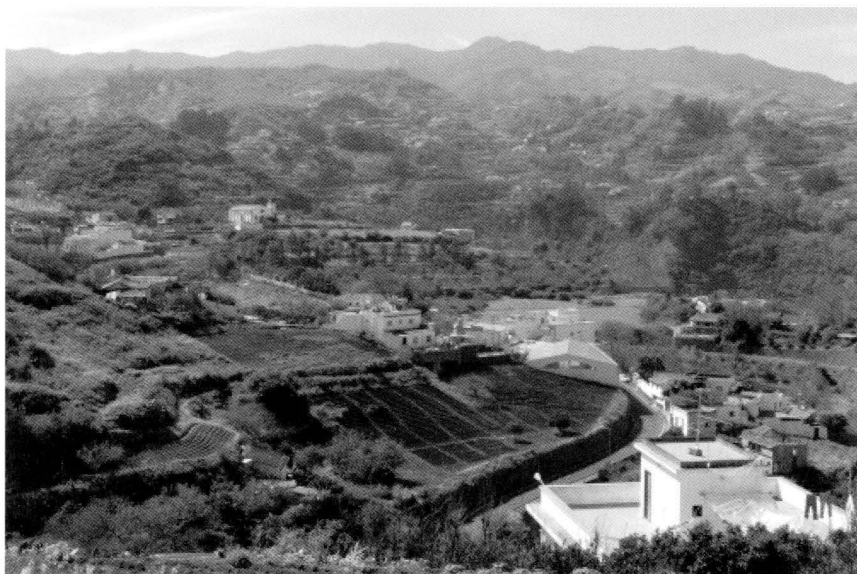
Las niñas llevarían la ropa negra durante dos años. Y los varones, pantalones y corbata de dicho color, otro tanto tiempo, aunque fueran menores.

Casimiro: Fuiste un padre ejemplar y sacrificado, un vecino sencillo y servicial, un labrador curtido y extraordinario, un luchador nato e infatigable. ¡Que Dios te premie” ¡¡Descansa en paz!!

LA CABRA AL MACHO

La mayoría de los agricultores de Las Medianías, aparte de la yunta de vacas, las crías y algún que otro becerro o novilla, solía tener también un par de cabras. Y procuraban que fueran muy buenas de leche, para que abastecieran a la casa y, si se podía, que sobrara alguna para juntarla con la de las vacas, que bien se vendía o se hacía queso.

Corría el verano; concretamente los últimos días del mes de julio. En una de aquellas calurosas tardes, Dieguito el de Zumacal advirtió que “Mimosa” estaba reclamando la “atención” de un “jairo”. Y claro, era la época en que, normalmente, se les hace el gusto a estos animalitos, para así poder tener buenos baifos allá por las Navidades. Por eso llamó a su hijo mayor, Armando, y le dijo:



El Zumacal

- Muchacho, mañana hay que levantarse más temprano, *pos* hay que llevar a “Mimosa” al macho. Tu hermano Vicentín te acompañará para que no *vaigas* solo.

Después de tomarse una buena escudilla de café y leche con gofio y sus correspondientes cachos de queso curado, los dos hermanos se pusieron en camino, con la cabra amarrada por el pescuezo. Tenían que llegar hasta Los Castillos, barrio de la raya de Arucas. Allí estaba el único macho de todo el contorno. Era propiedad de “Fermín Macho”. Está de más el explicar por qué lo llamaban así.

Nos podemos imaginar el constante “jubileo” de las “chivas”, procedentes de todas las inmediaciones: El Palmar, Los Portales, Zumacal... Y hasta de Firgas. Por eso, era conveniente madrugar todo lo posible, no sea que se encontrara uno con que el inocente animalito se negara a cumplir con la función que le asignó la madre naturaleza, debido a un excesivo trabajo.

“Fermín Macho” era un hombre ya bien entrado en años y solterón. Siendo todavía muy joven marchó a Cuba, al igual que lo hicieron entonces casi todos los muchachos de Las Medianías. Pero, el infeliz no hizo fortuna y se volvió al terruño muy mermado de salud y con las manos casi vacías. Solamente tenía unas tierritas junto a su vieja casa, con una labranza muy reducida.

Quien realmente le proporcionaba unas entraditas para ir tirando era su viejo “Romeo”. Por esa razón, lo cuidaba con esmero; en su pesebre siempre había algo que comer: ramas de escobón, millo, *legumes* variados, etc. “Fermín Macho” nunca lo dejaba solo. No salía a ningún sitio; ni siquiera a misa. Y todo desde aquella tarde, aciaga tarde, en que unos *galletones* del barrio le fastidieron la temporada. Aprovecharon que el pobre señor había bajado a Arucas. Se llegaron hasta la peque-

ña cueva donde estaba el animal y con sus artimañas lograron provocarlo. El pobre “Romeo” se puso a hacer alarde de sus “cualidades”; entonces le dieron tan fuerte tirón hacia abajo que lo dejaron “fuera de servicio” por largo tiempo. Tres meses tardó el desdichado en recuperar sus “facultades” específicas. El quebranto económico que sufrió “Fermín Macho” fue enorme. Y los improperios y maldiciones que dedicó a los autores de broma tan excéntrica como cruel fueron de los que hicieron época.

El estipendio por el primer “servicio” era medio duro. Y si la cabra necesitaba una segunda visita, entonces tan sólo había que abonar dos pesetas.

Para los chiquillos, aquello era una excursión muy agradable. Los casi diez kilómetros que tenían que recorrer, entre ida y vuelta, los daban por bien empleados, pues ese día se libraban, en parte, de otras faenas mucho más fastidiosas, tales como socolar cañas, podar álamos, segar *panasco*, etc.

Mucho antes de llegar a casa de “Fermín Macho”, ya se oían los saludos nupciales del “jairo”. Sus balidos y estruendosos estornudos se expandían por todo Los Castillos.

Fermín que estaba por allá de la casa regando unas calabaceras, observó a los que venían llegando y gritó:

- ¿Qué hay, muchachos? ¡Sigan *p’acá*!

Ellos se acercaron, sujetando a “Mimosa” muy corta, para impedir que se comiera alguna calabacera. Entonces habló el mayor de los dos:

- Ferminito, dice mi padre que le “mache” la cabra.

- Vamos a ver; ¿ustedes traen el medio duro?

- Sí señor, -le respondió Armando, mientras le mostraba las monedas en su mano.

- Está bien, muchacho. ¿Y de dónde vienen ustedes?

- ¡Del Zumacal! –contestaron los dos a la vez.

- ¡Ah, del Zumacal! ¡Mira que vienen de lejos! ¿Y de quiénes son?

- De Manuel Reyes.

- ¿De Manuel Reyes? ¿El de Conchita la viuda? ¡Claro, claro! ¡Ya sé quién es! La madre de ustedes se llama Felisa Naranjo. ¿No es *ansina*, muchachos?

- Sí señor –respondieron los pequeños un poco sorprendidos.

- Pues, sepan que yo la conocía muy bien cuando niña; sus padres vivían cerca de mi casa, en El Álamo. ¡Cómo me acuerdo de ella! Le dan muchas memorias de mi parte.

Minutos después, el “trabajo” estaba hecho. “Romeo” no tuvo muchas dificultades, pues, casualmente, era la segunda cabra que “atendía” aquella mañana.

Cuando los muchachos emprendieron el regreso, el sol estaba ya muy cerca de la parte más alta de su camino. Subieron lomo arriba lo más rápido que pudieron. Al llegar a Los Chorros, lugar situado en la mitad del recorrido, se detuvieron un rato para descansar y, sobre todo, para refrescar sus reseca gargantas con el agua del manantial que brotaba un poco más abajo. Sus caras estaban encendidas como fuego y el sudor les escurría hasta el suelo.

Mientras Armando amarraba a “Mimosa” al tronco de un escobón, su hermano salió corriendo hacia el naciente. De pronto se le oyó gritar:

- ¡Armando, Armando! ¡Ven corriendo!

- ¿Qué pasa, Vicentín?

- ¡Ven corriendo, que aquí hay un *legarto* grandísimo!

- ¡*Jodío* de chiquillo! ¡Vaya susto me dio! –dijo asom-

brado Armando-. ¡Ya voy *enseguía!*

Y salió lanzado, con la velocidad de un rayo.

- ¿Dónde está? –preguntó jadeante.

- ¡Allí, allí, junto a la altabaca! —exclamó el pequeño, al mismo tiempo que lo señalaba con la mano.

- ¡Es *verdá!* ¡Coño, vaya bicho! —dijo asombrado Armando.

Efectivamente, había un extraordinario ejemplar de los llamados “negros”. Estaba tan borracho de sol, que no se dio cuenta de la presencia de los “enemigos” o no les quiso dar importancia. ¡Vaya usted a saber! Pero, ello supuso su pérdida. Armando, muy despacito y sin ladearse lo más mínimo, se agachó y cogió una buena piedra, casi a tientas. Luego, pausadamente se irguió y se quedó quieto como una estatua, con los ojos clavados en el animal. Muy lentamente fue levantando la mano y... ¡zas! La piedra dio de lleno en el blanco; mejor dicho, en el “negro”.

- Le *distes*, le *distes!* —exclamó el pequeño Vicentín, al mismo tiempo que daba saltos de alborozo.

El infeliz lagarto quedó en el sitio, con la cabeza destrozada.

Vicente se encargó de amarrarlo por la barriga con una tira de *cobeso* y lo puso a un lado del camino para llevárselo como trofeo.

Aquella pieza extraordinaria entusiasmó tanto a los chiquillos que se olvidaron del paso del tiempo. Sus ojos escudriñadores recorrieron todas las paredes y majanos de los alrededores. Mientras, la pobre “Mimosa”, cansada de esperar, se había echado debajo del escobón, no sin antes mondarle todas las ramas que alcanzó. Cinco lagartos más llevaban ya abatidos cuando Armando, quizás avisado por el estómago, exclamó:

- ¡Vicentín, que se nos está haciendo tarde! ¡Vámonos!

- ¡Es *verdá!* ¡Papá nos mata hoy!

A toda prisa desamarraron la cabra. Y uno tirando del cabestro y otro sacudiéndola por detrás con una caña, reemprendieron el camino a todo correr, mientras “Mimosa”, muy desconcertada, manifestaba su desagrado con repetidos balidos.

Cerca de las cuatro de la tarde vinieron a llegar a casa. Su padre, muy preocupado, les estaba esperando junto a la carretera.

- ¡Pero, muchachos, casi no llegan! ¿Por qué tardaron tanto?

- Papá, es que hacía mucho calor y “Mimosa” no quería caminar –respondió Armando.

- ¿Y qué? ¿Cogió macho?

Sí, papá –contestaron los dos.

- ¿Sabes, papá? En Los Chorros había un montón de *legartos*. ¡Si vieras todos los que *matemos*! –exclamó todo privado el pequeño Vicente-. Éste, como era grandísimo, me lo traje *pa* enseñárselo a mamá.

- ¡Demonios de muchachos! Ahora me explico yo la tardanza. ¡Venga, espabídense *pa* que coman algo, que mamá está ya *desesperá*!

MAESTRO LORENZO, EL MARCHANTE

Él vivía en Firgas, pero estaba siempre recorriendo todas las zonas colindantes: Moya, El Palmas, Teror, Valleseco...

Bueno; pues en este último lugar es donde lo encontramos ejerciendo su bien asimilado oficio, en el caserío de El Sobradillo.

- ¡Buenas tardes, Bartolito!

- ¡Oh, muy buenas, *mestro* Lorenzo!

- ¿Cómo andamos, hombre? ¿Cómo va esa vida?

- *Pos*, aquí me ve, *mestro* Lorenzo; siempre revolviendo tierra. Es el destino que le ha *tocao* a uno.

- ¿Sabe que tiene una *caena* muy bonita de papas?

- De ramas no van mal; esperemos que no nos engañen.

Pero, ¿*pa* qué, *mestro* Lorenzo, si *dispués* nos pagan una porquería?

- En eso lleva *toa* la razón, Bartolito. ¿Y qué? ¿Cómo andamos de “bichos”? Parece que oí que quería quitar un becerrillo.



Ordeñando a “Clavellina”.

- Sí, sí es *verdá*, pero yo no tengo prisa ninguna. Ahora, si *usté* se empeña y llegamos a un acuerdo...

- ¿Se *puei dir* a verlo *p'hablar después*?

- ¡No faltaba más, *mestro* Lorenzo! Está en el *alpendre* de aquí *ría*. Hace unos días que *mué* los animales, a ver si hago un *puñao d'istiércol pa* estas tierras.

Bartolo dejó la azada en la orilla de la cadena. Cogió la cachimba y la raspó por dentro con la punta del cuchillo y la sacudió sobre una piedra. Luego la llenó de la picadura que llevaba en una *borrega* y la encendió con el mechero de gasolina. Dando unas fuertes chupadas se puso en camino hacia la gañanía (*gallenía* para nuestros campesinos).

Al verlo entrar, el pequeño ganado lo saludó con unos mugidos amistosos. Ya se iba acercando la hora de cenar y de la ordeña.

- ¿Es éste el que quiere quitar, Bartolito? –preguntó maestro Lorenzo, mientras le pasaba la mano por el lomo al hermoso becerro.

- Bueno; ya le dije que si *usté* paga lo que vale, se lo lleva.

- ¿Y cuánto está pidiendo por él?

- Yo, muy poca cosa, *mestro* Lorenzo. Sé que no hay dinero. Me conformo con 200 duros.

- ¿¡200 duros!? Supongo que no está *usté* hablando en serio, Bartolito. ¿No se da *decuenta* que lo más que vale son 150?

- *Pa* eso, *mestro* Lorenzo, no *merita la pena* criarlo. No me pagaría ni la leche que se mamó.

- ¡Qué va, qué va! ¿200 duros? ¡Ni hablar!

- *Pos*, si le parece caro, *mestro* Lorenzo, no hemos *hablao na*. Por eso no vamos a *peñar*nos. Ya veremos otra vez.

- Piénselo bien, Bartolito; no me deje seguir con las manos vacías.

- Yo, *mestro* Lorenzo, lo dicho. No tengo prisa ninguna en quitarlo.

- Mire, Bartolito: le ofrezco, y esto es ya perdiendo, 160 duros. ¿Qué me dice?

- Que no, que no, *mestro* Lorenzo. ¡De eso ni hablar!

- *Pos*, si no afloja un poco, no me *quea* más remedio que seguir y *ai* se lo dejo.

- ¡Vaya! *Pa* que vea que quiero *ayuarle* algo, se lo dejo en 190 duros.

- ¡Ni de coña! Ya le dije, Bartolito, que lo más que le podía dar eran 160 y de *ai* sí que no *pueo* subir ni un duro más.

- *Mestro* Lorenzo, ¿*pa* qué estamos perdiendo el tiempo? Como ya está tumbando el sol, voy a ver si arranco una *maná* de millo y le echamos de cenar a los animales.

- Bartolito, yo también voy a seguir, a ver si me da tiempo de pasar por Zamora; creo que Paco Guerra tiene una machorra y parece que la quiere quitar.

- *Pos na*, *mestro* Lorenzo; si lo piensa mejor, *puei* pasar cualquier día *d'estos*, que siempre me encontrará por aquí.

- De acuerdo, Bartolito. ¡Hasta la vista!

Los dos sabían muy bien que la despedida no era definitiva. Cada uno estaba interpretando perfectamente su papel: el que quería vender, simulaba total indiferencia. Y el que deseaba comprar, se guardaba muy bien de mostrar interés alguno. Por eso, maestro Lorenzo, veterano marchante, prosiguió su camino, Sobradillo arriba. Y Bartolito, campesino socarrón, salió del alpende con el cabestro al hombro, a coger millo para los animales.

Ya casi en la loma, maestro Lorenzo se paró y miró para abajo. Vio a Bartolito que estaba arrancando los millos, y que a

su vez aguardaba el último ofrecimiento.

- ¡Bartolito! –le gritó-. ¡Le hago una última oferta! ¡Le doy 170 duros y no hablamos más!

- ¡No; qué va, *mestro* Lorenzo! ¡De lo dicho, no *pueo* quitarle ni un duro!

- ¡Mire, Bartolito; *usté* está *emperrao* en los 190 duros y yo le acabo de ofrecer 170! ¿Qué le parece si partimos la *diferiensa*?

Esta última proposición era la que esperaba Bartolito. Pero tenía que disimular un poco; por eso se quedó pensativo durante unos segundos. Luego volvió a gritar:

- ¡Bueno, ya que *usté* se empeña, vamos a decirle que sí! ¡Venga *p'abajo*!

Maestro Lorenzo volvió para atrás y Bartolito subió el repecho que lo llevaba al alpende.

- Sé que salgo perdiendo, *mestro* Lorenzo; pero ¡qué vamos a *jaser*! *Ustéis* siempre son los que *jasen* el negocio.

- De eso, ni hablar, amigo Bartolito; el que sale *geringao* soy yo. No creo que llegue a lo *comío* por lo *servío*.

Allí mismo, delante de la gañanía, contaron los 180 duros. Al rato, con el sol ya mortecino, maestro Lorenzo trasponía por Los Andenes, Camino de Firgas, con el animal de cabestro. Y Bartolito se sentía feliz, porque la venta del becerro suponía una buena ayuda para la maltrecha economía de la casa.

BUSCANDO NIDOS

- ¡Es hora de comer y esos chiquillos no aparecen! ¿Dónde diablos se habrán *metío* los *condenaos*?

La que hablaba así era Rosarito. “Chispa”, que estaba echado en el suelo, durmiendo plácidamente, levantó la cabeza, que tenía descansando sobre sus patas delanteras, y la miró con ojos lánguidos. Al ver que aquello no iba con él, volvió a dejar caer la cabeza, cerró de nuevo los ojos y continuó durmiendo.

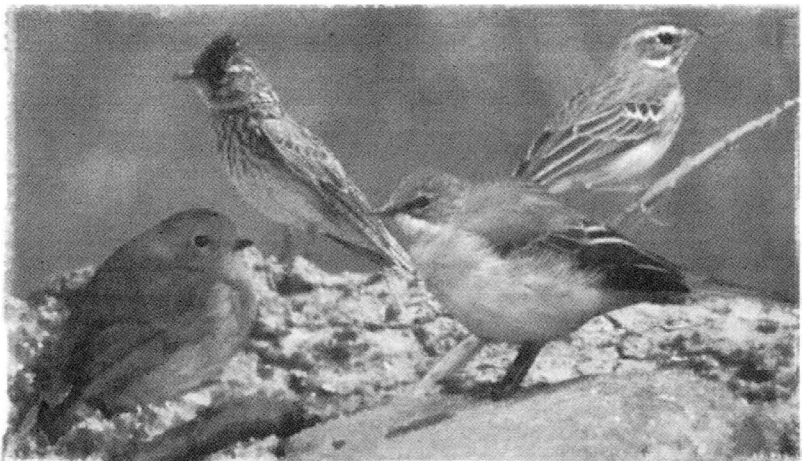
Bastante nerviosa, Rosarito salió de la casa y se echó a caminar hasta llegar a la “Finca de los Sahúgos”. Desde allí dio un par de silbidos que se oyeron por todo el Barranco de la Virgen arriba.

Los críos, que ya estaban de regreso, a la altura del “Barranco Oscuro”, la oyeron y gritaron al unísono:

- ¡Ya vamos!

Y echaron a correr.

Juntos con otros amigos, vecinos del mismo caserío, “La Casa de la Virgen”, se habían pasado toda la mañana metidos



Pájaros de la medianías.

en el barranco, buscando nidos de pájaros. Incluso, rastrearon muchos de los *trastones* y *manchones* colindantes. Sus ojos escudriñadores se habían ido clavando en cada laurel, en cada roble, en cada álamo, en cada escobón, en cada *escobeso*, en cada altabaca, en cada zarzal y hasta en cada pared. Habían rastreado todo, sin dejar nada atrás.

- ¡Miren, allí hay un *nío*! –gritó Carlitos, al mismo tiempo que señalaba una *tehera* al borde de una pared, dentro de la “Finca de la Marquesa”.

- A ver..., a ver... -dijo Toño, mientras avanzaba, sin pestañear, hacia el matorral indicado por el pequeño.-. ¡Sí, sí; es *verdá*! –gritó-. ¡Es un *nío* de *junera*!

- ¡Vamos a ver si tiene *güevos*! –exclamó Isidro.

Con mucho cuidado, para no resbalar e irse al fondo del barranco, se fueron acercando. Toño fue el primero en llagar. Al ruido de las pisadas, la minúscula hornera salió del nido, toda asustada. Piando desconsoladamente se posó en una *cañaleja* cercana. El Chiquillo metió dos dedos por la boca adentro del nido, recubierto todo su interior con suaves plumas.

- ¡Tiene *güevos*! –exclamó alborozado Toño.

- ¡Mira a ver cuántos son! –le ordenó su hermano mayor, Juanito.

- A ver... ¡Tres! ¡Tiene tres!

- Pues, ¡cógelos! –gritó de nuevo Juanito.

- No, que *puei* ser que la *junera* los esté *engüerando* ya –replicó Toño.

- ¡No, totorota! Las *juneras* ponen cuatro *güevos*. *Entoavía* no ha *comenzao* a *engüer* –explicó Isidro.

Y así fue cómo los tres huevos de la pobre hornera pasaron a reunirse, en la *cachucha* de Toño, con otros de *cholines*,

mirlos, capirotes, *picaquesos*, *pechuguitas encarnás*, *abubitos*, *linaceros*, etc., etc.

La pandilla, muy satisfecha, siguió Barranco de la Virgen arriba, descubriendo nidos y aumentando el caudal de huevos.

Al pasar junto a un bardo de zarzas vieron salir un capirote, todo nervioso. Manolín gritó:

- ¡Alto, muchachos! ¡Quietos todos! Me parece que aquí hay un *nío* de capirote. ¿Han visto cómo salió a *toa mecha*?

- ¡Sí! –respondieron todos.

- Pues, ¡a buscarlo! –ordenó Isidro.

Dejaron las *cachuchas* en el suelo, con el “botín” conseguido hasta entonces. Con las preocupaciones debidas se pusieron a remover el espinoso matorral.

- ¡Aquí está! –gritó Carlitos.

Todos los chiquillos corrieron hacia allí, apartando las malezas, que casi los tapaban. Efectivamente, en un escobón, metido entre las zarzas, estaba el nido del capirote, hecho de palillos menudos de retama y escobones.

- ¡Tiene pájaros chicos! –exclamó de nuevo Carlitos.

- ¡Están empezando a *encañonar*! –aclaró Toño.

- ¿Los cogemos? –preguntó Pepito, el más pequeño del grupo.

- No. *Entoavía* tienen los ojos casi *cerraos*, -opinó Carlitos.

- Claro; se morirían, -añadió Toño.

- Pues, no lo toquen, que los aborrecen sus padres, -advirtió Isidro.

Nuestros “buscadores” disimularon el rastro que habían dejado. Todo quedó como si nadie hubiese pasado por allí. Pero ellos tomaron buena nota en la memoria del sitio. Volverían

dentro de una semana, al domingo siguiente.

Cuando llegaron a la altura del “Barranco Oscuro”, se desviaron y se metieron por él. Por allí adentro podría haber muchos nidos. La frondosidad de los laureles, robles, castaños, nogales y demás monte bajo, ofrecía el aspecto de un tupido bosque tropical. La luz del sol llegaba muy menguada. Por unos momentos sintieron miedo.

- ¿Y si ahora apareciera “Perico el Sardinero”? –se le ocurrió decir a Juanito.

¡Para qué fue aquello! Los “exploradores” dieron media vuelta y con las patas al culo regresaron de nuevo al barranco principal.

Caminando, caminando con mil dificultades, prosiguieron hacia arriba, dejando atrás la “Casa de los Sarmientos” y la “Finca de la Peña”. Se atrevieron a llegar hasta la “Finca del Pulguero”. Los pobres muchachos, extenuados al máximo, se dirigieron a la galería que había allí y con gran avidez apagaron la sed con el agua fresquita que venía desde las entrañas de la tierra. Y se mojaron la cabeza y los pies hasta quedar casi empapados.

Con el alboroto que armaron, una *alpispa* salió espantada de los matorrales que estaban en la boca de la galería y pianto desconsoladamente se posó en una higuera que estaba un poco más allá. Todos los chiquillos sabían que el nido tenía que estar allí. Y no se equivocaron. El primero que lo vio fue, de nuevo, Carlitos.

- ¡Mírenlo allí, muchachos!

- ¿Dónde? –inquirió Toño.

- ¡En aquel *bujero*, donde están las helechas!

- ¡Es *verdá!* –exclamaron todos.

- ¿Lo cogemos? –preguntó Pepito.

- ¡No! ¡Ni hablar! ¡El *nío* de *pispirita* no se coge, que es *pecao!* –aclaró Carlitos.

- ¿Por qué? –preguntó de nuevo Pepito.

- ¡Bobo! ¿Tú no sabes que es un pajarito de Dios? –intervino Toño.

- ¿Y por qué? –preguntó ahora Isidro, muy intrigado.

Entonces, a su manera, Toño contó lo que a él le habían contado: que la *alpispá* fue la que borró las pisadas de la burrita, cuando la Virgen huyó a Egipto con el Niño Jesús, para que no los cogieran los soldados del rey Herodes. Por eso, siempre está moviendo la cola, pegada al suelo.

Y así, después de apagar la sed y bien remojada, la pandilla emprendió el regreso, barranco abajo. Todos iban muy contentos, porque la correría se les había dado muy bien y, sobre todo, se habían divertido a tope.

LOS TANQUES DE CUEVA

Si hubiera que cambiarle el nombre a Valleseco, seguramente no sería un desacierto si lo llamaran “Los Estanques”. Y es que ya en los años cuarenta no había un solo labrador que no poseyera, por lo menos, un estanque de cueva al lado de su casa o en alguna de sus tierras de regadío.

Estos embalses subterráneos son, en su mayoría, verdadero laberintos. Cuando los “picadores” daban con un buen “salón”, lo aprovechaban todo lo que podían y hacían profundas galerías. Así, el almacenaje de agua era mucho mayor.

Dado que la orografía de Valleseco es, en su mayor parte, moderadamente accidentada, no había grandes problemas a la hora de hacer un estanque de cueva. Muchos de estos embalses fueron excavados en aquel entonces. Y un número muy notable de ellos tuvo un mismo artífice: Pancho Herrera, vecino de Madrelagua¹

Una finca, sobre todo de Las Medianías, valía tanto en cuanto disponía de buenos embalses. Estos marcaban, sin ningún tipo de duda, el potencial de los labradíos. Si había agua (siempre con el permiso de un buen invierno), había muchas posibilidades de muy buenas cosechas, en particular, de papas y millos.

El serio problema que se presentaba a los dueños de los tanques, era cómo llenarlos, pues los manantiales, casi siempre, se encontraban más bien en las zonas bajas, próximas o dentro de los barrancos y barranquillos. Ello obligaba a aprovechar al máximo los escurres cuando llegaban las ansiadas lluvias. Las aguas que corrían por los caminos eran encausadas y recogidas escrupulosamente, según los acuerdos establecidos entre los vecinos. Más de una vez eran objeto de grandes

¹ A este excelente “topo” le dedicamos uno de nuestros capítulos. (Ver pág. 107)

enfrentamientos; en ocasiones llegaban hasta el extremo de sacarse los cuchillos.

Los tanques de cueva, para una buena conservación, exigían una constante atención. Por un lado, las aguas que recibían de los caminos arrastraban una cantidad muy considerable de tierra y en pocos años podían quedarse a mitad de la capacidad. Por eso, allá a finales del verano, era frecuente ver a sus propietarios procediendo a la limpieza.

En aquellos años, la tarea era durísima. Los medios de que se disponía eran muy rudimentarios. La viscosa *barrura* era extraída por la boca del tanque con unos baldes de hierro, que pesaban casi tanto como su contenido; era el único material duradero para tal menester. El espeso “chocolate” se veía correr lentamente por doquier, *trastones* abajo.

Por otro lado, había que vigilar cuidadosamente las *idas* de agua. En poco tiempo podían dejar vacío un tanque.

Las causas más comunes eran las originadas por las raíces de los árboles. Reventaban fácilmente el encalado y producían grandes grietas y agujeros, por donde desaparecía el agua rápidamente. Por eso, cuando estaban vacíos, había que recorrerlos, ayudados con una luz de carburo, palmo a palmo y cerciorarse de que no había riesgo de que se fuera el agua.

Pero, los tanques de estas zonas también eran objeto de atención por parte de la gente menuda. No había un solo crío que no hubiera vivido la aventura de meterse en un tanque de cueva, bien fuera vacío o bien fuera lleno. En verano, el introducirse en ellos era el deporte favorito, pese al gran peligro que encerraban. Por esta razón, todas las madres de estas latitudes les estaban advirtiendo constantemente a sus hijos:

- ¡Cuidado con los tanques! ¡No se les ocurra meterse dentro de ellos! Pero los muchachos, maldito caso que hacían. Cuando llegaba el verano, sobre todo los domingos, ¡a zambu-

Ilirse en los tanques se ha dicho! Ellos olvidaban por completo los consejos de sus madres e ignoraban el tremendo riesgo al que se exponían.

Muchos de los catarros crónicos y enfermedades bronquiales que abundaban en Las Medianías, tuvieron origen en los estanques.. Y lo que más temían los padres era lo que ya había ocurrido no hacía muchos años, en uno de los embalses de “Las Mimbresas”: Se ahogaron dos pequeños. Y fue un domingo por la tarde. Sus familias no se recuperaron nunca de aquella terrible tragedia.

Por la mañana, cuando fueron al pueblo, a misa, se pusieron de acuerdo:

- ¿Qué les parece si esta tarde vamos a bañarnos al tanque que tiene mi padre en “Las Mimbresas”? –dijo Bartolo a sus amigos.

- ¡Estupendo! –respondieron todos los allí presentes.

- Pues, después de que *cómamos* nos vemos en el patio de la escuela. No se le ocurra a *naide* nombrar el asunto en su casa, -volvió a proponer Bartolo, que era el mayor de ellos y que aún no había cumplido los catorce años.

Y así fue. Serían cerca de las cuatro, cuando se reunieron en el sitio convenido. Sin perder tiempo se dirigieron a “Las Mimbresas”, zona un poco alejada del casco de Madrelagua, camino al “Risco Las Tunas”. Como se estaba en pleno mes de julio, el sol apretaba muy fuerte. Apenas llegaron, los críos se asomaron a la boca de la cueva.

- ¡Está casi lleno! –exclamó Paco.

- Pues, no *piérdamos* el tiempo, -dijo Bartolo.

Y, a renglón seguido, se despojaron de todas sus ropas y ¡zas! ¡Al agua!

Los más pequeños no se atrevieron a dejar los escalones. Pero, los mayores, aunque apenas sabían nadar, se metie-

ron cueva adentro. Los muchachos disfrutaban a placer, manoteando las frías y oscuras aguas. Y ésa fue la trampa mortal. El agua en movimiento, por una configuración especial de la cueva, empezó a tirar hacia adentro. Bartolo y Guillermo, por más que se esforzaban denodadamente, no podía avanzar hacia la boca de entrada. Las aguas los empujaban cada vez más hacia adentro. Sus gritos desgarradores se iban haciendo más imperceptibles. Los que estaban afuera no podían hacer absolutamente nada por ellos. Entonces, a Paco se le ocurrió la idea:

- Vamos a llamar a Manolito Domínguez, que está *aibajo*, en la *gallenía*, echándoles de comer a las vacas.

Y salió corriendo, junto con Agustín y Toño. Las “patas” les llegaban al culo, *manchón* abajo.

- ¡Manolito, Manolito! ¡Que Bartolo y Guille se están ahogando! –gritaron.

- ¿Qué coño dicen, muchachos? –preguntó Manuel Domínguez, mientras se asomaba a la puerta del alpende.

- ¡Que Bartolo y Guille se están ahogando! –volvieron a exclamar entre sollozos los pequeños. ¡Se metieron en el tanque de Bartolito y no pueden salir!

- ¡Diablos de chiquillos! –exclamó Manuel Domínguez.

Y salió corriendo camino arriba, con todas las manos llenas de paja y afrecho.

Cuando llegó, en la boca del estanque estaban varios críos, llorando amargamente, escurriéndoles las lágrimas cara abajo y mirando hacia adentro, desesperados.

- Pero, y los demás, ¿dónde están? –preguntó casi sin respiro Manuel Domínguez.

- ¡Están *ai* dentro! ¡*Entoavía* no han *salío*! –replicaron los aterrorizados niños.

Manuel Domínguez comprendió que la tragedia estaba ya consumada. Pero, no por eso dejó de gritar:

- ¡Bartolo! ¡Guille! ¿Me oyen?

El silencio, un silencio frío y profundo, fue la única respuesta. Las oscuras aguas, ya apenas se movían.

Lo que después sucedió es fácil de imaginar. La noticia corrió como reguero de pólvora por toda Madrelagua, por todo Valleseco y... por la isla entera.

Cuando “La Justicia” hizo acto de presencia, la noche comenzaba a caer encima. Los cuerpos de los dos infelices muchachos fueron extraídos del tanque más allá de la medianoche, una vez la bomba, abierta al máximo, dejó salir una gran parte del agua asesina.

Pero, lo que sucede siempre: Aquella tragedia la olvidó pronto la gente menuda de Las Medianías. Porque, no mucho después, podía verse a los críos practicando de nuevo su deporte favorito del verano: Zambullirse en los estanques de cueva.

PERICO EL DEL CESTO

¿Quién no conocía a “Perico el del Cesto”? Por aquel entonces, a pesar de sus dieciocho años, era alguien muy familiar y apreciado en todo Los Arbejales y buena parte de Valleseco. Desde los diez años ya se había iniciado en la mercadería doméstica.

De martes a sábado se dedicaba a recorrer las casas, a una por una. Su anuncio se oía mucho antes de pisar los patios: “¡Mariquita! ¿Tiene algo que comprar o que vender hoy?”.

Colgados a cada extremo de un palo que portaba sobre uno de sus hombros iban dos cestos; en uno llevaba lo que vendía y en otro iba echando lo que compraba. Las señoras lo consideraban como el ángel bueno; eran muchas las veces que las sacaba de apuros y les ahorraba el tener que hacer un largo desplazamiento para adquirir esas pequeñas cosas que son imprescindibles en cualquier hogar.

En el recorrido por Valleseco, unas de las últimas casas que visitaba eran las de Cuevecillas. Aquel día pasaba ya del mediodía cuando pisó el patio de Lolita Aguiar.

- ¡Mariquita! ¿Tiene algo que comprar o que vender hoy?

“Celeste”, que estaba echado debajo de la parra, con sus ladridos acogió el invariable saludo.

Lolita apareció por la puerta de la cocina, pelando una papa.

- ¡Buenos días, Perico! ¿Qué me traes hoy?

- Lo de siempre, Lolita: hilos de coser, *abujas*, trabas *pal* pelo y *pa* la ropa, azafrán, cominos, pimentón, elásticos, *fósfaros*, polvo *pa* la cara... Cualquiera cosa que a *usté* le haga falta, Lolita.

- *Pos*, hoy me vas a dejar una bobina de hilo blanco y un par de *abujas*.

- ¿No quiere más *na*, Lolita?

- Bueno, *pos* déjame también dos cajetillas de *fósfaros*.

- ¿Y de *picaúra pa su marío*?

- No; esta vez no, porque a principios *d' esta* semana fue al pueblo a cobrar el *susidio* y se trajo un par de paquetes. *Entoavía le quea pa más de ocho días*.

- ¿Y qué me vende hoy, Lolita?

- ¿A cómo estás pagando los *güevos*?

- A real.

- ¿A real? ¡Qué va! Ayer me *dijieron* que “Pedro el Largo” los está comprando a tres “perras”. Tú, Perico, te estás aprovechando de nosotros.

- Mire, Lolita; yo le aseguro que eso no *puei ser verdá*. En Las *Parmas* se están vendiendo a tres “perras” y media y *usté* sabe que lo que se gana, apenas de *pa* los gastos del viaje.

- Tú siempre tienes explicación *pa too*. Espera un momento, que *enseguía* te traigo los *d' esta* semana.

Poco después regresó Lolita con el delantal recogido entre las manos; dentro portaba los huevos.

- Son quince en total; las gallinas ya están poniendo menos y encima, dos se me han puesto cluecas.

- ¿Tiene alguna cosa más, Lolita?

- Sí; mi *marío* mató un baifo. ¿A cómo está pagando el cuero?

- Lolita, si está bien *oriao*, a una peseta.

- ¡Perico, que no te voy a vender *más na*!

- Bueno; le doy un tostón²; no me esté llorando más.

- *Enseguía* te lo alcanzo.

² Un *tostón* equivalía a una peseta y veinticinco céntimos.

- *Pos*, si ya no hay *más na*, Lolita, vamos a sacar las cuentas rápido, porque tengo que seguir corriendo *pa* que no se me haga tarde.

Y así pasaba “Perico el del Cesto” por cada una de las casas de aquella parte de Las Medianías. En unas vendía; en otras compraba y en otras, las dos cosas, (como hemos visto en la de Lolita).

El lunes era el día escogido para bajar a Las Palmas. Lo hacía en la camioneta de Benjamín, el lechero, que partía de San Isidro y pasaba por Los Monteros cuando comenzaba a asomar el sol por la Montaña el Gallego. Allí subía Perico, con su cesta grande, de mimbre y caña, repleta de quesos, huevos, pollos, mantequilla, cueros de baifo, etc. Iba detrás, en medio de las lecheras y sacos de papas. La carrocería estaba cubierta con una lona para proteger la carga del agua y del sol. Junto con Perico viajaba también Paco Déniz, otro muchacho, que hacía mucho tiempo que había salido del cuartel y ya tenía su pequeño despacho de leche por San José.

Las casi dos horas que tardaban en llegar a la capital, las pasaban charlando.

- ¿Cómo te va el negocio, Perico?

- *Pos*, Paco, si quieres que te diga la *verdá*, no me *pueo* quejar; es una *mataera* el estar siempre corriendo de un *lao pa* otro, pero deja *pa’dir* escapando. Y tú, ¿qué tal te defiendes?

- *Ansina, ansina*; me estoy vendiendo *toos* los días unos ochenta litros de leche. Uno va tirando gracias al *pisquillo* de agua que le echa, porque las ganancias son muy pocas.

- *Pos*, ten *cludiao* con Juanito “El Palomo”; creo que no se casa con *naide* y dicen que está actuando con mano dura.

- ¡Cállate, carajo! El otro día estuve *escondío* más de una hora en una casa de San José. Como te coja la leche con

algo de agua, te la trabuca allí mismo. Y después, una buena multa detrás. Pero, a mí, Perico, lo que me trae *jodío* son los malditos *fiaos*; si cobrara *too* lo que me deben, tendría *pa* comprarme una vaca.

- Mira, Paco; al principio a mí me pasó lo mismo, pero hoy ya es difícil que me engañen; estoy *convencío* de que si fías, al final pierdes lo que le dejas y al cliente. Por eso, no fío a *naide*.

- En eso tienes *toa* la razón.

Y así, hablando y fumando, casi sin darse cuenta, llegaban a Las Palmas. El reloj de la catedral no solía pasar de las diez.

Perico, habitualmente, primero iba por los alrededores de San Bernardo y calle de Triana y llevaba los quesos y mantequilla a unos clientes fijos. Después, sin perder tiempo, se dirigía al Callejón de la Tómbola (hoy, continuación de la calle Pelota), que atravesaba el costado sur de “La Plaza” (Mercado de Vegueta) y se colocaba allí. El panorama era variopinto: asemejaba un pequeño mercado persa. Todo el mundo pregonaba a gritos su mercancía: gallinas, pollos, conejos, alfalfa, cueros de baifo, zaleas, cocinillas, faroles, quemadores, etc., etc.

Perico no tenía muchas dificultades en deshacerse de sus productos. Casi siempre, sobre la una ya había echado todo. Solía almorzar, muy frugalmente, en el “Bar Las Tapas”, que estaba pegado al “Matadero” y que en aquel entonces estaba repleto de rollizos toros argentinos. En el popular establecimiento coincidían la mayor parte de los vendedores semanales que bajaban desde distintos puntos de Las Medianías. Allí mantenían conversaciones sobre los más variados temas: los precios, la guerra mundial, la escasez, las carreras de caballos, el estraperlo, el cuartel, etc.

Por la tarde, a las cuatro, Perico se iba a la tienda de Miguel Lantigua, situada junto al Teatro y que abría puntualmente a esa hora. En este completísimo comercio no faltaba nada de lo que hacía feliz a cualquier ama de casa. Allí se abastecía de todas las cosas menudas que llevaba de puerta en puerta por Las Toscas, La Majadilla, Madrelagua, Llano Roque, San Isidro... Lo que le sobraba de la venta no era gran cosa, pero sí lo suficiente para ayudar a sus padres y ahorrarles un par de “duros”.

A las cinco y media en punto tenía que estar en el “Camino Nuevo”, junto a la “Cervecería la Salud”; era la hora en que Benjamín salía con su camioneta hacia San Isidro.



Rincón típico de El Molinete.

LA MATÁ DEL COCHINO

El mes de noviembre iba ya bastante avanzado. Las constantes y copiosas lluvias habían hecho reventar todos los nacientes de Valleseco que estaban dormidos, después del largo verano. Los otros, que se mantuvieron “vivos”, habían aumentado el caudal de manera muy considerable. Y el frío, cada día apretaba más fuerte. Había llegado, pues, la hora de las *matás* de los cochinos.

En casa de José Pepe y Lolita, en El Molinete, el pobre animal apenas se podía mover; ya no podía con su pesadísimo cuerpo. Hacía más de dos meses que lo venían engordando a base de *truscos* de millo y *ralas* de rollón.

Un sábado fue el día elegido para realizar la faena; cosa que solía hacer toda la gente de aquellas latitudes, pues así, al día siguiente, domingo, celebraban “El Mojo” y podían acudir todos los familiares y otros conocidos invitados.

José Pepe contaba con la ayuda de varios vecinos. Ellos acudían muy gustosamente, pues aunque tenían que dejar de la mano todas sus tareas de labranza, la *matá* les servía de un gran respiro en su ajetreada existencia.

Todavía no eran las nueve de la mañana, cuando empezaron a llegar los primeros: Vicente Reyes, Santiago Hernández, Paquito Nuez, Pedro Rivero...

La chiquillería allegada aquella mañana no fue a la escuela. Desde muy temprano ya había comenzado su fiesta. Todos los cacharros disponibles: baldes, lecheras, latas, calderos, etc. estaban llenos de agua, que habían acarreado desde “El Chorro”, manantial situado un poco más debajo de la casa.

- ¡Señores, cuando *ustéis* quieran *emprincipiamos!* – exclamó José Pepe.

- Tú *sos* el que mandas -le contestó Santiago.

- *Pos, antonces*, mano a la obra. Aquí está el *h'acha*; ¿quién es el que le va a dar el *mochaso* al cochino?

- ¡Vicente! –exclamaron todos a la vez.

- ¿Yo? No sé por qué siempre me tiene que tocar a mí – protestó amistosamente.

Vicente era, sin duda alguna, el más indicado. Nadie podía discutirle sus fuerzas y sus habilidades para tal menester.

El chiquero estaba situado a unos metros de la casa. Allí se encaminaron los *mataores*. El pobre animal parecía que se *aberruntaba* lo que le iba a pasar, porque, aunque le habían abierto la puerta, no quería salir. Permanecía echado en un rincón.

- ¡Santiago, alcánzame una caña *pa jurgahlo!* –dijo José Pepe.

- ¡Oye; el *mu jodío* dice que no! -intervino socarronamente Vicente.

A José Pepe no le quedó más remedio que meterse dentro del chiquero. Agarró al cochino por el rabo y tiró hacia arriba con todas sus fuerzas. El marrano hizo un gran esfuerzo y levantó muy penosamente la parte delantera, pero seguía con el trasero clavado al suelo. Un nuevo tirón de rabo y ¡por fin! se puso de cuatro patas.

Instantes después salía por la puerta del chiquero; allí le estaba aguardando Vicente con el hacha en las manos. Para que no intentara escapar, José Pepe le había amarrado una sogá a una pata.

- ¡Venga, Vicente! ¡Prepárate! ¡Dale ahora, que está quieto! –le gritaron los allí presentes.

Y Vicente levantó el hacha para asestarle un contundente golpe en la frente. Pero, en aquel preciso momento, Santiago Hernández, que era un *coñón* de primera, pinchó por detrás a la

pobre víctima y ésta dio un respingo. El hacha fue a estrellarse contra un tronco de caña. Las carcajadas de los presentes se oyeron hasta el “Barranco de la Virgen”.

De nuevo, el marrano fue bien sujetado. Y Vicente volvió a tomar el hacha, mientras hacía esta observación:

- Señores, a ver si nos dejamos de *coña* y *semos* personas un poco más serias.

Esta vez no falló. Le dio tan fuerte golpe al puerco en el mismo centro de la frente que cayó al suelo completamente aturdido. Sin la más mínima pérdida de tiempo, Pedro Rivero levantó una pata delantera y le clavó un cuchillo de hoja en el mismo corazón. Por todo El Molinete se oyó el fuerte y prolongado gruñido del infeliz animal.

- ¡Arrima *p’acá* la palangana, Mariano! –gritó Pedro.

Por el corte limpio salió a borbotones un rojo chorro de sangre caliente. Llenaron casi un balde.

- Llévala *pa* la casa, Antolín. Y ten mucho *cudiao* de no desparramarla, que si no, nos *queamos* sin morcillas –dijo José Pepe a su hijo mayor.

El cochino, ya sin vida, fue cubierto de paja. Poco después, la chamusquina invadía todo el contorno. Nuestros amigos quemaron todos los pelos del animal con *bágalos* de los *mantullos* de centeno que José Pepe había reservado para este momento. Los pequeños aguardaban ansiosos el que les dieran el rabo.

- ¡Venga! ¡*Hágasen p’atrás*, muchachos, que se van a quemar! –gritó José Pepe, quien de un tajo cortó el enroscado apéndice.

Los críos se perdieron inmediatamente, corriendo con el trofeo en las manos. Apenas tocó un mordisco a cada uno.

Ya bien chamuscados los pelos, colocaron al cochino encima de una hoja de la puerta del *pajero* que José Pepe había

sacado de quicio y que Lolita había lavado muy bien con estropajo y jabón.

Cada uno de los hombres presentes sacó su afilado cuchillo que llevaba *finchado* a la cintura, dentro de la vaina. Y se pusieron a raspar los troncos de cerdas que el fuego no había consumido. En esta tarea también colaboraron los *polloncillos*, utilizando *joses* y selectas piedras volcánicas.

José Pepe no se olvidó de la botella de ron y de un buen queso *oriao*. Ello puso muy contentos a todos los *raspadores*, que sólo se enderezaban para amolar los cuchillos y para *jincarse* de vez en cuando un buen *tanganaso*, con el correspondiente *enyesque*.

Terminada la operación del *afeitado*, lo primero de todo fue cortar la cabeza. Ramón se encargó de llevarla al bajo de la casa y la puso sobre un saco de harina, limpio, que estaba extendido en el suelo. Seguidamente, abrieron el cochino de arriba abajo, en canal, por la barriga. Santiago Hernández buscó con mucha pericia la hiel y la extrajo cuidadosamente, evitando que se rompiera, para que no se estropeará la carne, con su sabor sumamente amargo. Con máximo cuidado extrajeron las tripas (o mondongo) y las dejaron caer suavemente en una tina. A continuación cortaron las *asaúras*, compuestas éstas, básicamente, del hígado, los riñones y los pulmones.

Vicente se encargó de entregarles a los chiquillos la vejiga; era otra de las cosas que esperaban con sumo interés. Tal vez, para ellos era lo principal de la *matá*. Después de vaciarla totalmente, los pequeños la lavaron y la restregaron con sal gruesa para estirla bien. Le metieron un canuto de caña por la tripilla y con la boca la inflaron hasta no poder más. A renglón seguido, comenzaron a jugar con ella, todos felices, como si de un balón de reglamento se tratara.

Extraídas todas las vísceras del animal, procedieron a lavar bien el interior. El agua, que había acarreado desde muy temprano la gente menuda, corría tierra abajo que daba gusto, hasta precipitarse por un pequeño *trastón*. No quedó ni una gota de sangre. La tarea que restaba era partirlo en cuartos; los más jóvenes, y por tanto los más fuertes, los llevaron al bajo de la casa y los colocaron junto a la cabeza.

Así concluía la primera parte de la *matá* del cochino y la colaboración de los invitados. El troceado correría a cargo exclusivamente de José Pepe. Lo haría a la llegada de la noche, después de dejar todos los animales “arreglados”. Separaría cuidadosamente toda la grasa de la carne. Unos pedazos serían para mandar a los que le ayudaron y a algunos vecinos y familiares; otros, para hacer los chorizos. Y el resto, casi todo sería *salazonado* y metido en una barrica.

Por la tarde, después del almuerzo, Lolita y algunas vecinas se dedicaron a la desagradable tarea de vaciar las tripas y de lavarlas bien, para el llenado de las morcillas y chorizos. Era bueno ser diligentes, porque con la caída de la noche tenía que estar todo a punto.

Y llegó el momento. En medio de una densísima oscuridad resaltaba la abundante luz que se escapaba por la ventana de la cocina. José Pepe había colocado un *petromán* de los grandes en un gancho de hierro que pendía de la “cumbreira”. El frío intenso del mes de noviembre se colaba por todas las rendijas de puertas y ventanas. La gente, donde mejor se encontraba era allí dentro, al calor agradable de los leños que ardían restallantes en el fogón que estaba en un extremo del poyo.

Sobre la mesa estaban todos los condimentos y alrededor de ella se habían sentado los grandes y pequeños.

Abuela Corinita, madre de José Pepe, que había acudido a la casa para la *matá* del cochino, era la encargada de

dirigir la “ceremonia”.

- A ver, Lola, ¿ya tienes *sancochás* las batatas?

- Sí, abuela; ahora mismito acabo de quitarlas del fuego.

- ¿Y las castañas?

- Llevan *girviendo* hace un buen rato. Yo creo que ya deben estar *guisás*.

- Bueno; pues todo el mundo a lo suyo –ordenó Corinita. Ustedes, Vicente, Juan y Rita, a pelar y picar las castañas. Y tengan *curiao* de no quemarse, pues *entoavía* están bastante calientes. Después, partan estas nueces. ¡Y no se las *vaigan* a comer, sinvergüenzas! Rosa y M^a Luisa, a pelar las manzanas blancas. Los trozos, muy pequeños, ¡eh! Y tú, Lola, vete picando los chicharrones; hazlos en cachos *menuitos*.

El pequeño Luisito, que aquella noche tenía el sueño espantado, contemplaba desconsolado a todo el mundo trabajando. Por eso, queriendo ser también útil, preguntó:

- ¿Y yo, abuelita?

- ¿Tú? Bueno, pues también tienes tarea. Vas a *dir* mondando las pasas y les quitas los rabos. Y te digo lo mismo que a tus hermanos: ¡mucho ojito con comérselas!

Cuando cada uno terminó su cometido, abuela Corinita lo fue echando todo en un caldero grande: batatas, manzanas, castañas, nueces, chicharrones, pasas, azúcar, sal, cebolla molida, orégano... Luego, cogió la sangre que estaba en un balde y la vació dentro también. Con un cucharón de rabo largo lo revolvió todo muy bien, hasta que cada uno de los ingredientes quedó completamente mezclado con los demás.

- Bueno; pues ya está todo listo *pal llenao* –dijo la anciana.

- Abuela, déjeme a mí ahora –replicó Lolita-. Yo me encargo de ello; *usté asiéntese*, que ya debe de estar bastante *cansá*.

- *Ansina* es, mi hija; te lo agradezco mucho –replicó Corinita-. ¡Estas piernas me traen bastante *fastidiá!*

Lolita se colocó junto a la mesa; allí estaba el caldero con toda la mezcla preparada.

- Arrima *p'acá* el lebrillo –ordenó a su hijo Moisés-. Ponlo debajo *pa* que no se caiga *na* por fuera.

La parte de arriba de una botella partida sirvió de *fonil*. Con una caña limpia fue empujando Lolita la mezcla dentro de las tripas.

Rosita y M^a Luisa se encargaron de ir amarrándolas de tramo en tramo, con *hilo carreto*.

Cuando concluyeron esta tarea, Luisito, que no les quitaba los ojos de encima, preguntó, devorado por la curiosidad:

- ¿Y ya se *pueen* comer las morcillas, mamá?

- ¡Qué va, cariño! Ahora hay que meterlas dentro del caldero grande y se les echa agua hasta que queden *toas tapás*. Después hay que ponerlas al fuego.

- Oye, Lola; ten mucho *curdiao*, no sea que la *vaigas a jaser* –advirtió abuela Corinita-. ¡Que alguien te *ayúe!*

Rosita agarró por un asa y Lolita por la otra. Y entre las dos colocaron el pesado caldero sobre los negros teniques del fogón.

- Abuelita, ¿hasta cuándo hay que dejarlas al fuego? –preguntó una vez más el pequeño Luisito.

- Pues, hasta que estén bien *cocinás*.

- ¿Y cómo se sabe eso? –preguntó esta vez Moisés.

- Muy fácil; se pinchan con una *abuja* y cuando no echen agua, es que ya están.

Mientras, las cocineras cogieron las grasa del cochino, que José Pepe había separado de la carne, y la metieron en un caldero. Luego lo pusieron en otro fuego, que encendieron en

el mismo poyo. No tardó mucho en hervir y en convertirse en un exquisito “aceite”. Entonces lo vaciaron en un par de ollas y las taparon con un paño, que amarraron con un hilo junto a la boca. Al enfriarse se formaría la sabrosísima manteca, condimento indispensable para la mayoría de las comidas. Una parte que sobró la echaron en una lata, mezclándola con chicharrones. En su momento sería como una golosina, sobre todo a la hora de amasar gofio, en la comida de los potajes.

Había transcurrido cerca de una hora desde que pusieron el caldero grande sobre el fogón. Lolita había pinchado varias veces las tripas, a ver si ya estaban. Por fin, pudo exclamar:

- ¡Esto está ya, señores! Ya no sale ni una pizca de agua.

La operación siguiente, y la última, fue escurrirles el agua a las morcillas y colgarlas en un travesaño, en un rincón de la cocina, para que se orearan. De allí se irían cogiendo para el consumo posterior.

El exquisito olor que despedían las morcillas, invadía toda la casa. Hasta Joé Pepe, que subía la escalera, después de terminar la operación del “desmenuzamiento”, lo pudo comprobar y así exclamó:

- ¡¡Humm!! ¡Qué olor más agradable! ¡Deben estar riquísimas las morcillas!

Pasaba ya de la medianoche, cuando el *llenao* quedó concluido. A la *matá* del cochino le faltaba la celebración de “El Mojo”. Tendría lugar al siguiente día, domingo. Con tal motivo se reuniría toda la familia. Y gustarían la riquísima carne compuesta de cochino con una deliciosa salsa y papas *sancochás*. Y, con un poco de suerte, podrían saborear un buen vaso de vino.

LA BODA DE LOLITA

Entre la gente de Las Medianías, al igual que en cualquier punto de la tierra y como en cualquier instante de la historia, la boda era un acontecimiento singular. Venía a ser como el núcleo central, alrededor del cual se movía todo el engranaje de la célula familiar.

En cierto modo, la vida de una persona se contabilizaba: “Antes de casarse” y “Después de casada”.

La boda era como el ecuador que delimitaba los dos hemisferios existenciales.

La trascendencia social y económica era indiscutible. Para el padre de la novia suponía un trago muy duro. Él era el encargado de *la dote*; es decir, tenía que pagar la alcoba y correr con la celebración del banquete: Muchas veces, el esfuerzo que tenía que realizar era enorme; quedaba entrampado durante mucho tiempo. No digamos nada cuando la “divina Providencia” le había regalado dos, tres o más hijas. Entonces, sus apuros y angustias no tenían límites.

En esta tarea del casorio, las madres de las muchachas jugaban un papel importantísimo. Parecían tener una idea fija y casi obsesiva: llevarlas al altar, aunque fuera a empujones. A medida en que las veían hacerse mujeres, sus desvelos e ilusiones se iban también acrecentando a la par. El objetivo prioritario era el conseguirles novio; el verlas, si era posible, comprometidas con un mozo que supusiera un buen partido.

Para ello, mostraban un afán verdaderamente desmesurado por presentar “la mercancía” en todas las ocasiones posibles: fiestas, bailes, bodas... llegaban hasta privarse de muchas cosas, a veces, bastante necesarias, con tal de que la imagen de sus hijas tuviera un realce y una prestancia lo más noto-

ria posible.

La niña casadera se erigía en el centro de atención de todas las comadres de la vecindad. La observaban y la seguían minuciosamente, de una manera casi morbosa. Los comentarios, las comidillas y los “dimes y diretes” eran parte de su manjar diario. En el fondo reflejaban, posiblemente, una *magua* o envidia oculta por verla gozando de lo que ellas, tal vez, no tuvieron oportunidad, o porque ya se les habían quedado muy atrás aquellos momentos primorosos.

Todo el proceso hacia el altar: enamoramiento, noviazgo, hablar con el padre (petición de mano), hablar con el cura y ceremonia religiosa tenía unos cánones bien determinados: La pareja debía moverse dentro de unas coordenadas que sus mayores, la vieja tradición se habían encargado de establecer. Pero, ¿siempre sucedía así?

- ¡Buenos días, Benita!

- ¡Buenos días, Pinito! ¿Cómo sigues de tu cuadril?

- *Pos* si quieres que te diga la *verdá*, creo que un poco mejor; aunque *entoavía*, de vez en cuando, me dan unos rayos fuertes. ¡Oye, que me llevé un buen *leñazo*! La *caía* fue de más tres metros. ¡Dichosa higuera!

- ¡Nada, que ya no *semos* niñas, Pinito! Y Tenemos el cuerpo bastante *pesao*.

- Bueno, Benita, ¿y qué me dices de la hija de Ruperta?

- ¿Que qué te digo? *Pos*, ¿es que le pasó *argo*? Mi niña, yo no *m'enterao* de *naíta*.

- ¡Oye, si es que *too* el barrio lo sabe ya!

- *Juraíta* que no se *na*, Pinito. Dime de una vez de qué se trata, que me tienes *toa niervosa*.

- *Pos, na*; que la muchacha se largó con el novio.

- ¿Qué me dices, Pinito? ¡*Loao* sea Dios y la Santísima Virgen! –exclamó Benita, mientras se santiguaba.

- Lo que acabas de oír. *Pa* amanecer ayer no estaba en la cama cuando la fue a *dispertar* su madre. Se escapó durante la noche.

- ¡Muchacha, me has *dejao pasmá*. Y Ruperta, ¿cómo está?

- ¡Oh, ya te podrás figurar! La *probe*, creo que está *me-tía* en la cama. Y su padre, *mestro* Rafael, también está *too avergozao*.

- ¡*Vemería, vemería*, Pinito! ¡Esta *juventú* de hoy está loca! ¿Y se sabe *pa ónde* se fueron?

- Eso sí que no lo sé, Benita.

- Mira, ¿y por qué aseguran que se marchó con el novio?

- Bueno; es lo que *too er* mundo pensamos. *Pos*, como tú sabes, la cosa viene *d'atrás*. La muchacha ya hace un par de años que quería casarse...

- Sí, ya sé que *mestro* Rafael nunca ha *querío* esa boda.

- *Pos*, la muchacha ya se lo había *avisao*; si él seguía *emperrao* en decir que no, ella se largaría de la casa cuando menos lo esperara. Y ya ves; lo cumplió.

- De lo que yo no *m'enterao* bien es por qué *mestro* Rafael no la deja casarse con ese muchacho, que parece ser que es del Sobradillo, si no me equivoco.

- Sí; *ansina* es; de allí procede, Benita. Y, según dicen, *usté* a mí no me lo crea, el chico tuvo ya otra novia y cuando estaban a punto de casarse, la dejó *plantá*.

- ¡Ah, ahora comprendo! *Mestro* Rafael tiene *mieo* a que también le *jaga* los mismo a su hija.

- *Exaitamente*, Benita. Aunque Mercedes, la de Santiago García, que es de Zumacal, me dijo que conoce a sus padres

y parece ser que son muy buena gente.

- Pinito, me he *quedao* boba.

- Mi niña, la vida es *ansina*. Cada día se encuentra una con nuevas sorpresas.

- ¡Es *verdá!* Vamos a ver en qué para la cosa.

- Benita, yo voy a seguir, que tengo que echar *verdín* al millo de “La Solanilla”, porque las *condenás legartas* se lo van a comer *too*.

- Pues, no te descuides, Pinito, porque si se *empalambran*, no hay quien *puea* con ellas.

Una vez más, la habladuría volvió a ser inexacta. Lolita no se había largado con el novio. Se había marchado a casa de su abuela, en Valsendero y estaba bien decidida a no regresar soltera a su domicilio. Pensaba casarse cuanto antes y como fuera.

En cierta manera, Ruperta y maestro Rafael se sintieron bastante aliviados. Ya la vergüenza que sentían no era tanta.

Y gracias a tal decisión, Mercedes logró lo que parecía imposible. El que su padre cambiara de parecer y le diera su consentimiento para el casorio.

Lo que le fastidiaba ahora a maestro Rafael era la dote. Suponía un gasto de más de quinientos duros. Entre alcoba y el banquete de boda, muy poco le sobraría.

- ¿Se puede, señor cura?

- ¡Pasen, pasen! A ver, ¿qué le trae a esta gente por aquí?

- Verá usted, D. Juan –dijo Lolita-; es que nos queremos casar.

- ¿Que se quieren casar?

- Sí, D. Juan –respondió Carlos, el novio.

- ¿Y ya lo tienen bien pensado, mis hijos? Miren que lo que van a hacer es una cosa muy seria.

- D. Juan, hace mucho tiempo que lo tenemos *decidió* – dijo Lolita.

- ¿Y para cuándo sería la boda?

- Nosotros deseamos que sea cuanto antes –habló de nuevo Lolita-. No sé si usted se habrá *enterao* de que yo estoy en casa de mi abuela, en Valsendero. Y que me marché de mi casa porque mi padre no quería dejarme casar.

- ¡Ah! ¿Con que tú eres la hija de maestro Rafael, el de Madrelagua? ¡Vaya por Dios! Mira que diste bastante que hablar, hija mía. ¿Tú no sabes que debemos una gran sumisión a nuestros padres? La verdad, la verdad que eso que tú has hecho no me parece que haya sido correcto por donde quiera que se mire.

- D. Juan, es que no tenía otra solución. Yo conozco muy bien a mi padre. Mire cómo *enseguía* me ha *dao* el permiso.

- Bueno, bueno; vamos a ver qué podemos hacer, porque ustedes me están diciendo que quieren casarse lo antes posible.

- *Pal* mes *qu'entra*, si hay tiempo –respondió Carlos.

- Apretadilla veo la cosa –dijo D. Juan-. Ustedes saben que tienen que venir a “rezar”³ y que hay que hacer las tres amonestaciones

- ¿Y qué es lo que hay que saber, D. Juan? –preguntó Lolita.

- Pues, miren: Yo suelo hacer varias preguntas del Catecismo.

- Pero, D. Juan –dijo Carlos casi tartamudeando-, yo no me acuerdo ya de *na* de eso. *Usté* sabe que uno está siempre *metío* en la tierra y hace ya mucho tiempo que dejó la escuela.

³ Especie de examen de catecismo que hacía el párroco a los novios, previo a la celebración del Sacramento del Matrimonio.

- Mi hijo, no te queda más remedio que repasarlo. Ustedes, lo que van a hacer es que en vez de hablar de otras cosas cuando se vean, se van a poner a estudiar el Catecismo. Tú, Lolita, puedes ayudarle a tu novio. Y cuando ya están más o menos preparados, vuelven otra vez por aquí.

- A ver, Carlos, ¿cuántos son los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia? ¿Y las Obras de Misericordia? ¿Y el Bendita sea tu Pureza? –le preguntaba Lolita.

Los dos se pasaban las tardes de los jueves y de los domingos (únicos días en que se veían los novios, por aquel entonces) sentados en unas sillas, debajo de la parra, en casa de *señá* Dolores, abuela de la muchacha. Los pobres parecían que iban a hacer la Reválida.

Y llegó el día en que fueron a “rezar”. Primero entró el novio y después, la novia. En honor a la verdad, hay que decir que D. Juan se mostró bastante benévolo; al pobre Carlos, que estaba tan nervioso que apenas podía articular palabra alguna, le preguntó el Padrenuestro y el Credo. El muchacho se defendió como pudo. Lolita, la novia, le dijo cuántos eran los Sacramentos, los Pecados Capitales y las Cosas necesarias para hacer una buena Confesión. D. Juan quedó muy satisfecho.

- La primera “amonestación” será el próximo domingo –les precisó.

Y así fue. Antes de dar la bendición, al final de la *misa rezá* y *misa mayor*, D. Juan leyó tres “amonestaciones”; la última fue la de Carlos y Lolita. Con el tono característico de siempre, dijo:

“D. Carlos Reyes Santana, soltero, natural de Valleseco y vecino del Sobradillo; hijo legítimo de D. José Reyes Guerra y de D^a Lucía Santana García, desea contraer matrimonio con D^a María de los Dolores Hernández Naranjo, soltera, natural

de Valleseco y vecina de Madrelagua. Hija legítima de D. Rafael Hernández Quintana y de D^a Ruperta Naranjo Domínguez..

Es primera “amonestación”.

Si alguien sabe de algún impedimento por el que no se puedan celebrar estos matrimonios, tiene obligación, bajo pecado mortal, de manifestarlo cuanto antes.

Los días que siguieron hasta la boda, Carlos y Lolita fueron visitando a sus familiares de Sobradillo, de Madrelagua y de Valsendero. Y también a los vecinos más cercanos a sus casas, para invitarlos a todos a “El Vino”, que se celebraría (según vieja tradición) el domingo siguiente de la tercera “amonestación”. Tendría lugar en la casa de cada uno de los novios.

Lolita, ya reconciliada con sus padres, también lo celebró en su casa. Por la tarde, todos los invitados fueron llegando a un domicilio y a otro, según el parentesco y la cercanía.

Las visitas eran obsequiadas con un vaso de vino dulce y una taza de chocolate calentito con galletas.

La cama de Lolita parecía la tienda de Pedro el del pueblo; había un montón de platos, grandes, medianos y pequeños; tazas de café, escudillas, calderos de todos los tamaños; palanganas, cucharas, tenedores, cuchillos, un farol, sábanas, un par de bacinillas... y muchos billetes de una peseta y también hasta de un duro.

La gente de Madrelagua demostró generosamente su solidaridad con Lolita.

Y llegó el día de la boda: El miércoles siguiente a la celebración de “El Vino” (también según tradición inmemorable).

Con el sol ya puesto, vinieron a llegar los novios, padrinos y acompañantes a la iglesia parroquial de Valleseco. Allí se celebró la ceremonia religiosa. D. Juan fue quien los casó. En el sermón les dijo que tenían que amarse siempre; en las ale-

grías y en las penas, en la salud y en la enfermedad. Y también que tuvieran todos los hijos que Dios quisiera.

Cuando emprendieron el regreso, ya lucía un cielo tachonado de estrellas. Y los grillos estaban en pleno concierto, como si quisieran sumarse a la fiesta y alegría de los que pasaban.

Eran casi las diez, cuando, allá por El Lomo, apareció el cortejo. Numerosos faroles y grandes *mechones* de petróleo escoltaban a la comitiva nupcial.

A medida que se acercaban, iban creciendo las voces, las risas y los gritos de la gente menuda.

Ya en casa de maestro Rafael, los invitados fueron ocupando sus sitios alrededor de las mesas, que estaban preparadas en el patio, debajo de la parra. Se sentaron unas ochenta personas. Los novios se colocaron en una de las cabeceras.

Maestro Rafael, la tarde anterior había matado un becerro de casi un año. Manuel Bernal, el viejo y obligado cocinero de todas las bodas de la raya de Valleseco, fue el encargado de preparar el banquete. No solía cobrar nada; sólo exigía una botella de ron al lado de las cacerolas. Si después querían darle una propina, él no la rehusaba.

- ¡Que vivan los novios! –gritó alguien.

- ¡¡Que vivan!! –respondieron todos, mientras levantaban el vaso de vino y brindaban por ellos.

En primer lugar, Manuel Bernal les sirvió un buen plato de sopa de fideos gordos. Después, carne compuesta, toda la que quisieran, con papas *sancochás* y una salsa sabrosísima. Al final, las muchachas se encargaron de servir una taza de café bien calentito y galletas.

Cuando terminaron de tomarse la sopa, Manuel Bernal, dando un golpe en la tapa de una cacerola, pidió silencio y dijo:

- ¡Señores, no suelten los remos (se refería a las cucharas), porque si los pierden, se *quean* en alta mar!

Era un golpe que, inevitablemente, tenía que echarse en cada boda. Y que, además, resultaba muy práctico.

Terminada la comida, se rodaron las mesas y los bancos y sillas y empezó un animado baile. Varias guitarras, un laúd y un acordeón marcaron las notas de un alegre pasodoble. Los primeros que bailaron fueron los novios; después siguió toda la juventud. Y poco después se fue sumando una gran parte de los mayores. Hasta maestro Rafael se echó una pieza con su cuñada Susita. Ruperta, que estaba bastante triste, se negó a bailar.

La fiesta se prolongó hasta más allá de la medianoche.



Quesera canaria. Foto FEDAC.

MARIQUITA LA QUESERA

Una de las tareas diarias de Chanita era hacer el queso. Para ello cogía la leche de la tarde. Invariablemente, antes de acostarse, la vaciaba en platos hondos y escudillas y los colocaba en el suelo, en un rincón de la galería, hasta por la mañana.

Lo primero que hacía después de desayunar, era desnatar la leche con una cuchara. Cuidadosamente la pasaba por la superficie de los recipientes y extraía la nata, toda arrugada y amarillenta. La ponía en un *cacharro de pastillas* y le echaba por encima unos granos de sal. Un poco más tarde, Cletito se encargaba de llevarla al estanque de cueva que estaba un poco más allá de la casa. Allí la vaciaba en un *lebrillo* grande, que tenía en un escalón, muy cerca del agua. Era la mejor manera de conservarla fresca hasta el día en que hacían la mantequilla.

La leche desnatada la entibiaba Chanita muy levemente y le añadía una pequeña cantidad de cuajo de baifo y un poco de sal. La revolvía unos instantes y luego la dejaba en reposo en un caldero grande, cubierto con un paño, durante un par de horas.

A eso de media mañana ya estaba totalmente cuajada y a punto para que se pudiera hacer el queso. Chanita tardaba alrededor de una hora. Dentro de la misma cocina colocaba la quesera. En verano, cuando el calor se dejaba sentir más fuertemente, se ponía en el patio, debajo de la parra. Con una escudilla sacaba la cuajada del caldero y la vaciaba en el aro que estaba sobre la quesera de madera. Con una paciencia infinita mantenía las manos extendidas sobre la blanca cuajada que, con la suave presión que hacía, poco a poco iba prensándose. El suero que destilaba escurría por las estrías de la quesera

hacia el canal que la bordeaba y por el extremo delantero caía dentro de un balde. (Ver fotografía).

Este suero, con algunos tumbos que siempre se escapaban, era un alimento muy apetecido por los niños. Después del almuerzo, Chanita hervía y escardaba cuatro buenas escudillas. Las colocaba muy cerca del *fogal* para que se mantuvieran calentitas. Cuando los pequeños llegaban de la escuela las devoraban con una satisfacción inmensa.

El queso que hacía Chanita tenía una compradora a domicilio. Se trataba de Rosario Guerra Reyes, aunque todo el mundo la conocía por Mariquita la Quesera. Era una mujer muy alta y flaca, de rostro serio y siempre vestida de negro. Del mismo color era el pañuelo que llevaba en la cabeza, atado atrás invariablemente. Vivía en los lindes de Aríñez. Cada día de la semana recorría un barrio colindante; la Majadilla era uno de ellos.

Esta mujer, lloviera o hiciera calor, siempre era fiel a la cita.

- ¡Chanita! ¿Tiene hoy algún queso o mantequilla? – era la llamada habitual al pisar el patio.

- ¡Buenos días, Mariquita! Sí, hay algunos. Como ha *estao* lloviendo casi *toa* la semana y el sol no se ha *dejao* ver, sólo tengo tres *oriaos*, pero mantequilla sí hay una buena pella.

- Y de flores, ¿cómo anda?

- Yo creo que hay unos cuantos nardos; ya están empezando a verse. ¿A cómo los está pagando?

- Chanita, la gente de Las *Parmas* no está por *sortar* dinero; a un real la docena es lo más que se los *pueo* pagar.

- *Pos, antonces*, Mariquita, los voy a dejar a que aguanten unos días más, a ver si cogen un poco más de precio. *Ansina* no *merita* la pena cogerlos.

- Como *usté* quiera; yo, la *verdá* que no *pueo* darle ni una perra chica más.

- Está bien, Mariquita; otro día será. Déjeme, *qu'enseguía* le traigo los quesos y la mantequilla. Y, por cierto, ¿han *subío* *argo*?

- ¡Qué va, *quería*! Más bien están tirando *p'abajo*. La venta está muy mala últimamente.

Chanita entró en la cocina y abrió la puertecilla del *cañizo* que colgaba de la cumbreira del techo y sacó los tres quesos. La mantequilla, recién hecha, la tenía en el bajo de la casa, envuelta en unas hojas de ñamera. Estaba durísima, debido al fuerte frío que hacía.

Mariquita, a su vez, cogió de la cesta la pesa que llevaba siempre consigo. Colocó bien los platos y la levantó y la dejó quieta para que Chanita observara que estaba bien nivelada. Puso los tres quesos en uno de los platos y en el otro fue echando pesas hasta que quedó totalmente fiel.

- Cuatro kilos y medio tienen, Chanita.

A continuación, cogió la mantequilla y la colocó también en la pesa.

- Un kilo y cuarto, Chanita. ¡Está más dura que una piedra! ¡Vaya invierno llevamos!

- De eso no me hable, Mariquita; ya no sabe una qué ponerse *arría*.

- *Antonces*, Chanita, ¿no me llevo ninguna flor?

- A ese precio, no, Mariquita. Como le dije antes, voy a esperar unos días más; ellas tienen que subir.

- *Pos usté* es la que manda. *Aspere* un momento, *qu'enseguía* le saco la cuenta *pa* pagarle.

Sin lápiz ni papel, Mariquita comenzó a hablar consigo misma y a contar con los dedos. En menos de un minuto ya

tenía los números sacados.

- De queso, son trece peseteas y media. Y de mantequilla, siete y un real. En total: veinte pesetas y tres reales.

De la faldriquera sacó una taleguita con el dinero. Muy despacio contó veinte billetes de a peseta y los tres reales sobre la mano extendida de Chanita. Luego cogió la cesta, la puso sobre su cabeza y desapareció ábamos abajo. Seguiría visitando todas las casas que tenía en La Majadilla. Vendría a llegar a la suya cuando la tarde estaría ya cayendo. A esa hora era cuando almorzaba.

Todos los sábados bajaba a Las Palmas. Lo hacía en la camioneta de los lecheros de San Isidro. Su marido le ayudaba a llevar hasta la carretera la mercancía reunida, atravesando el Lomo de la Candelaria. El lugar de la venta estaba centrado en el barrio de San José y en Vegueta.

Su figura era muy familiar. En cualquier calle se la podía ver con la cesta a la cabeza, llena de quesos y olorosas flores: violetas, nardos, calas, etc.

- ¿Qué tal está el queso hoy, Mariquita? –le preguntaba D^a Inés, la mujer de Panchito el barbero.

- *Usté* sabe que lo que yo traigo es bueno siempre –respondía ella invariablemente.

- ¿Lleva también mantequilla?

- Sólo me *quea* la suya, D^a Inés; la demás se ha *vendido enseguida*.

- Pues, péseme un queso mediano, bien oreadito y la mantequilla.

En el Callejón de los Majoreros tenía una cliente que la traía por la calle de la amargura. Lo que le sobraba de exigente y meticulosa, le faltaba de buena pagadora. Nunca estaba al día. Siempre dejaba algo pendiente para la próxima semana. Así se le fueron acumulando “rabos” y más “rabos”. Como que

Mariquita un día decidió no entregarle más “mercancía”.

- ¡Ay, Mariquita, no me haga usted eso! -exclamó angustiada la pobre mujer-. ¿Dónde voy a encontrar un queso tan bueno como el suyo? Le juro que para el sábado que viene le voy a pagar todo lo que le debo.

- ¿Sí? *Pos*, sepa que son... ¡*Aspere* un momento, *qu’enseguía* se lo digo. -Revolvió en la cesta y sacó una libreta pequeña-. ¡Son treinta y siete pesetas y un real!

- ¿Tanto, Mariquita? ¡Qué barbaridad! ¡Eso no puede ser!

- Sí *puei* ser, D^a Julia. Yo lo tengo *too* bien *anotaíto* aquí.

- Bueno; pues, para el próximo día que venga vamos a quedar en paz; le daré todo lo suyo.

Y llegó el sábado siguiente. Mariquita, como de costumbre, tocó a la puerta de D^a Julia. Pero esta vez quien abrió fue una hija.

- ¿No está tu madre, mi niña?

- No, Mariquita; tuvo que salir y todavía no ha llegado.

Pero, en realidad, D^a Julia se encontraba en casa. Con las prisas, para no ser vista, se situó detrás de un biombo que estaba al fondo de la habitación de entrada. Mariquita enseñuada se percató de ello. Entonces comprendió que la deuda estaba ya perdida y también la clienta. Por eso dijo, despidiéndose y en un tono bien alto:

- Mira, le dices a tu madre que hasta nuevo aviso no volveré a pasar por aquí. Ah, y también le dices que para otra vez no se *olvíe* de llevarse las piernas.

La venta venía a terminarla allá sobre las dos de la tarde. A esa hora se iba al Camino Nuevo y almorzaba en el “Bar las Tres Palmas”, que estaba situado junto a la estación de los *piratas* de Arucas, un poco más abajo del Cabildo Insular.

Como la camioneta de los lecheros no salía hasta las cinco y media, ella aprovechaba el tiempo y se iba a realizar algunas compras, por lo regular, en la calle La Pelota o en la tienda de Miguel Lantigua, junto al Teatro.

Cuando llegaba a su casa ya era de noche. Su marido solía salir a su encuentro con un farol, porque la oscuridad era intensa, sobre todo en los días de invierno.

¿Merecía la pena el trabajo tan sacrificado que realizaba? Desde luego, las ganancias no podían ser muchas, pero sí eran lo suficiente para ir escapando, teniendo en cuenta los momentos tan difíciles que corrían.



Antoñita María, tendera y “médica” de Madrelagua, años 40.

EL RACIONAMIENTO

Un poco más abajo de la casa de Angelito y Momita se encontraba un pequeño manantial, una fuente; “La Fuente”, como la llamaban todos los vecinos de Madrelagua y aún hoy la siguen llamando. Incluso, da nombre al barranco que pasa a muy pocos metros de ella: “Barranco la Fuente”.

El agua que manaba no era abundante, pero sí muy buena. Por eso la preferían las mujeres de Madrelagua a la hora de hacer la comida. La desventaja que presentaba era que si el invierno había sido muy flojo y el verano resultaba muy fuerte llegaba casi a secarse,

Los vecinos de los alrededores se abastecían de ella para todos los menesteres. Sabían que cuando iba decreciendo había que tener mucha paciencia para llenar la talla, la lechera o la “Lata de pastillas”. Esos ratos de espera forzosa lo aprovechaban las señoras para charlar un poco. Aquí es donde encontramos a Momita. El día va a ser de mucho calor y lo mejor es tener agua fresquita en casa.

- ¡Buenos días, Remedios!

- ¡Hola, Momita! ¡Muy buenos días!

- ¡Siempre me coges la delantera, *jeringá!*

- *Pos* no soy la primera; ahora mismito acaba de *dirse* Rosita con sus cacharros llenos.

- *Entoavía* parece que no se ha *mermao* mucho “La Fuente”.

- Menos mal, Momita; el chorro sigue saliendo con ganas. Vamos a ver si tiramos *too* el verano.

- Dios lo quiera, porque si no, hay que *dir* al “Barranco la Madre”.

- Y una ya está *pesá pa* subir *cargá* la cuesta.

- *Pos, quería*, deja espabilarme, porque hoy tengo que aprovechar la mañana lo más que *puea*; quiero desgranar un poco de millo, a ver si mañana lo *pueo* tostar, porque el gofio se me está acabando.

- ¡Dichosa tú, que *entoavía* tienes millo. A mí hace ya tiempo que se me terminó. El gofio que nos estamos comiendo es del millo del Racionamiento, y la *verdá* es que está saliendo muy malo últimamente.

- Y ya que hablas del Racionamiento, ¿sabes si llegó el de este mes?

- Que yo sepa, no, Momita; pero esta mañana muy temprano, vi pasar *pal* pueblo a José “Carreto” con la mula.

- ¡Ah! *Pos puei* ser que fuera a traer algo.

- *Pa* lo que nos están dando no *merita* ni la pena de *dir* a recogerlo.

- Pero, mi niña, ¿Qué vamos a comer? No se consigue *na* por ningún *lao*.

- ¿Y hasta cuándo vamos a seguir con esta miseria?

- Sólo Dios lo sabe, Remedios; pero a mí me parece que la cosa va *pa* largo.

Estaba en lo cierto. “José Carreto” había ido a Valleseco a buscar el reparto. Y dio tres viajes más. Al día siguiente ya lo sabía todo el barrio. Desde muy temprano se podía ver una larga cola delante de la tienda de Antoñita María. Cada uno llevaba en sus manos, aparte de talegas y cestos, la “Cartilla de Racionamiento”. En ella se hacía constar los que componían la familia, con sus fechas de nacimiento. Adjuntas llevaban unos tiques, que Antoñita María arrancaba cuando entregaba el reparto.

Como en el mes anterior, daría por persona: cinco kilos de millo, un cuarto litro de aceite, un cuarto kilo de azúcar,

cien gramos de café, medio kilo de arroz y otro medio de judías.

Entre la gente había un gran descontento, porque habían subido el precio del café y el azúcar.

- No, si lo que quieren es que no *tómemos* café –decía Carmita Reyes.

- ¿Y qué me dice de la harina? –preguntaba Encarnita.

- *Pos* que esta vez tampoco ha *veníó*; la última que nos dieron fue *pa* los Carnavales. ¡Y qué tortillas nos *jisimos!*

- No me hable *d'eso*, Encarnita, que tengo unas ganas de comerlas que *usté* no sabe.

Más atrás estaba Momita hablando con su vecina:

- ¿*Usté* se ha *enterao* si van a dar pan, Pinito?

- *Asigún* tengo *entendío* parece que sí. María, la de “Pedro Callejón”, dice que el domingo, a la *salía* de “misa rezá”, Pepito el guardia “echó” el aviso. Pero que va a ser sólo *pa* los niños chicos.

- O sea, que a los mayores que nos parta un rayo.

- *Ansina* es. Y los que tengan críos que *vaigan* al pueblo, llevando la “Cartilla”, a la panadería de Santiago Molina. Por *ca* chiquillo más abajo de seis años, le darán dos panes a la semana.

- *Pos*, Pinito, ¡estamos *arreglás!* Ya veo que si quiero comer pan no me *quea* más remedio que esperar a que coja un *puñao* de trigo que hemos *sembrao*.

Y un poco más atrás de Momita se podía oír:

- Lolita, ¿*usté* sabe si se está consiguiendo azúcar por *ai?*

- ¡Qué va, hija! La semana *pasá* mi *marío* estuvo en Arucas y ¡*na de na!* Por ningún *lao púo* encontrar.

- ¿Y cómo se la está arreglando? Porque a mí no me llega ni a la *mitán* del mes.

- ¿Quiere que le diga, Rosarito? *Pos*, con *jigos pasos*. Mis chiquillos están tan *arregostaos* que se toman el café con leche que da gusto. Mire *usté* que a veces, aunque *haiga* azúcar no se la echan.

- Oiga, *pos* no está mal la idea, Lolita. Me parece que yo también voy a hacer lo mismo.

- Y por cierto, -preguntaba Adelaidita, que también formaba parte de la larga “cola”-, ¿qué sabe *usté* del reparto de tela, Mariquita José?

- Mire, Adelaidita, *usté* a mí no me *jaga* caso, pero por lo que andan diciendo, parece que van a dar *argo* de muselina y de franela.

- ¡Ay, si fuera *verdá*, Mariquita! ¡*usté* no sabe lo bien que nos vendría! Porque una no tiene dinero *pa* comprar la que nos trae Rogelio.

- No me hable de eso, Adelaidita. Mi *marío* tiene el *probesito* las camisas *toas sursías* que da pena. Y los calzones, *pos* que ya no les cabe ni un remiendo más.

- Esperemos que sea lo que Dios quiera. Una no se va a volver loca con tanto *desafortunio*.

- ¡Y qué remedio nos *quea*, Adelaidita!

LOS LECHEROS

Entre los recursos principales con los que contaba nuestra gente de Las Medianías, estaba la leche. Podemos afirmar que más del 75% de las familias que vivían en los barrios y pequeños caseríos de cada pueblo poseían, como mínimo, una yunta de vacas, con sus becerros y dos o tres cabras.

Estos animales, a parte de ser un buen soporte para la labranza, garantizaban una entrada, aunque modesta en sí, bastante importante para la economía doméstica.

La leche, unos la vendían a los lecheros, otros la convertían en queso, y un tercer grupo optaba por ambas cosas. Pero, talvez, la mayoría estaba entre los primeros. Pues, de estos queremos tratar en el presente capítulo.

En el municipio de Valleseco eran muy conocidos estos hombres. En los años donde nos hemos centrado (40-50 del pasado siglo), destacaban tres nombres: Jacinto Reyes, Benjamín Reyes e Ignacio Reyes. Los tres eran naturales de



Lechero de Madrelagua, 1949. Foto FEDAC

Madrelagua, pero con distintas residencias; el primero en dicho barrio y los otros dos en Lanzarote y Las Madres (Firgas), respectivamente. Éste último, Ignacio Reyes, el más joven de los tres, falleció cuando ya estaba en la imprenta esta 2ª edición del libro, a los 88 años de edad. Estuvieron en la brega hasta los años 60, fecha en la que el Estado promulgó unas leyes sanitarias muy estrictas sobre la recogida y venta de la leche a granel.

¿Cómo recogían la leche los lecheros? Cada uno de ellos disponía de su camioneta. La carrocería la tenían cubierta de lona, bien amarrada, para proteger la carga y eventuales pasajeros del sol o la lluvia. Casi todo el espacio estaba ocupado por las grandes lecheras de hierro, que en la parte interior estaban a dos niveles, sobre gruesas tablas.

Al romper el día, ya estaban en la carretera. Para anunciar su presencia hacían sonar las bocinas. Los más cercanos, llevaban la leche por sí mismos hasta la camioneta. Y los más alejados, la entregaban a los recogedores con bestias o al hombre, que hacían sonar una caracola para alertar a los ordeñadores.

Una vez completada la recogida, ponían rumbo a la capital. Allí comenzaba la venta a granel. La clientela estaba desparramada por toda la ciudad. Un grupo de muchachos, hijos o asalariados de los lecheros, se encargaba de llegar a los puntos donde no podían hacerlo las camionetas. Cuando se daba la circunstancia de que la leche que habían transportado a la ciudad excedía a la de la venta ordinaria, entonces la llevaban a la Central Lechera, que estaba cerca del Camino Nuevo, en la calle “La Fontana de Oro” (actualmente “Senador Castillo Olivares”).

Era “vox pópuli” que la leche llegaba bien bautizada a la capital. De ahí el dicho “Leche Cacharro”, que aún todavía hoy se oye, para hacer referencia a algo muy devaluado. Llegó a comentarse, (no sé si con verdad o no), que en determinadas ocasiones, al vaciar el resto de la leche en la Central, el colador recogió alguna que otra rana.

De todas maneras, había un inspector encargado de vigilar la calidad de la leche que se vendía por las calles. En las décadas de los cuarenta y cincuenta fue muy famoso “Juanito el Palomo”, egregio vecino del barrio de San José. Encarnaba el verdadero prototipo de Inspector Municipal. Iba siempre vestido de terno y corbata de riguroso negro. Era un hombre de figura hierática y de mirada severa. Los vendedores a granel, los que iban por las calles, por las casas sin la correspondiente licencia, le tenían pánico. En cualquier sitio podía parar al vendedor ambulante y verificar si estaba todo en regla. A los lecheros los traía en jaque. En su bolsillo llevaba “el pesador” para verificar la calidad de la leche. Si constataba que la densidad era inferior a la exigida, allí mismo le *trabucaba* la lechera y además “obsequiaba” al asustado vendedor con una buena multa. Más de una vez, el mismo lechero ambulante, al distinguir a lo lejos a “Juanito el Palomo”, ante la imposibilidad de escabullirse, él mismo vaciaba la lechera en la alcantarilla más próxima, para librarse así de una multa segura.

Una vez acabado el despacho, ya cerca de las tres de la tarde, nuestros lecheros almorzaban en algunos de los bares de la ciudad, preferentemente en los del Camino Nuevo o en los del sector de Santa Catalina. El tiempo que les quedaba hasta partir para Valleseco, lo aprovechaban para hacer alguna compra o resolver algún asunto que se les encomendaba frecuentemente.

El punto de partida lo tenían establecido en la cabecera de la calle Canalejas. Allí se congregaba todo el personal relacionado con el despacho de la leche y los eventuales pasajeros. Alrededor de las seis, ponían rumbo a Valleseco. Al llegar a Teror hacían una larga parada, para que refrescaran las camionetas y también para que los que quisieran pudieran mojar sus gaznates en uno de los bares. Casi siempre llegaban a sus casas con la noche ya encima, si no bien entrada.

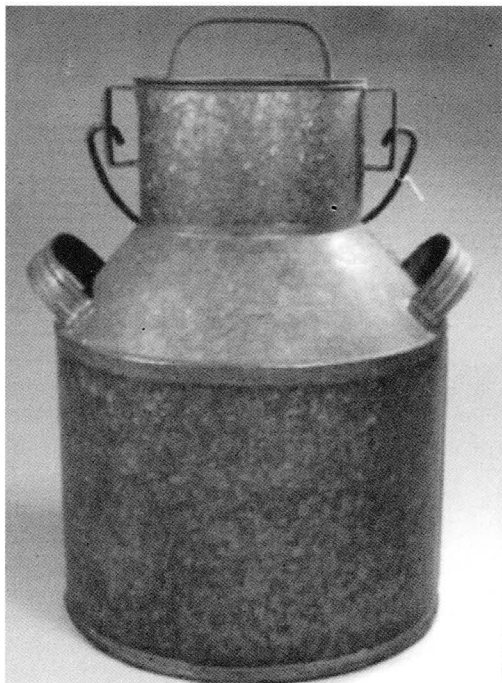
Muchos de estos hombres, cuando entrando en los años sesenta se aplicaron las nuevas normas sobre sanidad e higiene, en las que se contemplaba la desaparición de este tipo de actividad, se vieron obligados a dejar su profesión, todavía en plenitud de facultades físicas. Como pudieron, se reciclaron en diversas profesiones: agricultura, camioneros, taxistas, tenderos, etc.

LOS LATONEROS

En aquellos años, a caballo entre los cuarenta y los cincuenta, había unos profesionales que eran considerados como piezas imprescindibles en el engranaje social de entonces, tanto en la capital como en cada uno de los pueblos de nuestra geografía canaria. Se trataba de los latoneros.

Eran unos personajes sumamente populares y estimados. Venían a ser como los rehabilitadores oficiales de una gran parte de los utensilios domésticos, con el consiguiente alivio para las maltrechas economías de la mayor parte de las familias isleñas.

Sus talleres, normalmente habitaciones muy pequeñas y con muy poca luz, siempre estaban repletos de mil cachivaches



Lechera. Foto FEDAC.

a recomponer: cocinillas, candiles, faroles, palanganas, baldes, calderos, lecheras, bacinillas, etc., etc.

En Las Medianías era muy frecuente verlos transitar por los caminos, ofreciendo sus servicios de puerta en puerta. Solían moverse siempre dentro de la misma área, y con un respeto escrupuloso al terreno ajeno.

Por los límites de Valleseco y Teror eran dos los que hacían sus correrías con una periodicidad mensual. Uno se llamaba Mauricio y la otra Esperanza Torres Ramírez, conocida popularmente por “La Galinda”. Ambos eran de la raya de la villa mariana. No se hacían la competencia; al revés: sus trabajos se complementaban. Pues, mientras Mauricio realizaba la tarea de soldadura con estaño, “La Galinda” se ocupaba de recomponer platos, escudillas, lebrillos, macetas, etc., con la barena y alambre.

En casa de Chanito y Dorita, en Monagas, también se les aguardaba. Y a veces, con sumo interés. Como en aquel día.

- Chano, ¿te has *dao de cuenta* que la lechera grande se está saliendo *toa* por el fondo?

- Sí, ya lo sé, Dora; se me había *olvidao* decirte que ayer tarde, cuando fui al tanque, a buscar agua *pa* las vacas, me resbalé y le di un fuerte golpe.

- *Pos*, como no venga pronto Mauricio vamos a tener que *dir* al pueblo *pa* que *mestro* Luis la *solde*.

Pero, no hubo que llevarla a Valleseco, porque dos días después llegó por allí el viejo latonero. Venía todo cargado; apenas se dejaba ver debajo del gran cajón de herramienta, el rollo del brillante latón y un sinnúmero de faroles, candiles y “medidas”.

- ¿Quién vive? –preguntó a voz en grito maestro Mauricio, mientras se acercaba a la casa. “Canelo”, como era

su deber, se encargó de anunciar su presencia con unos *japíos* de muy poca amistad.

Dorita, en aquel preciso momento regresaba de Los Laureles con un *jase* de *legume* a la cabeza y con un balde en la mano, en el que traía unos calabacines, habichuelas, unas hojas de col y un par de piñas para el potaje que iba a hacer.

- ¡Buenos días, *mestro* Mauricio! Casi no me encuentra en la casa.

- *Pos*, ahora mismito acabo de llegar. No he hecho más que poner los trastos en el suelo.

- Ya me lo imagino, *pos* desde el barranquillo oí al perro *japiando*.

- Déjeme limpiar el *suor*, porque con estos calores, apenas *puei* uno andar por *ai* –dijo maestro Mauricio, mientras sacaba del bolsillo de atrás de los pantalones algo que en su día sería pañuelo, pero que en aquel momento parecía más bien un rejo de trapo, todo emperrado y lleno de agujeros. Dorita también se recuperó un poco del cansancio que traía y después de ofrecerle a maestro Mauricio un vaso de agua fresca y ella tomarse otro bien *raido*, dijo:

- Lo estábamos esperando, *mestro* Mauricio.

- Eso está bien –replicó contento el latonero-. ¿Y qué es lo que tiene *p'arreglar* hoy?

- *Pos*, hay una lechera y una *medía*.

- Cuando *puea* me deja echarles un *vistaso*, Dorita.

- Si *m'espera* un momentito, *anseguía* se las traigo.

- No faltaba más –replicó maestro Mauricio.

Poco después, Dorita salió de la cocina con los dos cacharos en la mano.

- Aquí los tiene, *mestro* Mauricio. La lechera se sale por varios sitios del fondo. Nos hemos *estao* remediando porque le pusimos un poco de jabón por fuera.

- A ver, a ver... ¡Hum! Esto está bastante *jodío*, Dorita. Yo creo que vamos a tener que ponerle un fondo nuevo.

- ¿*Usté crei*? ¿Y por cuánto *puei* salir la cosa? -indagó temerosa Dorita.

- Teniendo en cuenta que hay que ponerle latón nuevo y que hay que echarle estaño, le va a costar *alredeor* de un “duro”.

- ¡Cristiano de Dios! ¿*Usté* está loco, *mestro* Mauricio? *Ansina* no *merita* la pena arreglarla. Con un poco más se compra uno una lechera nueva.

- ¿*D’esta* clase? ¡Qué va, Dorita! Tenga en cuenta que las cosas han *subío* últimamente una *barbariá*. Pregunte por *ai pa* que vea.

- Mire, como no me va a *quear* más remedio, échele mano y déjemela bien *arreglá*.

El veterano latonero sacó una vieja cocinilla del cajón de la herramienta, la colocó en el suelo, al soco de la pared y le dio un par de *fuellazos*. Enseguida salió un hilo finísimo de petróleo por el pitorro del quemador. Raspó un fósforo en una piedra del patio y le prendió fuego. Por unos momentos abrió la válvula del aire para evitar que saliera más petróleo y ahogara la llama; previamente tenía que calentarse el quemador. Cuando observó que estaba a punto, cerró de nuevo la válvula y le dio fuelle a fondo a la cocinilla. En un santiamén quedó ardiendo como si fuera un soplete. Minutos después, el soldador que maestro Mauricio había colocado sobre el quemador rugiente, estaba rojo como una brasa.

Una hora tardó en ponerle el fondo a la lechera.

- Por *drento* no se *vei* ninguna *clariá* –dijo maestro Mauricio, mientras la observaba minuciosamente a trasluz-. Déme un poco de agua, Dorita, a ver si se sale.

No hubo necesidad de ningún retoque, pues había quedado perfectamente soldada.

A la *medida*, que también se salía por el fondo, sólo tuvo que ponerle una gota de estaño.

- *Pos*, si no tiene *más na*, voy tomando rumbo *pa* otro *lao*.

- *Aspere* un momento, *mestro* Mauricio, *qu'enseguía* le traigo lo suyo. ¿Cuánto le doy, por fin?

- Mire, lo dejamos *too* por el “duro”.

De una pequeña caja, que fue de pastillas inglesas, Dorita sacó cinco billetes de una peseta, bien planchaditos.

- Aquí tiene *toos* mis ahorros –le dijo, mientras contaba una a una sobre la mano de maestro Mauricio, las cinco pesetas.

- Lo que yo arreglo, *quea a consensia*. Ya verá que le van a durar *pa* mucho tiempo. Bueno, siempre que no le den golpes a lo bruto.

“Canelo”, de nuevo, le dedicó unos ladridos, esta vez como despedida, al latonero itinerante, mientras se perdía por el barranquillo arriba, hacia El Sobradillo, con todos sus perrechos a cuestas.

No había transcurrido todavía una semana, cuando apareció por Monagas Esperancita “La Galinda”, acompañada de su hija Maruca, quien llevaba de cabestro un viejo burro majorero, todo cubierto de regaderas, porrones, lecheras, faroles, *medidas*, etc.

“La Galinda”, como hemos dicho, era muy popular por todos los pagos de Teror y Valleseco. Tenía una voz muy característica, pues siempre hablaba con una ronquera, que apenas se le podía entender. No se sabía exactamente si era debido a una faringitis crónica o a una atrofia de las cuerdas vocales.

Su figura parecía emparentada con la de Don Quijote: alta, flaca, enjuta, pelo blanco desgreñado, los músculos de la

garganta en relieve, y la mirada nerviosa.

“La Galinda” era hija del que también fue latonero ambulante, Panchito Torres Henríquez. El pobre hombre, la mayoría de las veces apenas podía mantenerse en pie. Era un incondicional del ron. Su mujer, que le acompañaba siempre, constantemente le estaba recriminando el tan desgraciado hábito:

- Pero, Pancho, ¿cuándo vas a dejar de beber? ¿No ves que estás hecho un animal?

Cuentan que un buen día, cansado Panchito de tanto oírlo, cogió una botella de ron y la vació en una palangana; fue a donde estaba el burro y se la puso delante. El jumento acercó el hocico al recipiente, pero al percibir el fuerte olor del alcohol, volvió la cabeza a un lado y arremangando los largos labios, enseñó todos los dientes, como señal evidente de repudio y asco. Lo cual le hizo exclamar a Panchito:

- ¡Lo ves, María! ¡El ron no se *jiso pa* los animales, sino *pa* las personas!

Esta vez, “Canelo” anunció la presencia de extraños con redoblada dedicación y de una manera muy nerviosa. Le exasperaba hasta el máximo el timbre de voz de “La Galinda”.

- ¡Dorita! –gritó mucho antes de pisar el empedrado del patio y con una caña en la mano para defenderse del fiero ataque del chucho.

Dorita, con sólo oír al perro ya sabía que no podía ser otra persona más que “La Galinda”. Era la única ocasión en que “Canelo” ladraba así. De todas formas se asomó por la ventana de la galería y preguntó:

- ¿Quién es?

- ¡*Semos* nosotras, Dorita! ¡Las latoneras! –ronqueó la infatigable *trotabarrios*.

Allí, en el patio, debajo de la parra, “La Galinda”, su hija y el burro enramado de mil cacharros, aguardaron la presencia de Dorita.

- ¡Muy buenas, Esperancita! ¿Qué tal les va?

- Mi niña, siempre luchando *pa* vivir. No nos *quea* más remedio. ¿Y su gente, Dorita?

- *Pos*, en estos días hemos *tenío* un mal trago.

- ¡Jesús, mujer! ¿Por qué dice eso?

- ¡Cállese, Esperancita, que *elotro* día nos *llevemos* un susto de tres mil demonios!

- ¿Qué pasó? Yo no *m’enterao* de *naíta*, mi niña.

- *Pos*, que mi hijo mayor, Antolín, por poco se me mata.

- ¡Por Dios, Dorita! –exclamó sorprendida “La Galinda”- . ¿Qué le pasó?

Dorita, muy compungida, le contó cómo el muchacho, en una de esas mil diabluras de la gente menuda, a imitación de un funambulista quiso atravesar el barranquillo por encima del tubo de hierro que pasa el agua de un lado a otro. El crío perdió el equilibrio y dio con todos los huesos en el fondo. Menos mal que unas zarzas amortiguaron la caída. Todo quedó en una brecha en la cabeza, muy cerca de la nuca y cuatro puntos de sutura que tuvo que darle D. Jesús, el médico del pueblo.

- Bueno, Dorita; ya *too* pasó. Ahora lo que importa es no mirar *p’atrás*. Y que Dios nos *ayúe pa* seguir viviendo.

- Vamos a ver; *ansina* lo deseamos.

- Y qué ¿No tiene *na p’arreglar* hoy?

- “*Pos*” sí, Esperancita. Tenemos un *lebrillo* que se rajó *elotro* día por un *lao* y se sale. Y también un plato, que me rompió la chiquilla.

En el mismo patio, junto a la pared, “La Galinda” colocó el cajón de la herramienta y el manojito de faroles, candiles y demás cachivaches. El burro, todo mojado de sudor, al sentirse

aliviado mostró su contento con un prolongado rebuzno.

En pocos minutos, “La Galinda”, manejando la barrena con una habilidad extraordinaria, abrió varios agujeros en las piezas de loza. Una persona que no fuera experta era incapaz de hacerlo sin quebrar la porcelana.

Al poco rato, ya tenía el *lebrillo* y el plato cosidos fuertemente con alambre, y...

- ¡Dorita, mire a ver qué le parece!

- ¡Muy bien! -exclamó satisfecha la mujer-. Han *quedao* como nuevos.

La paga se la hizo Dorita en especie; como deseaba “La Galinda”. En un saco echó un cesto de los grandes lleno de papas.

- ¡Gracias, Dorita! Nosotras ya nos vamos, *qu'entoavía* nos *quea* mucho por recorrer.

- Bueno, Esperancita; que tenga mucha *salú* y suerte. Y hasta la próxima vez en que vuelva por aquí.

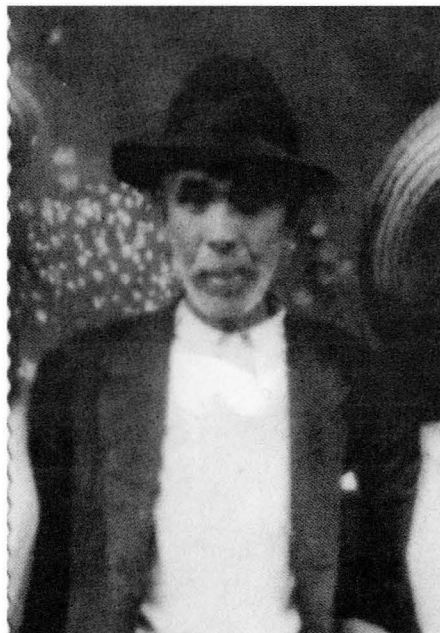
PANCHO HERRERA, UN HOMBRE TOPO

¿Será verdad eso de que cada uno nace con su sino?

Al menos en lo que respecta a la vida de determinadas personas parece que es cierto. Tal fue el caso de Francisco Herrera Domínguez, conocido en casi todo Valleseco y Teror por “Pancho Herrera”.

Si a alguien le tocó llegar a este mundo con la suerte de un esclavo, ése fue, sin duda alguna, Pancho Herrera.

Toda su existencia transcurrió bajo tierra, como si fuera un topo, abriendo cuevas para embalsar agua. Con el sudor de su frente tenía que ganar el pan necesario para alimentar a su mujer, Mariquita José, y a sus trece hijos. Madrugaba más que la luz del nuevo día; cuando aparecía el sol, él llevaba ya bastante rato en las entrañas de la tierra, dándole al pico, acompañando cada golpe con su habitual e inconfundible “¡¡jum!!”.



Francisco Herrera Domínguez. (Pancho Herrera).

El tiempo que solía tardar en hacer un tanque era alrededor de unos tres meses. Y eso, siempre que el pico encontrara sólo salón y que tuviera un buen peón que le sacara la tierra para afuera. Cuando topaba con algún risco duro, el avance era muy lento y tenía que abrirse paso a base de marrón, cuña y barra.

No daba avío a las demandas. Siempre tenía trabajo acumulado para varios años. Y sin embargo era un hombre que nunca acumuló dinero; al contrario, vivió en una pobreza casi extrema. Y todo ello, por que no se atrevía a pedir ninguna cantidad concreta, dejándolo a la buena voluntad del que le encargaba el trabajo, consciente de que sus convecinos apenas tenían para ir escapando. Y no obstante esta realidad, siempre estaba rebosando buen humor.

Muchas de las noches, al igual que otros hombres del barrio, acostumbraba ir a la tienda de Antoñita María para distraerse un rato. Y aprovechaba para hacer alguna compra, que llevaba en su inseparable talega.

Su figura era la de un hombre bastante *pirganudo*, notoriamente encorvado y con unos ojos vivarachones como los de un niño travieso. Inevitablemente él era siempre el centro de atención. Los reunidos, sentados frente a un rústico mostrador, unos sobre un banco sin espaldar, adosado a la pared, otros sobre los sacos de rollón y afrecho, y otros sobre cajones de coñac vacíos, se *desconchaban* con sus cuentos y ocurrencias.

- Pancho, ¿cómo va ese tanque de Vicente? –le preguntó José Manuel.

- El muy *condenao* me trae *too jodío*, ¡*recoño!* Me ha *salío* un *cacho* de risco que no hay manera de *arrejundir*.

- *Pos*, tienes que darle duro, compadre –dijo Martín Suárez-. Ya sabes que estoy esperando a que termines *pa*

emprncipiar el mío.

- *Entoavía* hay mecha *pa* rato; solamente el *encalao* se mama por lo menos tres semanas. Y hacer “la obra” no baja de los ocho días.

- Oye, Pancho, ¿es *verdá* lo que están diciendo por *ai*? – le preguntó Manuel Reyes, a quien también le gustaba mucho las bromas.

- ¿Qué *recoño* andan diciendo? –inquirió Pancho Herrera.

- *Pos...* que *el otro* día te mordió el perro de *Chu* Pedro Rey.*

- ¡*Recoño*, no me hablen *d’eso*! ¡Qué mal rato me *jiso* pasar el *condenao* bicho!

- Cuéntanos qué sucedió –intervino Rosendo Reyes, otro de los contertulios.

- Miren, señores; la cosa parece de risa, pero lo que les voy a contar es *toa* la *verdá*.

Todos los presentes se miraron de reojo y disimuladamente se hicieron guiños, dando a entender que sabían muy bien que Pancho Herrera tenía unas cualidades para inventar tan excelentes como para picar tanques. Y con ese consenso tácito se prestaron a oírle.

- *Pos* miren, muchachos: iba yo tranquilo, camino *arría*, el lunes de la otra semana, *dispués* de salir de aquí, cuando al llegar a la altura de la casa de *Chu* Pedro Rey me salió el *condenao* perro. ¡*Recoño* con el bicho! Se me pegó de los calzones, que no había manera de que me soltara.

- Ya te llevarías un buen susto –aclaró Santiago.

- De pronto sí, ¡*recoño*! Pero, *dispués* cambió la cosa.

- ¿Qué rayos pasó? –preguntó Rosendo Reyes, conteniendo la risa.

* Ver fotografía en la página 184.

- *Pos...* en vista de que no quería despegarse, a pesar de las *sarandiás* que le di, *antonces* me agaché como *púe* y le *garré* el rabo y le *jiqué* tan fuerte *mordía qu'enseguía* me soltó. El *condenao* perro salió corriendo como alma que lleva el diablo, dando *chillíos* por *too* Madrelagua. Según me *dijieron* se ha *quedao* con el rabo *camba* como una *jose*.

Las carcajadas de los allí reunidos fueron atronadoras, pues todo el mundo sabía que Pancho Herrera llevaba un trapo amarrado en la pierna izquierda, tapando una herida. Y que “Chocolate” iba por ahí con su cola bien levantada.

Le velada seguía animada. Y Pancho Herrera no paraba de hablar y de hacer reír a la gente.

- No sé si *ustéis* se habrán *enterao* de lo que Santiago Hernández le *jiso* a *Chu Pedro Rey elotro* día.

- *Pos la verdá* que no tenemos maldita idea -aclaró Martín.

- Bueno; si a *ustéis* les parece bien, lo voy a contar tal como sucedió. No exagero *na*.

- Claro que sí; no faltaba más -sentenció Agustín Reyes, en nombre de todos.

- *Arresulta* que, como ya *ustéis* saben, le estoy *jaciendo* un tanque al amigo Vicente Reyes, aquí presente, en “El Viñátigo”. Y *pa* “la obra” está sacando piedra de la cantera que está *arría*, en la loma. *Pa* ello he *tenío* que dar unos cuantos “tiros”.

- Sí, ya estamos *enteraos*, *pos* se han *oío* en *too* el barrio -intervino José Manuel, socarronamente.

- ¿Y qué carajo pasó? -preguntó Manuel Santana.

- Allá voy, amigo *Manué*. No se me precipite, ¡*recoño!* *Arresulta* que estaba yo picando el “salón” *p'allá drento*, cuando llegó por allí Santiago, que no es *naide* y me dijo: “Pancho, *ai ría* está *Chu Pedro Rey* espigando millo; mira, le voy a gas-

tar una broma. (Mientras, Santiago Hernández se retorció de risa en un rincón). Tú no sabes *na* del asunto –me advirtió-. Y sin decirme *más na* salió medio *agachao* y, sin que lo pudiera ver el viejo, subió hasta la misma cantera. De buenas a primera gritó: ¡¡Fue...go... uh!!

- Ya nos imaginamos lo que haría *Chu Pedro Rey* –dijo Antonio Déniz, quitándose su cachimba de la boca y riendo a carcajada limpia, al igual que los demás.

- *Pos* que él pensó que iban a dar fuego a un barreno. *Antonces* soltó las espigas que tenía sobre el brazo y a trompicones salió corriendo *too* lo que podía y fue a esconderse *drento* del tanque donde yo estaba. El pobre viejo entró *too sofocao*; apenas podía respirar. Yo, como quien no sabía *na* le pregunté: ¿qué le pasa, D. Pedro? Él, casi sin poder hablar, me respondió: “*Pos* que van a dar un “tiro” *allaría*, en la cantera y, como tú sabes, yo no oigo muy bien y no sé si ya va a explotar el barreno”. En eso, se oyó por segunda vez: ¡¡Fue... go... uh!! *Antonces* fue cuando me di *decuenta* que aquello tenía que ser una broma de Santiago.

Los reunidos en la tienda de Antoñita María se revolcaban de risa.

- Mira a ver, Pancho, si de una puñetera vez terminas de contarnos *too* lo que pasó, que ya se va *jasiendo* tarde y nos tenemos que *di* –suplicó Pedro “Barranco”.

- *Pos na*, señores; ya termino. El viejo estaba bastante *desinquietao*, porque aquello no acababa. Pero, de pronto se oyó el nuevo grito de ¡¡FUE...GO...PEGAO!! “Menos mal –dijo *Chu Pedro Rey*, dando un suspiro de alivio-; a ver si por fin *pueo* terminar de espigar esa *caena* de millo”. Pero el tiempo pasaba y el “tiro” no explotaba. El viejo estaba que mordía; se asomaba a la puerta del tanque y volvía a entrar *enseguía*, dando *resoplíos*. “Seguro que se tupió el barreno” –repetía. Y en

aquello, apareció Santiago Hernández por la boca de la cueva *pa drento*. ¡Buenos días, señores! ¿Cómo va la cosa, Panchito –dijo muy serio-. *Chu* Pedro Rey se le *queó* mirando fijamente entre *asombrao* y medio *mosquiao*. *Enseguía* lo comprendió *too* y sin decir palabra alguna, salió a *toa* mecha por allí *pa* fuera, *too enroñao*. Un poco más adelante se agachó *pa* recoger el cuchillo que se le había *caío* en la *desesperá* carrera. Lo que iba diciendo no lo cuento, porque sé que era en unos momentos de gran calentura.

Aquella noche, la tertulia acabó aquí. La gente se desparramó enseguida. Y todos salieron riendo y comentando, una vez más, las ocurrencias de Pancho Herrera.

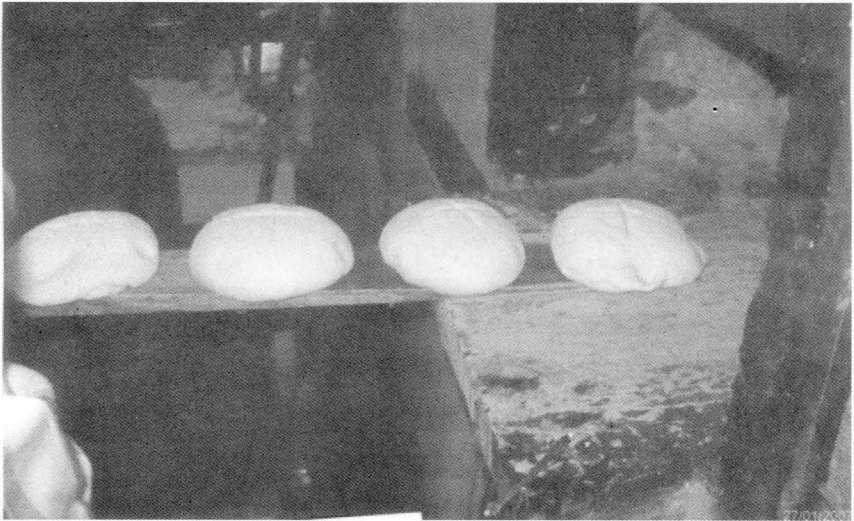
EL AMASIJO

Como todos los años, Andrés sembró de trigo la tierra grande de “El Laderón”. La cosecha no estuvo tan allá que digamos, pues dejó de llover muy pronto, pero sí le permitió el recoger una media docena de sacos. Con ellos podría hacer unos cuantos amasijos y disponer de vez en cuando de pan calentito y sabroso.

Era a finales de verano, cuando ya comienza a sentirse frío a la caída de la tarde. El reparto, que cada vez era más miserable, no había llegado todavía. Andrés y Ninita, una vez que los niños se fueron a la cama, se quedaron en la cocina, charlando un rato.

- Andrés, ¿qué te parece si la semana que viene hacemos un amasijo?

- *Pos*, ¿sabes lo que te digo, Nina? Que yo también estaba pensando en lo mismo. Ya tengo ganas de comer pan calentito.



Metiendo el pan en el horno.

- *Antonces, dende que pueas* tienes que preparar la leña.
- Mañana mismo voy a rajar el álamo que corté en el barranquillo la semana *pasá*.

- *Pos no te olvíes, pa* que dé tiempo a secarse.

- Y tú también, Nina, *dende que pueas* te pones a mondar el trigo, *pa* que los chiquillos lo llevan al molino cuanto antes.

- Una cosa, Andrés: ¿sabes que tienes que arreglar el horno? El otro día, limpiándolo, me di *decuenta* que tiene un par de lajas flojas en el techo.

- El domingo que viene, no voy a *dtr* a misa y me *queo p'arreglarlo*.

Y llegó el día del amasijo. Desde la tarde anterior, Ninita tenía preparado el lebrillo grande de madera. Y el horno, que daba la boca para dentro de la misma cocina, estaba completamente lleno de leña.

Antes de amanecer, ya estaban todos en planta; hasta Pepita, la más pequeña de la casa. Se respiraba un ambiente de fiesta. Muy pronto iba a comenzar algo que encerraba la magia de una ceremonia religiosa: el amasijo.

En el suelo de la galería interior, sobre un fardo, estaba colocado el lebrillo. A su lado, medio saco de harina. Y alrededor, varios baldes y lecheras llenos de agua tibia, de la fuente. Ninita echó media docena de paladas de harina y medio balde de agua, ante las miradas embelesadas de los niños. Tomó la levadura que tenía envuelta en un paño (y que había preparado la noche anterior) y la metió también en el lebrillo. Luego le añadió dos puños llenos de sal e hincó las rodillas sobre el fardo.

El primer acto consistió en desleír totalmente, con los dedos, la levadura. Seguidamente, tomó la harina restante y la vació toda en el lebrillo; lo mismo hizo con un balde de agua.

Los niños seguían sin pestañear. Ninita, muy suavemente, para que no se salpicara nada por fuera, comenzó a sobar con los puños toda aquella mezcla. Al principio, resultaba muy viscosa y apenas le permitía el movimiento, ya que se le adhería fuertemente a las manos. Pero, poco a poco comenzó a soltarse y el manejo le era mucho más fácil. Fue entonces cuando le puso una buena *travesá* de matalahúva.

Había transcurrido algo más de una hora, cuando llegó Andrés, portando una *manada* de millo para los animales.

- ¿Cómo va eso, Nina? –gritó desde fuera.

- ¡Yo creo que esto está ya! –le respondió ella desde la galería de la casa.

Andrés dejó su carga delante de la gañanía, a la sombra del *nispirero*. Luego entró en la casa, no sin limpiarse antes las botas *herradas* en el saco que estaba delante de la puerta.

- ¿Has *cortao* la masa *pa* ver si hace hueco ya?

- No, *entoavía* no. A ver tú, Miguelito, tráeme un cuchillo de la cocina.

Ninita pudo comprobar que efectivamente ya estaba todo listo para hacer los panes.

- Todo el mundo me tiene que ayudar ahora; así que prepárense. Las manos las quiero muy limpias.

Andrés y Ninita, sin perder tiempo, tomaban en sus manos un trozo de masa y le daban forma redondeada y un poco aplastada; con el cuchillo le hacían una cortada alrededor. Los niños, con un regocijo inmenso, porque podían colaborar, las iban colocando ordenadamente en la cama, sobre una sábana. Cuando ya estuvieron todos hechos, unos sesenta, los taparon con una manta. Allí tenían que permanecer unas dos horas, hasta que se *avinieran*.

Fue en este momento cuando Andrés prendió fuego a la leña del horno. Para que *empalambrara* bien, colocó debajo la

más fina. Un humo espeso y oscuro llenó toda la cocina; varias veces tuvo que salir afuera para enjugarse las lágrimas que le chorreaban mejillas abajo. De vez en cuando, removía la leña con el *jurgonero* para que ardiera bien.

Antes de la media hora, toda la leña se había reducido a tizones, que restallaban y se resquebrajaban centelleantes. El humo había desaparecido por completo. La temperatura era cada vez más elevada. Las lajas que recubrían el horno por dentro comenzaron a adquirir un matiz blanquecino. Era la señal inequívoca de que ya estaba en su punto.

Entonces, Andrés cogió un *varajón* de álamo, con un trapo grande atado a la punta y bien humedecido y comenzó a arrastrar hacia fuera las brasas y cenizas, que caían dentro de una tina de zinc.

- Nina, esto está ya listo. Vayan preparando *pa* traer los panes *p'acá* –ordenó Andrés, mientras se secaba con una mano el sudor que le escurría por la cara abajo.

Poco después, los pequeños fueron cogiendo cuidadosamente de la cama los panes; con gran asombro observaron que habían crecido casi el doble. Su padre los iba colocando en una pala, de mango largo y los depositaba dentro del horno, aprovechando lo mejor posible todo el espacio. Cuando ya estaban todos en el interior, Andrés lo cerró herméticamente con una puerta de madera. Permanecerían allí dentro una hora, aproximadamente.

Ese tiempo lo aprovecharon para almorzar. La comida, un buen *rebogado* de judías, la había preparado Ninita desde el día anterior. Todos la encontraron muy exquisita.

Transcurrida la hora, Andrés se dispuso a abrir el horno. Los niños aguardaban ansiosamente el momento.

- ¡Háganse *p'atrás*, chiquillos, que les *puei* quemar la *calda* del horno!

Y poniéndose a un lado, abrió la puerta, tirando de una *agarradera*, colocada en el centro. Un olor exquisito a pan caliente se expandió enseguida por la cocina y por toda la casa. Ninita alcanzó una cesta *cinchada* de las grandes y muy limpia. Allí echó Andrés los panes calentitos que sacó con la pala.

Aparte dejó unos veinte. Se convertirían en sabroso bizcocho. Ninita se encargó de abrirlos con un cuchillo largo, cuando todavía estaban humeantes.

Andrés fue el que volvió a coger la pala y de nuevo los introdujo en el horno. Quedarían dentro hasta el día siguiente.

En la tienda no había pan, pero en casa de Andrés y Ninita el problema estaba resuelto durante un par de semanas, por esta vez.



Día de Fiesta en Valleseco. Foto FEDAC

EL DOMINGO

Como todos los días, Marcialito se levantó antes de rayar el alba. Cuando el viejo reloj de pared dio las nueve campanadas, ya tenía las vacas comidas, ordeñadas y limpias. Y había segado en la cadena de “La Ombría” dos manadas de *escarcel*. Y había soltado el agua de “La Poza” para echarla en el tanque de la casa. Y en aquel preciso momento acababa de afeitarse y de enjuagarse bien la cara.

- ¡Marcial, *arrejunde* que se te va a *jaser* tarde! –le gritó Emilita desde la alcoba, donde estaba haciendo la cama.

- ¿Ya me *preparastes* la ropa? –le preguntó Marcialito, mientras tiraba el agua sucia de la palangana en el excusado.

- Sí; aquí la tienes sobre la silla.

Cuando el sol comenzó a tocar las *cojollas* de los eucaliptos que estaban por allá de la casa, Marcialito salía camino arriba, vestido de limpio y tocado con el sombrero nuevo. Iba para el pueblo a “misa mayor”, porque era domingo.

Y como Marcialito, posiblemente estaba haciendo lo mismo la mayoría de los hombres de Valleseco y de todas Las Medianías. Esa tradición la mantenían, sobreponiéndose a los mil quehaceres que siempre había pendientes y la saboreaban muy gustosamente.

Emilita, a su vez, había ido a “misa *resá*”, al alba, al igual que todas las mujeres casadas de “Los Naranjeros”. En casa de Angelito el zapatero, que estaba a la entrada del pueblo, dejó el farol con el que se había alumbrado por el camino y se cambió de zapatos.

A la salida de la iglesia, todavía con la mantilla puesta, fue a la tienda de Pedro y allí se compró un par de “carretillas” de hilo, unas cintas y media docena de agujas. También pasó

por la tienda de Juan del Pino y se compró una botella de petróleo, una escoba de *pírgano* y un cepillo de esparto.

Con cerca de siete kilómetros, entre ida y vuelta, ya hacía bastante tiempo que había regresado a casa. Y había habilitado a los pequeños, que también habían salido para el pueblo con otros amigos. Y había echado de comer al cochino y las gallinas, que cacareaban muy contentas por las inmediaciones del gallinero, escarbando la tierra y picoteando las hierbas.

En los lavaderos del “Barranco la Madre”, Marcialito alcanzó a Ricardo Suárez, que igualmente iba a misa.

- ¡Buenos días, amigo Ricardo! ¿A dónde vas corriendo, hombre?

- ¡Hola, Marcial! ¡Muy buenos días! ¡Es que no sé la hora que es ya, carajo!

- *Entoavía* no son las nueve y media.

- Ah, entonces vamos con muy buen tiempo. D. Juan no comienza la misa hasta que la campana del reloj dé las once. Y... hablando de *too* un poco, Marcial, ¿cómo andas de agua este años?

- Mira, Ricardo; me parece que voy a estar algo *jodío*; ya no me *quean más na* que unos fondajos. Y tú, ¿cómo te estás defendiendo?

- Si quieres que te diga la *verdá*, *entoavía* me *quea* un buchillo; no sé si me dará *pa* regar las papas un par de veces y guardar un poco *pal* millo. De *toas* maneras, tengo *entendío* que la tubería que “Los Marreros” están echando desde el “Risco Gordo” *p’acá*, estará lista *pa* cuando *emprincipie* el verano.

- ¿Tú *creis*, Ricardo? Yo la veo *mu atrasá*.

- *Pos asigún* me dijo Diego Quintana, la tienen que acabar *pa* finales del mes *qu’entra*. Date *decuenta*, Marcial, que ya estamos entrando en mayo.

- Lo que quiere decir, que con un poco de suerte podemos tener agua *pal* verano *toa* la que *quíéramos*.

- *Ansina* mismo, Marcial.

- ¡Esa sí que es una buena noticia, amigo Ricardo! Detrás mismo de mi casa me van a poner una llave, por dejarles pasar por lo mío. Y con menos de treinta metros de tubo *pueo* llevar agua hasta el tanque del barranquillo.

Marcialito y Ricardo siguieron “La Higuerilla” arriba, hablando de muchas cosas más: del suicidio del veterinario, del precio de la leche, del retraso del “reparto”, etc., etc.

Tocaban “*a dejá*” cuando llegaron al pueblo. Delante de la iglesia tuvieron tiempo de saludar a varios conocidos. Cuando el monaguillo se asomó a la puerta y tocó la campanilla, se quitaron el sombrero y entraron. Metieron el dedo gordo en la pila del agua bendita y con él se hicieron una cruz en la frente, besando después el mismo dedo. Se colocaron en la parte de atrás, por el lado izquierdo, con los demás hombres. Y de pie, como todos.

En el sermón, D. Juan se enfadó mucho porque en “Las Molinas”, en el barrio de Lanzarote, tenían anunciado un baile; dijo que no se podía ir, porque eso era pecado mortal. Al final, antes de echar la bendición, leyó las “amonestaciones” y anunció las misas de difuntos para la semana.

Cuando salieron, todos los hombres se reunieron delante de la iglesia, en las escalinatas. Allí estaba Pepito el guardia, bien uniformado; iba a leerles un bando del alcalde. Esta vez no era de mayor importancia. Levantó la mano, reclamando atención, carraspeó un par de veces y luego dijo: “Vecinos de Valleseco: Por orden del Sr. Alcalde hago saber que el miércoles y jueves de esta semana vendrá el cobrador de las Contribuciones. Estará en el ayuntamiento de ocho a dos. Quien no las pague en esos días, tendrá que ir a Guía y pagarlas allí. Tam-

bién hago saber que ya está al pago el subsidio familiar. Y por último, que se está tramitando la llegada de otro veterinario.” Por hoy, *más na*, señores.

Seguidamente, todo el mundo comenzó a dispersarse.

- ¿Tienes prisa hoy, Ricardo? –le preguntó Marcialito.

- ¡Qué va, hombre! Tú sabes muy bien que los domingos tenemos casi *too* hecho.

- *Pos*, vamos a *jincarnos* unos *pisquillos* en la tienda de Serafín.

Allí se encontraron con un montón de gente de Los Naranjeros, de Madrelagua, de El Lomo...

El reloj de la iglesia dio la una y ellos todavía seguían *pisquiando* y echando *enyesses p'abajo*.

Marcialito y Ricardo, como casi todos los hombres de los barrios de Valleseco, llegaron a sus casas, pasadas las tres de la tarde.

Emilita tenía preparado el almuerzo hacía más de una hora. Como era domingo, no hizo potaje. Comerían un buen plato de sopa de fideos gordos, arroz blanco, con papas y huevos fritos. Y encima, como postre, todas las ciruelas encarnadas tempraneras que quisieran. Ah, y plátanos que Marcialito acababa de traer del pueblo.

- ¡Chiquillos, vengan a comer, que ya llegó papá! –gritó Emilita a sus pequeños, que estaban jugando debajo de los eucaliptos.

- ¡Ya vamos, mamá! –respondieron todos a la vez. Y echaron a correr hacia la casa.

Poco después, todos estaban en la cocina, sentados alrededor de la mesa. Emilita ya les tenía servida la comida. Los primeros en terminar fueron los dos mayores, Santiago y Manolo.

- Papá, dame dos pesetas.

- Y a mí, otras dos.

- ¡Estos chiquillos están locos! –dijo Marcialito-. Se *crein* que *semos* millonarios.

A cada uno le dio una peseta. Enseguida desaparecieron, corriendo felicísimos a reunirse con los demás amigos del barrio y gastárselas con ellos en la tienda de Antoñita María, en “El Malpéi”.

- ¡Y pensar que mi padre, cuando yo era como ellos, nunca me dio más de un *real*! –suspiró Marcialito.

Purita y Miguelito, los dos más pequeños, se quedaron llorando, porque también ellos querían ir con sus hermanos.

- *Ustéis, entoavía* son muy chicos *pa* salir por *ai* solos. Pero, no lloren, porque dentro de un rato vamos a *dir* a casa de abuelita Pilar –les consoló mamá Emilita-. Y van a comer muchas galletas que ella tiene *guardás pa* *ustéis*.

A eso de las cinco, después de dejar recogida la cocina y echarles de comer a las gallinas y al cochino, Emilita se preparó y se encaminó para La Majadilla, a casa de su suegra, como les había prometido a los pequeños. El recorrido no pasaba del kilómetro y medio. El camino real, desde La Cruz hasta el Lomo el Paso, estaba lleno de colores, de risas, de gritos. En él se daban cita una chiquillería innumerable, pandillas de chicos, de chicas y muchas parejas de novios. Aquello era como la gran Alameda del barrio de Madrelagua. Bueno; lo era siempre que el tiempo lo permitiera, sobre todo en verano. Porque cuando llovía o arreciaba el duro frío, entonces había que refugiarse en la tienda de Antoñita María o quedarse en casa.



Lavanderas de Las Medianías. Foto FEDAC.

A LAVAR LA ROPA

A los primeros albores del día, Benedicta ya estaba en camino, con la cesta repleta de ropa sucia en la cabeza, sobre una “rodillera”. En la mano llevaba un balde y dentro un pequeño caldero, con varios trozos de jabón y añil y una escudilla de leche escaldada, envuelta en un paño, que le servía de refuerzo a media mañana.

Iba al lavadero del “Barranco la Madre”, que distaba de su casa una media hora, cuesta abajo.

Benedicta madrugaba por dos razones: Una, porque tenía que aprovechar el tiempo al máximo; otra, porque las primeras que llegaban eran las que cogían los mejores puestos.

Allí mismo brotaba el agua cristalina por entre las grietas de una pequeña cueva. Una cortísima acequia la conducía hasta el largo lavadero; después de recorrer unos diez metros, aproximadamente, se lanzaba barranco abajo, toda vestida de blanca espuma, regando berros, ñameras y cañaverales. Y de tramo en tramo se iba distribuyendo en rigurosas dulas, entre los agricultores de “Los Naranjeros”.

Adosadas al risco y paralelas al lavadero había una hilera de mimbreras, con sus mil verdes varas extendidas en forma de plumacho y que ayudaban a amortiguar la caída en peso del implacable sol del mediodía.

A pesar de que Benedicta había madrugado bastante, no fue la primera en llegar. Lolita ya estaba allí, doblada sobre la losa de piedra, restregando la ropa con toda su fuerza. Como era lógico, se había colocado en el primer sitio. El agua del lavadero aún estaba transparente; casi se podía beber.

- ¡Buenos días, Lolita!
- ¡Hola, Benedicta! ¡Muy buenos días!

- ¡Caramba, ya veo que no hay quien te gane!

- Mi niña; hay que *arrejundir too* lo que se *puea*, porque, como tú sabes, el tiempo no da *pa na*.

- Tú que lo digas, Lolita; siempre una termina el día con muchas cosas por hacer.

- *Ansina* es; aquí donde me ves, *entoavía* tengo que poner la *comía* al fuego cuando llegue a la casa.

- *Pos* yo, hoy le doy a mi gente del potaje que me sobró ayer, que *pa* eso lo *jise acrecentao*.

Poco a poco fueron llegando Remedios, Pilarito, Margarita, Encarnación..., hasta sumar unas quince mujeres, antes de que el sol diera en el lavadero.

Y, como cosa natural, además de la ropa, allí también se lavaban otras cosas más.

- ¿Te has *enterao*, Benedicta, de lo de la hija de Cirila?

- *Pos* no sé de que me estás hablando, Lolita.

- ¿Cómo que no lo sabes?

- *Juraíto* que no, Lolita.

- *Pos* mi niña, tú nunca te enteras de *na*.

- Tú sabes, Lolita, que a mí no me gusta los dimes y diretes.

- Pero, esto es una casa que *too* el mundo está hablando de ella.

- Por tu manera de hablar, ya me imagino de qué se *puei* tratar. ¿Ah que la muchacha está *embarasá*? ¿Me equivoco?

- *Pos* no señora; no te has *equivocao*. ¡Tienes buen ojo, carajo!

- ¡Hay que ver cómo está la *juventú* de hoy! ¿Y *cuáhla* de las chiquillas se trata?

- De la segunda; la más guapetona.

- Y ya tiene cinco meses, *asigún* dicen –añadió Dorita, que estaba un poco más allá, siguiendo la conversación.

Y al lado de éstas:

- Oye, Pilar, ¿sabías tú que a Romualdo el de Flora parece que le echaron la guardia *civil*?

- ¡No! ¡Qué va! ¡Cuéntame!

- *Pos, asígún* dicen, lo cogieron moviendo “los mojonés” del manchón que linda con Ricardo Suárez.

- ¡No me digas! ¡Y lo *honrá* que ha *sío* siempre *toa* la familia!

- Que Dios nos quite de la cabeza esos malos momentos, Encarna; porque de *na* se desgracia uno.

Y más allá, en el largo lavadero del “Barranco la Madre”:

- ¿Te has *enterao*, Remedios, que la hija de Isabel, la de “El Lomo”, ya tiene novio?

- ¿La hija de Isabel? *Pos*, esa niña, ¿no es medio simplona, la pobrecita?

- ¡Oh, como que no la quisieron en las escuela!

- ¿Y dices que tiene novio?

- *Ansina* parece ser; es lo que me contó *el otro* día Rosita, mi vecina.

- ¡Bendito sea Dios! ¿Y con quién está hablando?

- *Pos* eso es lo más gracioso: con el hijo más chico de Periquito “El Melancólico”.

- ¿Con el *tartamúo*?

- Con ese mismo.

- ¡Ay que ver! Dios los cría y el diablo los junta.

- O lo que decía mi abuela: “A una talla *desbocá* nunca le falta un jarro sin asa”

Y en otro grupo:

- Esto *pa* nosotras solas –decía Juanita en voz baja-.
¿Sabén *ustéís* por qué Marcelino Guerra se marchó *pa* Venezuela?

- Bueno, yo creo que como *too* el mundo; porque quería reunir unas perritas y mandarlas *p'acá* –dijo Carmela.

- ¿*Pos* por qué otra cosa iba a ser? –intervino Merceditas.

- Pero, mis niñas; se *vei* que *ustéís* no están al corriente de *too* lo que se está diciendo *porái* –advirtió Juanita.

- ¡Demonios! ¿Y qué es lo que están diciendo? –preguntó llena de curiosidad Carmela.

Juanita miró a un lado y a otro y volvió a hablar con voz más baja aún:

- ¡Que su mujer le está poniendo “cuernos”!

- ¿Que Rogelia le está poniendo “cuernos”? –exclamaron a la vez Carmela y Merceditas.

- ¡¡Pss!! ¡Bajen la voz, carajo! –atajó Juanita.

- ¿Y con quién se despatarra la muy zorra, si se *puei* saber –preguntó asombrada Merceditas.

- A mí no me crean; pero *asegún* están diciendo, con uno del pueblo, que tiene unas tierras en “Risco Gordo” –explicó Juanita.

- ¿Del pueblo y que tiene unas tierras en “Risco Gordo”? –dijo Carmela-. *Pos* tiene que ser Fermín “El Gallo”; ese señor *poséi* por allí unos arrimos y precisamente lindando con la *gallenía* de Marcelino.

- No me extrañaría *na* que sea “El Gallo” –afirmó Juanita-, porque por lo que tengo *entendío* tiene unos ojillos muy saltones y le gusta mucho las gallinas del corral ajeno.

- Pero, de lo que yo no salgo de mi asombro es por qué Rogelia, con lo mosquita muerta que parece, sea capaz de hacer una cosa *ansina* –dijo impresionada Merceditas.

- ¡Ay mi niña; una no *puei* poner la mano en el fuego por *naide*. Nunca se sabe –apostilló Carmela.

A media mañana, era todo un espectáculo el “Barranco la Madre”. Golpeteos de ropa, voces y risas de mujeres, gritos de chiquillos, humear de fogones, animales abrevando, etc., etc.

La mayoría de las lavanderas estaban ya en la tarea de blanquear las sábanas, camisas, calzoncillos, etc. Unas optaban por tenderlas al sol, una vez enjabonadas, sobre las piedras, escobones y pitas de los alrededores, rociándolas con agua de vez en cuando, para que no se secaran. Otras, después del enjuague, las pasaban por agua de añil. Y otras se decidían por la “colada”.

Benedicta eligió ésta última forma. Para ello, cuando ya tenía su ropa blanca bien enjabonada, tomó el caldero que había llevado en el balde y lo llenó de agua limpia; luego lo colocó en uno de los fogones que estaban junto al lavadero y lo dejó allí hasta que hirviera. Mientras, aprovechó para dar cuenta de la leche escaldada. Cuando lavó la taza, cogió la ropa y la metió en la cesta a medio doblar; luego, la cubrió con un paño y, ahuecándolo un poco, echó encima un puñado de ceniza de pita seca, que sacó de un pequeño tarro de cristal, la extendió bien y a continuación vertió sobre ella, muy lentamente, el agua hirviendo. Esperó el tiempo necesario para que se escurriera bien y entonces volvió al lavadero con la ropa.

En unos de los compartimentos de agua limpia enjuagó las piezas de la “colada” y las torció. La blancura las hacía lucir como nuevas. Después tomó la ropa de color, que había dejado de remojo en el balde, le dio jabón a fondo y la restregó un buen rato, hasta que apreció que había soltado la suciedad. Seguidamente la metió en agua limpia y la enjuagó varias veces.

Pasaba muy poco del mediodía cuando ya tenía colocada toda la ropa en la cesta.

- ¿Te vas ya, Benedicta? —le preguntó Pilar, que estaba un poco más allá.

- Sí, mi niña; ya voy cogiendo camino, porque *entoavía* me *quean* muchas cosas que hacer. ¿Te falta mucho a ti?

- Mira: ahora voy a torcer un par de pantalones, tres camisas y unas cosillas más. Pero, no esperes por mí; vete que tienes que llegar más lejos que yo.

Poco después, Benedicta estaba camino arriba, de regreso a su casa. La cuesta se le hacía bastante dura; no en vano la carga ahora era mucho más pesada.

Cuando le faltaba poco para llegar, muy cerca de la era, se paró, puso el balde en el suelo y respiró hondo; seguidamente dio un par de silbidos, que el barranco repitió mil veces. Los chiquillos, que acababan de llegar de la escuela, la reconocieron enseguida y salieron corriendo a su encuentro. Celeste, la mayor, le quitó el balde que traía en la mano y se lo puso sobre uno de sus hombros. Momentos después, Benedicta se podía sentar, por fin. Pero, no por mucho tiempo; tenía que tender toda la ropa y, a renglón seguido, ponerle la comida a la gente.

LA COGÍA DE PAPAS

El mes de San Juan está a punto de terminar. El calor ya comienza a dejarse sentir seriamente en Las Medianías y cumbres de Gran Canaria. Y, claro, también en Valleseco.

Tomás y Chanita acaban de cenar. Los niños lo han hecho mucho antes y ya duermen plácidamente. Afuera suena un concierto ensordecedor de centenares de grillos. En la era, “Chispa” ladra a los demás perros del barrio. Mientras, ellos, en la cocina aún, a la luz del negro candil que está sobre la vieja repisa, charlan sosegadamente.

- Chana, la semana *qu’entra* tenemos que *emprincipiar* a coger las papas. Las ramas ya están amarilleando y si el sol sigue apretando, pronto las tierras se llenarán de *legartas* y podrán hacer mucho daño. ¿Te acuerdas del año *pasao*?



La “cogía” de papas.

- ¡No me hables *d'eso*, Tomás! ¡Las muy *condenás* nos *jisieron* un desastre! *Pos*, *antonces* hay que avisarle a la gente.

- Yo, mañana la noche me voy a dar una vuelta por la tienda de Fermín. A lo más seguro, allí veré a mi hermano José; él se encargará de avisarles a Santiago y a Juan. A los que están más cerca, como Domingo y Rosendo, se lo decimos cuando los *véamos*.

- Y si no, mandamos a los chiquillos a las casas.

- Eso es.

- ¿Y qué día te parece bueno?

- *Pos*, yo creo que el viernes; *ansina* tendré tiempo de segar las ramas de las papas. Date *decuenta* que son cinco las *caenas* que queremos coger.

En efecto, Tomás fue a la tienda de Fermín, en “Las Molinas”, según le había dicho a su mujer. Y se encontró con su hermano José, tal como había calculado.

- *Antonces*, Tomás, ¿le aviso a la gente que la cosa está *prepará pal* viernes que viene?

- Eso es. Y les dices que madruguen, a ver si aprovechamos la fresca; porque cuando se levante el sol, no hay quien aguante sobre la tierra.

- Déjalo de mi cuenta, que yo me encargo de espabilarlos a todos.

- Panchita, ¿cómo andamos de *pescao salao*? –preguntó Tomás a la hija de Fermín y que aquella noche era quien estaba detrás del mostrador.

- *Ai me quea* un *chehne* de un par de kilos. Pero, a principios de semana mi padre va a traer más. Si a *usté* no le corre prisa...

- Lo que se dice prisa, prisa, no; yo lo quería, a más tardar, *pal* jueves.

- Entonces, no hay problemas. Yo le guardo uno que esté bueno y de los grandes.

- De acuerdo, Panchita. ¡No te me *olvíes*, eh!

- Pierda *usté cuidao*, Tomasito.

Y el viernes, al romper el día, Tomás tenía todo preparado: las azadas, los sacos, los cestos, un par de porrones grandes llenos de agua fresquita, de la “galería” naturalmente, una botella de ron y un buen queso *curao*. Chanita, por su parte, no se había olvidado de poner de remojo el cherne, que no bajaba de los seis kilos.

Cuando el sol tocó la cresta del “Montañón Negro”, la gente ya estaba en el “Risco Gordo”, sobre la tierra. Entre chiquillos y mayores pasaban de unas veinte personas.

La primera “cadena” que cogieron fue la de “Las Cuevas”. Los hombres, a golpes de azadas, echaban papas para atrás como si fueran máquinas. La tierra les ayudaba, pues estaba bastante suelta. Las mujeres se encargaban de apañar las papas grandes y sanas. La gente menuda recogía las que quedaban detrás, es decir, las pequeñas, las cortadas y las picadas por las lagartas. Poco a poco, la “cadena” fue poblándose de sacos llenos.

- No está mal la cosecha, Tomás –dijo Rosendo, mientras escupía en sus manos y las restregaba, para aliviarlas un poco del molimiento de la azada-. ¿Cuántos sacos *plantastes*?

- En esta *caena*, *alredeor* de unos cinco.

- ¡Carajo! *Pos* yo creo que van a pasar de los cincuenta. ¡Mira *p’atrás*!

- Hombre, no me *pueo* quejar –dijo Tomás, disimulando su satisfacción-. Lo malo es el precio que tienen. No están valiendo *na*.

Antes de coger la siguiente “cadena”, la de los álamos, los hombres refrescaron sus gargantas con el agua de los pirones y se echaron el primer *macanaso* de ron, acompañado de un cacho de queso duro. También llenaron las cachimbas y liaron cigarrillos.

A eso de media mañana, Chanita dejó de apañar y se fue a ayudar a su madre Casildita, que estaba un poco más arriba, debajo del nogal, pelando las papas para el sancocho. Llenaron los dos calderos grandes que se habían traído desde Lanzarote. Tomás, desde el día anterior, había dejado preparados los “fogones”, con unos buenos teniques. Y los chiquillos se habían encargado de juntar abundante leña para el fuego.

No mucho después se podía contemplar los hilos de humo que se elevaban, perezosos, hacia el cielo.

Mientras, las azadas seguían sacando papas y más papas. Y las mujeres y los más pequeños “no daban *avío*” a recogerlas. De vez en cuando, entre la tierra semihúmeda, aparecía alguna lombriz, lagartas y hasta larvas de abejorros. Los chiquillos se divertían con estos últimos, a los que llamaban *sajorines*. Los ponían en las manos y les conminaban:

*“Sajorín, sajorín,
mira pa mí;
mueve la colita
y dime quién es más ruin”.*

Y el pequeño bicho retorcía la parte de atrás, formando círculos y cuando paraba, alguno quedaba señalado, con el correspondiente disgusto de ser “el más ruin” y la algarabía y regocijo de los demás.

Unos cuantos *pollillos*: los hijos de Tomás y los primos Benjamín y Salvador (éste último medido ya para el cuartel) se encargaron de acarrear las papas para “Las Molinas”, en los

burros y una mula. Los sacos los fueron vaciando en la cueva que Tomás tenía junto a su casa. Allí, al fresquito, podrían aguantar un buen tiempo, hasta que cogieran un poco más de precio.

Eran ya casi las dos cuando las azadas sacaron las últimas papas. Las mujeres, bien protegidas del sol con sus largas pamelas y sombreros, se habían quedado un poco rezagadas, pues el calor se hacía cada vez más insoportable. Los pequeños ya habían desaparecido del escenario. Por eso, los hombres tuvieron que ponerse también a apañar papas. A los pocos minutos no quedaba ni una sobre la caliente tierra.

Todo el mundo se lanzó como un rayo a la sombra del nogal a descansar y refrescar el reseco gznate. Y a quitarse los zapatos y las alpargatas para sacudir la tierra que les había entrado. Los hombres, de nuevo, se *jincaron* varios *piscos* de ron. Las cachimbas comenzaron a soltar abundantes y aplomadas volutas de humo. Había terminado la primera parte, la más dura de la jornada.

- ¡Chana! ¿Cómo va la cosa? –gritó Tomás a la pobre mujer, que estaba toda sofocada, alrededor de los fuegos.

- ¡Esto está ya casi a punto! –contestó Chanita-. ¡Vaya colocándose *ca* uno por donde *puea*, al *lao* de los manteles que están puestos en el suelo! Nosotras estamos terminando de *jaser* el mojo. Las papas ya se *puein* escurrir.

Un par de hombres se encargaron de quitar de los fogones los enormes calderos y les vaciaron el agua sobre las brasas. Una nube de humo blanco llenó toda la sombra del nogal.

- Y la pella, ¿ya está *amasá*, Chana? –preguntó Tomás.

- No; eso corre por cuenta de *ustéis*.

- Yo mismo la hago –dijo Vicente-; se me da muy bien.

Se lavó las manos en un balde, restregándose las uñas con un estropajo de esparto. Después cogió un lebrillo grande

y le echó agua hasta la mitad, le puso un poco de sal y la revolvió hasta desleírla. Seguidamente, cogió la talega del gofio y vació todo lo que el lebrillo hizo. Poco a poco, con los dedos, mezcló el gofio con el agua, teniendo sumo cuidado de no echar nada por fuera. Cuando observó que la mezcla había adquirido una buena contextura, la sobó fuertemente, durante varios minutos. Lo último que hizo fue colocar el resultado, es decir, la pella, en una bandeja, en forma de barra.

- ¡Cuando quieran, señores! –alzó la voz Vicente.

Alrededor de los platos y los lebrillos estaba sentada toda la gente, unos en cuclillas y otros con los pies estirados. En el centro se colocaron los dos calderos con las papas *sancochás* y a los lados, el mojo y la pella. Cada uno fue echando en su plato la cantidad que creía poder comerse. Chanita se encargó de repartirles el riquísimo cherne.

- ¡A ver! ¡*Vaigan* alcanzándome los platos! -ordenó la anfitriona, elevando la voz. Y en cada uno puso un gran trozo.

- ¡Sírvanse ahora *ustéis* el mojo, el que quieran, que hay bastante!

Después de una mañana agotadora, el apetito era extraordinario. Pero, el sancocho tuvo que estar excelente, puesto que al poco rato, en los platos sólo quedaban las cucharas y las espinas. Y éstas se las disputaron los perros, que ansiosos aguardaban su oportunidad. También para ellos era día de sancocho.

SE ABRE LA VEDA

De todos es sabido que una de las pasiones más comunes entre los isleños y en especial entre los hombres de Las Medianías y cumbres es la caza.

El primer domingo de agosto es el punto de mira desde que queda atrás el invierno. Ese día, como ya es vieja tradición, se abre la veda. O dicho con otras palabras: empieza el tiempo hábil para la cacería.

También entonces, desde muchos meses antes de ese domingo mágico, comenzaba a cuidarse la puesta a punto de los perros, los hurones y las escopetas. El tema casi inevitable en los encuentros y reuniones, sobre todo en las tiendas de cada barrio, era la caza. Así se podía apreciar en la de Pancho Díaz, en El Molinete.

- Este año, Miguel, parece que hay bastantes conejos.

- *Ansina* es, amigo Mariano. Ahora mismito acabo de ver un par de ellos retozando debajo de las higueras de Vicente Marrero, en “La Mina”.

- *Pos*, deje que se abra la *vera*, que ya verán. Las fiestas se les va a *cabar ensegúa*. Los muy *condenaos* se me han *comío toos* los garbanzos.

- *D’eso* no me hables, Mariano; los míos también los llevan a *jecho*. ¡Y no digamos *na* de las *lantejas*!

- Es una bobería sembrar esas cosas, porque ellos son los dueños.

- *Dende* luego; pero uno siempre mete la pata en el mismo *bujero*.

- A *sigún* tengo *entendío*, Pepe Rodríguez se ha *comprao* una escopeta nueva; *d’esas* que tienen dos caños.

- ¡Carajo! ¡Eso sí que será una cosa buena! Vamos a ver si les da una *batía* a lo bestia, porque si no...

- Yo, amigo Miguel, ya tengo *preparaos* los dos perros y la *jurona*. Y el domingo *pasao* me traje del pueblo una caja de cartuchos.

- ¿Y en dónde los *comprastes*?

- En la tienda de Juan Guerra. Pero, ¡están caros los *jodíos*!

- ¿A cómo te costaron?

- ¡A un “real” *ca* uno!

- ¡Coño! ¡*Pos* sí que han *subío*!

- De una manera *desagerá*; pero, *ansina* y *too*, la gente se los lleva que da gusto. No creo que le *queen* muchos.

- *Antonces*, mañana mismo voy a mandar a un chiquillo mío *pa* que me traiga también una caja.

Y llegó el primer domingo de agosto. Mucho antes de comenzar a clarear el día, ya estaban pasando por la carretera de Valleseco arriba, camino a las cumbres, los coches y los camiones de los cazadores. Los perros de toda la zona ladraban nerviosamente desde altas horas de la madrugada. Y en casi todas las casas había luz encendida.

Todavía no se habían borrado del cielo las últimas estrellas cuando ya se oían tiros por doquier: Barranco la Virgen, El Molinete, Zumacal, Madrelagua, Valsendero... Y no digamos nada de las zonas más cumbreiras: La Retamilla, Cueva Corcho, El Montañón Negro, Crespo...

- ¡Chiquillos, no se alejen hoy de la casa, que les *puein* pegar un tiro! —recomendaban todas las madres de Valleseco a sus pequeños.

Miguelito, su hijo mayor, Luis, Santiago García y Pancho Arencibia saludaron el nuevo día en El Rapador. Estaban

muy bien pertrechados de escopetas, hurones y perros. Estos últimos correteaban sin parar, con las narices pegadas al suelo, siguiendo mil diferentes rastros. Antes de las diez de la mañana ya tenían abatidos quince conejos y media docena de palomas salvajes.

Al llegar a El Toscón, los perros fueron derechos a un gran bardo de zarzas que estaba situado detrás de la gañanía de Manuel Falcón. El corretear nervioso de los animales y el movimiento rápido de sus colas estaban diciendo claramente que allí debajo había algún conejo.

- ¡Señores, –exclamó Santiago-: vamos a ponernos *allifrente pa* no dejar que se nos escape ningún bicho!

Y así lo hicieron. Los tres se situaron estratégicamente, a una distancia prudencial; cada uno controlaba una parte. Mientras, los perros seguían arrastrándose por debajo de las zarzas con muchas dificultades. De pronto, empezaron a ladrar como si se hubiesen vuelto locos: Un conejo salió corriendo como una exhalación por el lado derecho de las malezas. Miguelito, que estaba al tanto de aquella zona, en un segundo llevó la escopeta a su hombro derecho, puso el punto de mira a ras y apretó el gatillo. El tiro certero dejó al conejo rodando *manchón* abajo. Los perros se precipitaron sobre él como verdaderas fieras. Luis, el muchacho de Miguelito, tuvo que ir corriendo hacia ellos y con muchos apuros logró arrebatárselo, cuando ya comenzaban a destrozarlo.

Dos conejos más siguieron la misma suerte en aquel bardo de zarzas. Un poco más arriba, junto a las higueras, había una “morada”. Los perros, apenas llegaron, se pusieron a escarbar desesperadamente; olían a conejo. Pancho fue quien dijo:

- ¿No será mejor que echemos la *jurona*?

- Eso mismo estaba yo pensando –contestó Miguelito.

Y sin darle más vueltas a la cosa, agarraron a los perros por el rabo y los hicieron retroceder, con muchos apuros, pues ya estaban casi escondidos, debajo de la tierra. Entonces, Santiago cogió la red que llevaba cruzada sobre su pecho y la extendió delante de la “morada”, tapándole bien la entrada, para evitar que se escapara algún conejo, si salía corriendo hacia el exterior. Después tomó el “corcho” cilíndrico y lo abrió por un extremo; enseguida asomó su nariz el escuálido y alargado mamífero, olfateando desesperadamente en todas las direcciones. Con suma precaución lo agarró por el cuello, levantó la red por un lado y lo soltó en la boca de la “morada”. El flexible mustélido penetró como un rayo tierra adentro. Instantes después se oyeron en el interior los forcejeos y los chillidos de un infeliz conejo, a quien la hurona no tardó en arrastrar hacia fuera, con la garganta destrozada.

Hay que reseñar que por entonces eran muy pocos los cazadores de Valleseco que tenían hurones. La causa fue un desgraciado suceso que ocurrió en el mismo casco del pueblo y que estremeció a la isla entera.

Una mañana, muy temprano, cuando una madre fue a la cuna a ver a su pequeñita, de pocos meses, se encontró con el espectáculo horrible de que su hija estaba muerta, bañada en sangre y con la cara toda destrozada. La *jurona* que su marido tenía en una pequeña jaula se había escapado y al olor de la leche (alimento predilecto de estos animales) de la niña recién amamantada, se llegó hasta la cuna y mientras la infeliz criatura dormía le ocasionó la muerte de manera tan trágica.

A eso del mediodía, el fragor de la “batalla” había cesado casi por completo. Sólo se oía algún tiro esporádico. El sol apretaba fuertemente y los perros se negaban a seguir los rastos; se les podía ver tirados bajo cualquier sombra, jadeantes,

con la lengua un palmo fuera.

Debajo de los nogales, higueras y castañeros se podía observar cómo se levantaban columnas de humo, mientras sartenes y calderos, colocados sobre teniques, desparramaban exquisitos olores de la carne recién cazada. Y, en tanto se ponían a punto estos preparativos, se destapaban botellas de ron y de vino, se partía queso curado, se abrían latas de sardinas... Era el momento de la tregua, del compartir.

Cuando se abría la veda, una de las cosas a tener muy en cuenta era la de poner las palomas mansas a buen recaudo. Pues, aunque los buenos cazadores evitaban el abatirlas, sin embargo no había que fiarse de algunos que llegaban de fuera, con muy poco escrúpulos a la hora de cobrar piezas.

Eso fue lo que sucedió en El Molinete un año. El hecho dio pie a un incidente que, por fortuna, no pasó de un gran susto para el “entrometido”.

Un cazador de la capital había cogido la costumbre de parapetarse junto a un bebedero de palomas, en El Levantisco, acción repudiada por los cazadores honestos y sancionada por la Guardia Civil. Ya nos podemos imaginar con qué facilidad se hacía el intruso con un sinnúmero de aves, sin tener en cuenta si eran salvajes o mansas. El caso fue conocido inmediatamente por todos los vecinos del barrio.

- Oye, Antonio, ¿te has *enterao* del tío ése que *toos* los domingos se está hinchando de palomas en el bebedero *d'El Levantisco*?

- ¡Cómo no! Yo *l'estao* dando vueltas a la cabeza *pa* ver si se *puei* hacer algo.

- *D'eso* estuvimos hablando la otra noche en la tienda de Pancho Díaz.

- ¿Y qué *dicidieron*?

- *Pos*, con nuestras escopetas hacérselas pasar *jodías* a ese granuja de *p'allabajo*.

Aquel domingo, el cazador foráneo, como de costumbre, se fue derecho a El Levantisco, sin sospechar en lo más mínimo lo que se le iba a venir encima (nunca mejor dicho). Escondido entre unos matorrales se situó muy cerca del bebedero. Sin que él lo advirtiera, ya que sus ojos estaban clavados en el manantial, varios cazadores de El Molinete, se fueron acercando por detrás y de buenas a primeras: ¡Pim! ¡Pam! ¡Pum! Una lluvia de perdigones pasó sobre su cabeza, zumbando como si de un enjambre de veloces abejorros se tratara.

Muerto de miedo el infeliz, no se atrevía salir de su escondrijo. Solamente se oían sus gritos angustiosos:

- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡No tiren, que estoy aquí!

- ¡Y nosotros también estamos aquí! –gritó uno de los presentes.

Y de nuevo volvieron a descargar sus escopetas, lamiendo los silbantes perdigones el techo de su guarida.

- ¡Tengan compasión, señores! ¡Les prometo que yo no vuelvo *más nunca* por aquí!

- ¡*Pos*, venga! ¡Lárgate a *toa* prisa, cacho cabrón y desaparecete del mapa cuanto antes! –le ordenaron.

Como pudo, el hombre, con su escopeta en la mano, salió corriendo por medio de unos millos, como alma que lleva el diablo; las patas le llegaban al culo. El desgraciado todavía oyó otra descarga más, que le brindaron los cazadores de El Molinete, como despedida.

La reprimenda la tuvo que entender muy bien el intruso, porque fue la última vez que se le vio por aquellas latitudes. Y de seguro que sería un recuerdo que no se le borraría en el resto de sus días.

A los agricultores de Las Medianías y cumbres también les preocupaba “la otra caza”. Los cazadores, sobre todo los que procedían de la capital, a su paso por los distintos parajes, solían “abastecerse” de todo lo que encontraban a su paso: peras, manzanas, nueces, uvas, higos, membrillos, castañas, etc. Dos o tres cosillas se podían tolerar. Pero, es que había individuos caraduras que llenaban sus morrales. Y, claro, hoy uno, mañana otro, acababan por dejar limpio un manzanero o un peral en muy poco tiempo.

En ocasiones, el asunto se convertía en verdadera pesadilla para sus dueños. Si querían disfrutar de sus cosechas tenían que hacer guardia al pie de sus árboles los días de caza. O en otros casos, optaban por coger la fruta mucho antes de estar madura.

Pero, a pesar de todo esto, el período de caza seguía siendo la temporada que irrumpía pletórica de proyectos e ilusiones en la vida gris de nuestros infatigables campesinos. Eran unos días en que las tareas duras y monótonas del quehacer diario sufrían un “enfriamiento” y proporcionaban a los hombres de Las Medianías una de las pocas satisfacciones que podían disfrutar y saborear en su medio ambiente.

Con razón, algunos dividían el año en dos partes: “Tiempo de veda” y “Tiempo de caza”.



Rancho de Ánimas en Madrelagua, febrero 2009.

RANCHO DE ÁNIMAS

Como todas las noches, la tienda de Antoñita María estaba muy concurrida. Allí se reunían los hombres de Madrelagua, una vez acabada la durísima jornada, para conocer las noticias de última hora y refrescar sus gaznates resecos con unos pisquillos de ron.

Los temas de más actualidad eran, entre otros: la falta o escasez de harina, café, aceite, azúcar..., el que la leche estaba muy mal querida y las papas ni siquiera preguntaban por ellas, etc. Por otro lado, se comentaban las terribles noticias que llegaban de la guerra mundial. Alguien habló también de la inmediata llegada a Valleseco de un nuevo veterinario, después del suicidio del anterior. A este propósito, hay que hacer constar una estrofa que enseguida circuló por toda la geografía del municipio:

*Ahora sí estamos bien
con el gofio a medio duro,
el veterinario nuevo
y el médico del Seguro.*

Pero, la noticia más fresca, la que les interesaba a nuestros hombres más de inmediato, la dio aquella noche José “Carreto”, el arriero.

- Si me permiten, señores, -habló, elevando un poco la voz- les voy a dar un aviso de parte de D. Pedro, que no *púo* venir por tener una vaca de parto. Me dijo que les recordara que *pal* domingo que viene no, sino *pal otro*, tendremos a “Los *Cantaores*” en Madrelagua.

A nadie le extrañó el recordatorio, porque estaban a comienzos de febrero y era ya tradición que vinieran para mitad de ese mes. Ni tampoco preguntó nadie dónde iban a cantar,

porque sería en la casa de Rafael Santana, el “Ranchero Práctico” del barrio, como se venía haciendo desde hacía muchísimos años.

“Los *Cantaores*” o “El Rancho de Ánimas” (en Madrelagua le llamaban de las dos maneras) tenían su sede en la iglesia de Arbejales (Teror). La mayor parte de los componentes eran de allí; unos pocos vivían en San Isidro y otros en Madrelagua, como era el caso de D. Pedro.

El “Compañía Rancho” solía estar integrado por unos quince hombres. Entre ellos había como tres cargos específicos. Estaba “El Ranchero”, que venía a ser como el coordinador; él se encargaba de convocarlos a las reuniones. Apenas sucedía un par de veces durante el año. Pero, el último domingo de octubre tenían la reunión obligatoria. Era entonces cuando determinaban el programa de actuaciones. El día de semana escogido para cantar era, según tradición inmemorable, el domingo. Y daba comienzo el anterior al día de Navidad. Desde esa fecha hasta la mitad de febrero, recorrían todos los barrios más importantes de la raya de Teror y también Madrelagua, que aunque pertenecía a Valleseco, tenía ese privilegio, porque fue el último deslinde que sufrió la villa mariana, cuando la segregación de aquel pueblo, allá por los años 1846.

Otro miembro de relieve era “El Mochiller”. Tenía la responsabilidad de las alforjas. Se encargaba de recoger todas las limosnas que le gente iba dando para las ánimas benditas.

Y el tercer miembro, también de importancia, era “El Guitarrero”. De todos los componentes del “Compañía Rancho” era el único que solía cobrar y percibía el equivalente a un día de jornal.

Los instrumentos que usaban eran muy simples: una guitarra, un pandero, una espada y un triángulo. Durante el año los guardaba en su casa “El Ranchero”.

El domingo en que actuaban en un sitio, llegaban allí desde por la mañana. Recorrían toda la vecindad, casa por casa, pidiendo la limosna para las Ánimas.

Para poder llegar a todos los rincones, lo hacían de uno en uno o, a lo sumo, de dos en dos. Si había alguien que manifestaba el deseo de que “El Rancho” cantara en su casa, tomaban buena nota de ello y, allá sobre las cuatro de la tarde comenzaban. A veces, para atenderlos a todos, tenían que dividirse en dos grupos. Al caer la noche, se concentraban en la casa del “Rancho Práctico”.

Así fue aquel día, tercer domingo de febrero. Felizmente no llovía, aunque el frío era intenso. Y la oscuridad muy cerrada, pues la luna estaba cubierta por un techo espesísimo de nubes.

Más o menos alrededor de las ocho, la gente comenzó a concentrarse en la casa de Rafael Santana. A su puerta, los faroles y los *mechones* se iban deteniendo y apagando unos detrás de otros. A las nueve de la noche, casi todos los vecinos de Madrelagua estaban reunidos allí. Unos, buscaron sitio en el patio; otros, dentro de la cocina, y otros, en la sala y en la alcaoba.

“Los *Cantaores*” se habían colocado precisamente en el patio, debajo del colgadizo. Mientras, un grupo de mujeres estaban preparando la cena, que era a base de leche, café, gofio y queso. La frugal comida solía ser ofrecida a todos los asistentes por parte de algún vecino como promesa.

Iba a comenzar la actuación. Por unos momentos, todo el mundo guardó silencio. “Los *Cantaores*”, una vez más, se echaron un trago de ron y rasparon sus gargantas.

La primera copla de la noche fue por el padre de señorita Asunción, la nueva maestra del barrio, que había muerto hacía muy poco:

*“Yo le canto al seño Manué,
padre de señorita Asunció.
Y le pío al Seño
que pronto en gloria esté”.*

Cada verso era cantado por un solista, “El Canta Delante”, y luego era repetido por todo el Rancho, es decir, por “El Canta Detrás”. Los instrumentos iban marcando el ritmo; un ritmo monótono, tremendamente monótono y cansino.

Con los ojos llenos de lágrimas, la señorita Asunción echó dos pesetas en las alforjas de “Los Cantaores”, que estaba colocada en el suelo, delante de ellos.

Otra mujer que se emocionó mucho fue Luciíta, la de “Las Gramas”, a quien se le había ahorcado su marido, no hacía todavía un año.

*“Señora Luciíta, esté tranquila,
que su marío está en el cielo,
porque aquí entre nosotros
era un hombre muy bueno”.*

Aunque casi todas las coplas eran dedicadas a los difuntos, también había lugar para una persona estimada: familiar, amigo o novia. Ésta fue la que cantaron a Salvador, a petición de sus padres y que estaba haciendo el servio militar en Ceuta:

*“A nuestro querido Salvador
lo tenemos muy presente,
porque, aunque esté ausente,
lo llevamos en el corazón”.*

Y así iban desgranando copla tras copla, conforme los presentes les pedían. Y cada uno depositaba en las alforjas lo que le parecía bien.

Y cuando las mujeres terminaron de recoger la cocina, una vez que cada uno de los allí reunidos había cenado, tuvo lugar “La Copla de la Cena”. Ése era el momento cumbre de la velada. Todo el mundo, como pudo, se concentró en el patio. Dos doncellas, siguiendo la tradición, colocadas en el centro del corro, se encargaron de levantar el paño y mantenerlo extendido, agarrándolo por las cuatro puntas. Todos los hombres se quitaron el sombrero, dejaron de fumar y se hizo un silencio total. Los *Cantaores* tuvieron presentes a todos los difuntos más recientes de los congregados allí. Y cantaron por todas las Ánimas benditas del Purgatorio. La actuación, sumamente emotiva, terminó con la invitación a las doncellas, por parte del “Ranchero”, a recoger el paño: “Denle un doblez con mucho cariño”.

Los *Cantaores* prosiguieron todavía un buen rato más, con un par de *descansás* y los correspondientes tragos de ron. Pasaba ya la medianoche cuando se oyó la última copla. De nuevo, los caminos volvieron a llenarse de faroles y de *mechones*. Y cada uno regresó a su casa, con la satisfacción de haber participado en una de las ceremonias más sentidas y mejor guardadas de sus mayores.

JUANITA LA SANTA

Todas las noche, después de cenar, Roque, Susita y sus cinco hijos se quedaban en la cocina, alrededor de la mesa, sentados en los viejos taburetes, en largas y entretenidas conversaciones.

Cuando hacía frío cerraban la puerta y el ambiente se hacía mucho más agradable con el calor de los tizones que, de vez en cuando, restallaban en el *fogal* que estaba sobre el poyo.

Sobre una repisa clavada a la pared, un candil de petróleo daba luz a toda la cocina.

A los niños les encantaban oír las décimas que Roque había aprendido en la añorada Cuba. Y también gozaban con las interesantes historias y recuerdos de mamá Susita.

Aquella noche era precisamente Susita la que había tomado la palabra. Los pequeños la escuchaban embelesados. Les estaba contando la historia de “Juanita la Santa”. Ya la habían oído muchísimas veces, pero les encantaba el oírla una vez más.

Y ¿quién fue en realidad “Juanita la Santa”? ¿Fue una santa de verdad? ¿Realizó obras extraordinarias? ¿Hizo algún milagro? ¿Dónde vivió? Nosotros vamos a oír a Susita y después, cada uno sacará la conclusión que le plazca.

- Esta historia -puntualizó Susita- me la contaba mi madre cuando yo era niña. Me gustaba mucho el oírse la.

- Y a nosotros también -dijo Anita, la más pequeña, que estaba sentada sobre las rodillas de su padre.

- ¡Está bien! ¡Cállate ya, tonta, y deja que la cuente! – añadió Manolo, enfadado.

- Bueno, a ver si se callan los dos y es mucho mejor para todos –atajó Roque.

- Claro que sí -habló mamá Susita-, pues ya me está entrando el sueño.

Los niños hicieron silencio y entonces pudo empezar.

- La cosa, como ustedes saben, sucedió en Arbejales, muchos años atrás, cuando abuelita Sebastiana, era pequeña; talvez, como Anita ahora. Por aquellos días llegó a Llano Roque un padrito misionero, para predicar el Cumplimiento Pascual.

- Mamá, ¿qué es el “Cumplimiento Pascual?” –preguntó Elvira.

- Pues... son los días en que todos los cristianos tenemos que confesarnos y recibir a Padre Dios –le aclaró Susita.

- Sigue, mamá –ordenó Paquito, ansioso.

- Bien; voy a seguir. La gente de todos los *alrededores* acudía en masa hasta llenar completamente la iglesia, recién construida. Probablemente “el padrito”⁴ sería muy *pesao* o tendría una voz muy *arrullaora*, porque en la misma primera noche, apenas *emprinció* a hablar, todo el mundo se le quedó dormido. Aquello, naturalmente, molestó muchísimo al “padrito” misionero, el cual, de vez en cuando, elevaba la voz y daba un fuerte puñetazo en el *púrbito*, a ver si se espabilaban. Pero, ¡qué va! La gente, *enseguía* volvía a dormirse como benditos. La cosa siguió repitiéndose en los días siguientes. *Antonces*, el padrito empezó a darle vueltas a la cabeza, a ver qué podía hacer.

- Yo sé lo que hizo –interrumpió de nuevo Anita.

- Y yo también lo sé –dijo Nicolás, el hermano mayor-, pero deja a mamá que lo cuente.

- De acuerdo –intervino Susita-. Pues, como estaba diciendo, “el padrito” pensó y repensó lo que podría hacer. Y se

⁴ Término cariñoso con el que se solía designar al sacerdote-misionero que acudía a las parroquias para predicar en los días del Cumplimiento Pascual.

le ocurrió una gran idea. Y la puso en práctica aquella misma noche. Subió al *púrpito* con pasos firmes y bien decidido. Parecía otro al de los días anteriores. Observó detenidamente al público y carraspeó un par de veces. Y sin dar tiempo a que la gente se le durmiera, como de costumbre, comenzó a hablar así:

- “Hijos míos: esta noche voy a predicar un sermón muy especial, tremendamente serio, inmensamente sagrado. Las palabras que yo pronuncie solamente las van a oír aquellas personas que se van a salvar; las que no las oigan, es que están en camino del infierno. Sólo podrán escapar de la condenación eterna si se arrepienten de sus pecados y se confiesan”.

A continuación *emprncipió* a mover los labios, como si estuviera hablando, y a subir y bajar los brazos, cada vez con más espavientos. Pero, naturalmente, no estaba pronunciando ni una sola palabra. La reacción de la gente no se hizo esperar.

- Luisita, ¿*usté* está oyendo?

- ¡Yo no, Mariquita!

- ¡Ni yo tampoco!

- *Antonces* es que estamos *condenás* –se *dijieron* las *aterrás* señoras, con los ojos *toos desencajaos*.

- ¿Y la mamá de abuelita, también se asustó? –volvió a preguntar una vez más la pequeña Anita.

- ¡Oh, sí, muchísimo! Ya se *puein* imaginar, pues allí se armó un jaleo de tres mil demonios. La gente estaba *despavoría*. *Too* el mundo gritaba: “¡Estamos *condenaos*! ¡No oímos *na* de lo que está diciendo el padrito!”.

-¿Y “Juanita la Santa”? –preguntó esta vez Paquito.

- Pues, de ella voy a hablar. Estaba *situá* debajo mismo del *púrpito* y dormía como una bendita. Ante el alboroto tremendo, se *dispertó*. Vio a *too* el pueblo *sumío* en un amargo llanto. Lo primero que se le ocurrió fue que “el padrito” los

había *emocionao* y los había hecho llorar con su sermón. Sin pensárselo dos veces se levantó *entusiasmá* y gritó con *toas* sus fuerzas: “¡Bendito sea tu pico, hijo mío!”. *Antonces* la gente al oír a la abuela Juanita se *queó helá*.

- Pero, ¡cómo! ¿*Usté* ha *oío* al “padrito”, Juanita? –le preguntaba *too* el mundo.

- *Toíto*, hijos míos, *toíto*, respondía ella, con tal aplomo que dejaba más *conternaos* a los que la rodeaban.

- ¡Juanita es una santa! ¡Juanita es una santa! –comenzaron a gritar *toos* los allí *reuníos*. Y a renglón *segúio too* el mundo se lanzó sobre ella para coger una reliquia.

- ¿Y qué es una reliquia, mamá? –preguntó Elvira

- Una reliquia es algo que pertenece a un santo; algo de sus ropas o de su propio cuerpo –le explicó Susita a sus hijos-. Bueno, pues como decía, la gente se abalanzó sobre ella para llevarse algo. Unos tiraron de la mantilla. Otros, de los zapatos. Otros, de su traje. Otros... Bueno, ¿*pa* qué seguir diciendo? La dejaron con la ropa con que vino al mundo.

- ¿Y con qué ropa vino al mundo, mamá? –volvió a preguntar Elvira.

- ¡Esta niña es boba! –dijo Nicolás-. ¿Tú no ves que quiere decir que la dejaron *desnúa*?

- Vamos Nicolás; déjala que pregunte, que la pobre no lo sabía –apaciguó su padre Roque.

- Cuéntanos ya, mamá, que pasó con toda la gente que estaba llorando –dijo Paquito, como si no supiera en qué paró la cosa.

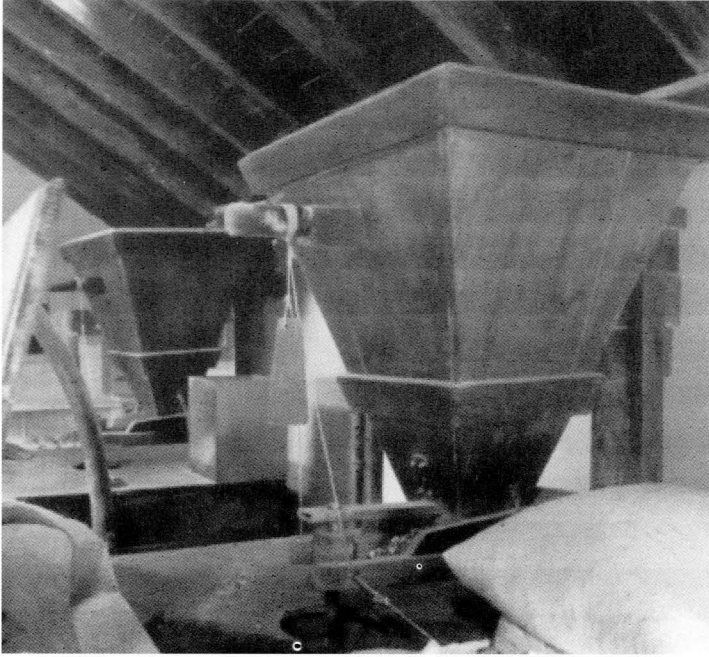
- Nada; que según nos contaba mi madre, “el padrito” estuvo confesando durante *toa* la noche, hasta casi ya de día; como que los gallos de *too* Arbejales ya estaban cantando. Ni una sola persona quedó sin cumplir con Pascua aquel año.

- Y *naide* volvió a *quearse* *dormío* en los sermones de aquel “padrito” –añadió Roque.

- *Naide*, excepto “Juanita la Santa” puntualizó Susita.

Terminada la narración de esta historia, los niños salieron corriendo hacia sus camas. Roque se caló el cuello de la chaqueta, se apretó el sombrero y salió a echarle de comer a “Palomo”, que con sus ladridos ya estaba reclamando la cena. Y Susita se puso a lavar la loza que estaba en el fregadero.

Poco después, se apagarían los tizones que centelleaban en el *fogal* y el candil de petróleo que estaba sobre la repisa de la pared. Todo quedaría en reposo. Hasta el nuevo día.



Molino.

AL MOLINO

- El gofio ya se está acabando, Pablo. Hay que tostar un poco de millo *pa* mandarlo al molino.

- Tú sabes, Rosario, que el grano que nos *quea* es muy poco. Si acaso, *pa* esta *tostá* y no mucho más.

- Ya lo sé. Vamos a salir de ésta; *dispués*, Dios dirá.

Realmente, la cosa estaba bastante mala; hacía mucho tiempo que no llegaba millo a las tiendas de Fermín y Julio. Y el último que vino no servía ni para los animales; estaba todo *empalambrado* de gorgojos y medio podrido. La mayoría de la gente de “Las Molinas”, al igual que las de Lanzarote y de todo Valleseco, iba tirando gracias a las piñas que lograban cosechar de los millos que plantaban en las cansadas tierras, después de la cogida de papas, a finales de junio.

Pablo y Rosario, después de cenar y cuando los niños ya estaban acostados, como de costumbre se quedaron charlando un buen rato en la cocina. Acordaron poner por obra la *tostá* al día siguiente. Por eso, aquella mañana madrugaron más todavía. A los primeros claros, Pablo ya estaba en “Risco Gordo”, arrancando un escobón seco. Y Rosario tenía descolgado del techo de la galería dos cestas *cinchás* de piñas.

Con el hacha, Pablo rajó el escobón y troceó los troncos secos de caña. Después los puso junto a los teniques que había preparado para colocar el tostador, afuera, al lado del alpende. Y se fue a El Recinto a cavar unas papas.

Una vez que los niños desayunaron y se fueron a la escuela, Rosario cogió una traperera y la extendió en el suelo, debajo del colgadizo; se sentó sobre un cajón y se puso a desgranar las piñas. Para avanzar más, y para no herirse tanto las manos, se ayudaba con un caroso. Cuando los pequeños regresaron, ya había terminado.

La tarea siguiente consistió en pasar el millo por el cilindro para quitarle los ciscos de caroso y los granos que estuvieran comidos de lagartas. Esa tarea la hizo Rosario después de fregar la loza del almuerzo. Los niños se encargaron de apañar del suelo todos los granos que se había desparramado.

Avanzada la tarde, cuando el sol empezó a bajar, Rosario colocó sobre los teniques el negro tostador de latón, no sin antes limpiarlo bien por dentro y que había sacado del bajo de la casa. Pablo, que ya había regresado, le ayudó a prender la leña que había metido debajo del tostador. Previamente la roció con petróleo para que *empalabrara* bien. A los pocos instantes comenzó a oírse el chasquido del fuego que con gran avidez devoraba la leña seca. Y un denso humo invadió todos los alrededores.

Cuando el tostador ya estaba bien caliente, Rosario cogió una escudilla grande y fue sacando millo del saco, hasta cubrir todo el fondo. Sin demora alguna comenzó a remover el grano con el *meneaor*, el cual no era otra cosa que una caña gruesa con un trozo de trapo, liado en un extremo, en forma de pelota.

- ¡*Hágasen p'atrás*, chiquillos, que se van a quemar! – advirtió Rosario a sus pequeños.

Para los niños, aquello era casi una fiesta. El sol acababa de esconderse detrás de “El Montañón Negro”. La luz rojiza de los leños salpicaba retozona sus rostros desbordantes de alegría. La pobre Rosario sólo se detenía para atizar el fuego de vez en cuando.

Cuando Pablo terminó de arreglarles las camas a las vacas, ella estaba dándole vueltas a la última *tostá*. Él se acercó con el farol que traía en la mano y lo arrimó al tostador.

- ¡Esto está ya, Saro!

Y ella dejó de menear. Entre los dos vaciaron el grano, caliente y humeante, en el saco; quedó casi hasta arriba.

Antes de que retiraran el tostador del fuego, los niños gritaron:

- ¡Mamá, haznos un *cochafisco*!

Rosario estaba rendida; casi no podía con su alma, pero con tal de hacerles el gusto a los pequeños, echó dentro del latón un par de puñadas de millo y le mezcló un poco de arenilla del mar, que guardaba celosamente en una taleguita. A los pocos minutos, los granos comenzaron a saltar y a reventarse. El fondo del tostador quedó cubierto de blancas y riquísimas roscas. Aquello era, sin ninguna duda, el remate feliz de la jornada.

Al día siguiente, sólo fueron a la escuela los pequeños Pepito y Sarito. Los otros dos hermanos, Pablo y Serafín, salieron para el molino muy tempranito, cuando los gallos empezaban a cantar.

Cada uno iba al máximo de sus posibilidades; entre los dos llevaban cerca de cincuenta kilos. El camino era durísimo y largo. Esta vez tenían que ir a Cruz del Herrero, dentro ya de Aríñez y distante de Lanzarote unos ocho kilómetros. En aquellos días era el único molino de todo el contorno que estaba moliendo. Los de Valleseco y Arbejales estaban parados por falta de gasoil.

Después de descansar cien veces por el camino, los niños llegaron a Cruz del Herrero casi a mediodía.

A medida que se aproximaban al molino, el *tap-tap* seco, rítmico y monótono del motor de gasoil se iba haciendo más fuerte. Y las volutas de humo negro que salían catapultadas por la larga chimenea de hierro se hacían cada vez más grandes.

Y por fin, pisaron la puerta del viejo molino. Allí estaba maestro Bartolo, encaramado en la tolva, vaciando un saco de

millo tostado. En el suelo, aguardando turno, había otros diez. Su cara y su boina parecían una sola cosa, cubiertas de una espesa capa de polvillo blanco.

- ¡Pasen, muchachos! –gritó maestro Bartolo desde arriba-. ¿De *ónde* vienen *ustéis* a esta hora?

- *Semos* de Lanzarote –respondió Pablo, el mayor de los hermanos.

- ¿De Lanzarote? ¡Caracho! ¡Pobres muchachos! ¡Pongan, pongan los talegos por *ai* y descansen! Ya ven que hay un montón de gente por delante, pero como vienen de tan lejos, voy a “colarlos” desde que *puea*.

Los dos hermanos salieron afuera, ya que el ruido era ensordecedor allí dentro y se sentaron a la sombra de una higuera que estaba por allá del molino. Como el *gilorio* comenzaba a dejarse sentir, decidieron comer sin más dilación. En un dos por tres se zamparon el pan redondo y un trozo de queso curado que Rosario les había preparado en una taleguita.

Eran casi las tres, cuando:

- ¡Eh, muchachos! ¡Esto está ya! –gritó maestro Bartolo desde la puerta.

Los chiquillos, que estaban en el camino, jugando a *pis* y *cuarta*, entraron como balas en el molino.

- ¿Cuánto es la maquila⁵ Bartolito? –preguntó Pablo, mientras sacaba de un bolsillo de los pantalones el dinero, anudado en un pañuelo.

- *Demen* seis pesetas; no les voy a cobrar más, por ser de tan lejos.

Inmediatamente, los niños emprendieron el regreso. A pesar de que el gofio les quemaba el pescuezo y los hombros, ellos no se detenían; aceleraban el paso todo lo que podían. Es que no tenían tiempo que perder, pues había que deshacer los

⁵ Paga que había que darle al molinero por la molienda

ocho kilómetros. Ahora contaban con la ventaja de que el sol ya había tumbado para la otra cara de El Talayón y la sombra les acompañaba por el Camino de la Candelaria arriba.

Llegaron a La Asomada cuando el astro rey se iba acercando a la montaña de Caldereta. Allí se sentaron para hacer una *descansá* más. Allá, a lo lejos, se podía contemplar Tierras Blancas. Todavía les faltaba un gran trecho para llegar a Las Molinas, en Lanzarote.

Después de reponer fuerzas, de nuevo se pusieron en marcha y avanzaron bastante, pues el camino era cuesta abajo, hasta atravesar el barrio de Madrelagua.

El último repecho, desde el Barranco el Charquillo hasta Tierras Blancas, lo subieron muy penosamente; apenas podían con sus almas. Cuando llegaron arriba, a la carretera que va para la Cumbre, se tiraron al suelo y respiraron a pierna suelta. Y no les preocupaba en absoluto el que las primeras estrellas habían empezado a pestañear en el cielo y el que algún coche que pasaba llevara ya las luces encendidas. Estaban a muy pocos metros de la “meta”.

Cuando pisaron el patio de la casa, “Sultán” los anunció, dando ladridos de contento y correteando como un loco, de un lado para otro. El exquisito olor del gofio recién molido y calentito llegó hasta el último rincón. La familia entera se sintió tremendamente feliz.



Listos para el baile.

LOS BAILES

El obispo D. Antonio Pildáin, que en aquel entonces gobernaba la Diócesis de Canarias, en enérgicas cartas pastorales había condenado tajantemente los bailes y con todo el peso de su autoridad había exigido a sus curas que lucharan al máximo para que no se celebraran en sus demarcaciones parroquiales. Estaba plenamente convencido de que eran pecado mortal.

Así, un año, queriendo acallar su conciencia, mandó que en todos los pueblos donde había baile, las campanas de la iglesia estuviesen tocando a muerto de siete a nueve de la tarde, por las almas muertas de los que estaban bailando.

Otra acción de su desmesurado “celo pastoral” fue la de prohibir la celebración de las fiestas patronales, allí donde se organizasen bailes durante esos días.

Pero, lo más sonado de todo fue cuando la visita de Franco a Canarias. Como entre los actos oficiales organizados en su honor aparecía un baile de gala en el Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria, no acudió al recibimiento oficial y le cerró las puertas de la catedral. El escándalo fue monumental en todo el país. Y la indignación de los políticos gobernantes locales, irrefrenable.

No obstante estas disposiciones tan drásticas del obispo contra los bailes, la gente de Valleseco, lo mismo que la de otros muchos lugares de Las Medianías, durante todo el año, excepto en las fiestas patronales, seguía organizando sus bailes, encontrando en ellos la forma más adecuada para divertirse y relacionarse entre sí.

Incluso, el mismo cura párroco de Artenara, D. Domingo Báez, hombre bonachón, tremendamente humano y lleno

de humor y socarronería canaria, convencido de que la cosa no era tan diabólica como pensaba su obispo, se atrevió a organizar los bailes en el mismo Salón Parroquial. Se proveía de un pito y cuando apreciaba que alguna pareja se propasaba, entonces lo hacía sonar y los músicos se detenían “ipso facto”, con el consiguiente disgusto de todos los que bailaban y la correspondiente reprimenda a los causantes del “parón”.

Madrelagua no era ninguna excepción. Con cierta frecuencia tenía también sus bailes. Se organizaban en un pequeño salón, llamado “El Corralillo”, que en tiempos pasados había servido de pajero. Antonio Déniz, su dueño, sólo cobraba diez duros por cada baile. Y con la condición de que al terminar dejaran todo limpio y ordenado.

La juventud y muchos de los ya maduros aguardaban con gran ilusión esa tarde. Desde los primeros días de la semana se corría la noticia por todo el barrio.

- Oye, Pepita, ¿sabes que el domingo que viene hay baile en Madrelagua?

- Pues, no; no lo sabía. ¿Y quién te lo dijo, Irene?

- Carmela. Y dicen que viene a tocar unos chicos de Teror.

- ¡Anda! Pues, yo no me lo pierdo. Espero que mi madre se ponga buena de aquí *a'llá*; si no, me va a fastidiar *toa*.

Y era que, según vieja costumbre, las que aún no tenían novio, debían ir al baile acompañadas de sus madres. Por eso, a un lado del salón había colocadas unas sillas para que pudieran sentarse allí, junto a sus hijas, las cuales permanecían de pie, a sus lados.

El conjunto animador solía estar compuesto, de ordinario, por dos guitarras y una bandurria o laúd. En días especiales, como éste que anunciaba Irene, podía haber otra bandurria y un acordeón.

José Santana solía ser el encargado de contratar a los tocadores. Estos cobraban unos cinco duros cada uno. Cuando venían de Teror o de Arucas, llegaban a cobrar hasta diez duros.

La entrada sólo la pagaban los hombres. Los días normales costaba alrededor de un duro y los extras, unas siete pesetas.

Cuando comenzaba a sonar los primeros compases de un pasodoble o de una ranchera mejicana, los muchachos eran los que se dirigían al sitio donde estaban las chicas y les pedían permiso a sus madres para que las dejaran bailar con ellos. Una vez que terminaba la pieza, la muchacha regresaba de nuevo al lugar de donde había salido.

Las comadres, desde su rincón, miraban y charlaban muy animadas y observadoras.

- ¿Te has *fijao*, Dora, cómo baila aquella pareja?

- Ya, ya veo que la niña es muy *moerna*. ¿Y de quién viene siendo, Marcelita?

- Esta muchacha, si no me equivoco, es la hija de Pedro García, el de Los Naranjeros.

- *Pos*, fíjate cómo está casi *pegá* al muchacho.

- Mira, ¿y quién es aquel que está de pie, al *lao* de la ventana? –preguntaba Pinito a Rosita, mirando de reojo.

- No sé..., no sé. A mí ese hombre no me cae muy bien. Fíjate la facha que tiene.

Y lo que son las cosas. El muchacho observado por las buenas mujeres dejó la ventana y se acercó a donde estaban ellas sentadas. Mirando tímidamente a Pinito le dijo:

- Señora, ¿me permite bailar con su hija?

La sorprendida mujer, antes de que su hija mostrara su complacencia, reaccionó como impulsada por un resorte y le espetó a la cara:

- ¡No señor, *usté* no es *gustante*!

El muchacho, más rojo que una pimienta, tuvo que dar media vuelta y se fue a buscar otra pareja.

El salón se llenaba siempre, sobre todo en invierno. Y el baile se prolongaba hasta que lo permitía la luz del día.

Pero, cuando no había baile en Madrelagua, una gran parte de la juventud optaba por subir a Las Molinas, en el barrio de Lanzarote. Allí, en la Sociedad, casi todos los domingos por la tarde se celebraban animadísimos “asaltos”, que atraían a la juventud no sólo de Valleseco, sino también de los pueblos vecinos, como Teror, Firgas y hasta de Artenara.

El problema que se les presentaba a los de Madrelagua era el que como distaban bastante y no disponían de carretera, se veían obligados a abandonar el baile cuando más animado estaba, para poder llegar a sus casas antes de que se hiciera de noche.

A veces, las parejas estaban tan embelesadas que se olvidaban del paso del tiempo. Eso fue lo que les pasó a Rafael y Celina.

- Rafa, ¿qué hora será ya?

- No sé; yo creo que *entoavía* no es muy tarde.

- A mí me da que sí. ¿Por qué no le preguntas a alguien que tenga reloj?

- ¡Dale con tu padre! Está bien; voy a preguntar a alguien por *ai*.

Rafael se acercó a la barra y el cantinero le dijo:

- Muchacho, van a ser las siete.

- ¡Coño! ¿Las siete?

A toda velocidad volvió a donde estaba su novia y le dijo:

- ¡Vámonos rápido, que van a ser las siete!

- ¡Ay mi madre, la que se va a armar! –exclamó asustadísima la muchacha.

Rafael y Celina salieron de la Sociedad a todo correr. Cuando comenzaron a descender (mejor sería decir “volar”) por El Lomito abajo ya apenas se veía. Iban agarrados de la mano para no caerse. ¡Era la primera vez que sus manos se entrelazaban tan prolongadamente! Eso no se podía hacer en público. Sería una vergüenza para ellos y para sus familias. Por eso, cuando llegaron abajo, al Barranco el Charquillo, sus corazones palpitaban fuertemente, más que por la carrera, por la emoción que sentían.

De pronto, el muchacho se paró en seco y mirando fijamente a los ojos de la joven le dijo, todo tembloroso:

- ¡Celina, quiero besarte!

- ¿Estás loco, Rafa? -repuso ella, con la cara más roja que una amapola-. ¡Mi padre me mataría! Además, según ha dicho D. Juan el cura, eso es un *pecao* muy feo. Antes de casarse sólo lo hacen las mujeres malas.

- A mí me da lo mismo lo que digan los demás. Aquí, ahora, nadie nos ve. Y yo tengo ganas de besarte –argumentó resueltamente Rafael.

Así fue cómo los dos jóvenes, a la penumbra casi extinguida del día, con mucho frío por fuera, pero con una temperatura subidísima por dentro, se abrazaron fuertemente y fundieron sus labios en un prolongadísimo beso. Por unos instantes se creyeron en otro mundo; se olvidaron de todo; hasta de que ya era muy tarde. Cuando salieron de aquel éxtasis, reanudaron veloces el camino. Los cánticos melancólicos de las lechuzas en el Risco la Yedra, el croar de las ranas en los estanques y el revolotear de los murciélagos sobre sus cabezas declaraban inaugurada la noche.

Celina tuvo suerte, porque su madre no había llegado aún, ya que se entretuvo un poco más de lo acostumbrado en casa de su suegra Mariquita Luisa, en Los Llanos. Y su padre había ido a Las Mimbreras, a soltar el agua de la dula, que le tocaba a partir del comienzo de la noche.

RECUERDOS DE CUBA

No es ninguna exageración si decimos que en aquel entonces los hombres de Valleseco, de cuarenta años para arriba, casi en su totalidad habían estado en la añorada Cuba, como un poco más tarde sucedería con Venezuela.

Tal era el caso de Rosendo Reyes, de Valsendero. Permaneció en “La Perla de las Antillas” durante nueve largos años. Embarcó para allá cuando todavía era casi un niño; tenía dieciocho años recién cumplidos.

Las dificultades que tuvo que afrontar al principio fueron innumerables. La tierna edad y su recién estrenada independencia le valieron mil tropezones. Pero, él, poco a poco fue sobreponiéndose y aprendió a nadar y guardar la ropa.

Después de unos primeros años de duro trabajo en la parte oriental de la isla, en el cultivo de la caña de azúcar, marchó a la Habana, donde se encaró con una nueva forma de vida:



Valsendero.

repartidor de leche. Aquel trabajo le permitió ahorrar unos cuantos pesos. Y así, con la intención de encontrar compañera en la isla donde había nacido y luego regresar a Cuba, hizo viaje a Gran Canaria. Pero, ya no regresó más a “La Perla del Caribe”. Casó con una hermosa muchachita de Arbejales, Margarita de nombre. Tuvo cuatro hijos; tres varones y una hembra: Manolo, Pinito, Luis y Antonio.

En las conversaciones después de la cena, al calor del *fogal*, en la cocina, era rara la noche que Rosendo no contase a sus pequeños alguna anécdota o les cantara alguna “décima” de su inolvidable Cuba.

- Esta noche les voy a hablar de los apuros que pasé en La Habana, el primer día que fui a repartir leche.

- ¿Qué fue lo que te pasó, papá? –preguntó ansioso Luisito.

- Pues, *enseguía* lo voy a contar. Lo recuerdo como si hubiera *sío* ayer. Yo había *llegao* de la provincia de Oriente, que está a más de quinientos kilómetros de la Habana. Apenas bajé del tren me puse a buscar trabajo. Y dio la *casualiá* que al siguiente día mismo me encontré con un “isleño”; de Teror creo que era.

- Papá, ¿y qué quiere decir “isleño” –preguntó Pinito.

- “Isleño” es como nos llamaban allí a todos los canarios –le aclaró Rosendo-. *Antonces* le conté que acababa de llegar de Oriente y que andaba buscando trabajo. Él me llevó a una lechería que, como saben *ustéis*, es un negocio que se dedica a repartir leche. El dueño me mandó que me ocupara en el hervido de la leche y en el lavado de unas enormes calderas.

- ¿Y tú entendías de esas cosas, papá? –preguntó ahora Antonio.

- Mira, Antonio; uno no se fijaba si sabía o no. Lo que deseaba era que le dieran trabajo; después, poco a poco todo se aprendería.

- Sigue, papá; cuéntanos cómo te las *fuistes* arreglando –sugirió Manolo.

- Pues, así estuve unos quince días. Una mañana, a la hora de salir los carros para el reparto, no se presentó uno de los *encargaos*, porque se había puesto enfermo. Aquello iba a causarle al dueño una gran pérdida. *Antonces* se dirigió a mí y me preguntó que si era capaz de hacer el reparto; me pagaría más.

- ¿Y tú qué *dijistes*, papá? –quiso saber Luisito.

- Yo, sin dudarle, le respondí que sí; que conocía bien el recorrido y los sitios de las *parás*.

- ¿Y los sabías de *verdá*, papá? –volvió a preguntar Luisito, que al igual que sus hermanos, seguía la historia con la boca abierta.

- ¡Qué va! Yo nunca había *salío* al despacho. Cuando me *veí* solo en la calle con el carro y las mulas tirando de él, el mundo se me vino encima.

- ¿Y qué *hicistes* entonces? –Ahora quien preguntó fue Pinito, angustiadísima.

- Pues, *na*; quienes lo hicieron *too* fueron las mulas.

- ¿Las mulas? ¿Cómo podía ser eso? –inquirió Luisito, lleno de intriga.

- De una manera muy fácil. Ya me lo había *advertío* uno de los *repartiores*. Yo me puse a andar a la buena de Dios. Las mulas solas, sin yo decirles *na*, se paraban. La gente, que ya estaban esperando, al ver el carro se acercaban y recogían la leche, como de costumbre. Así hice aquel día el despacho. Y no me sobró leche ninguna.

- ¿Y qué te dijo el dueño, papá? –intervino Manolo.

- El hombre, al ver lo bien que lo había hecho, me dijo: “*Dende hoy tú serás el encargao d’ese despacho*”. Claro, en los días siguientes me di *decuenta* que había *dejao* sin leche a varias señoras, pues estaban *acostumbrás* a que les subieran la leche a sus casas. Y eso, yo no lo sabía. Pero, todo se fue arreglando y al poco tiempo la cosa marchaba que daba gusto.

- ¡Qué bien, papá! –exclamó Pinito, muy contenta-. Cuéntanos ahora otra historia –le suplicó.

- Yo creo que ya está bien. Es hora de irse a la cama.

- Otra sola, papá. Y después nos vamos –intervino Antonio.

- Está bien, está bien. No es una historia; es una “*décima*”. Como hace ya mucho tiempo que me la aprendí, creo que algunas cosas se me han *olvidao* o le he *cambiao* alguna palabra. Allá voy:

*“Señores, voy a contarles.
No me digan que es mentira;
un verraco he visto yo
en un hato, huerta arriba.*

*Por donde ese animal camina,
toda hierba se ha secado.
Y por donde quiera que se ha echado,
más nunca se puede arar.
Y si se llega a parar,
da sombra para un ganado.*

*El amo de ese verraco,
para él solo tenía un potrero,
diez caballerías de tierra,
un mayoral y seis monteros.*

*Para el maíz tenía un arriero,
con ciento catorce mulos.
Pero, al verse en apuros,
porque no tenía dinero,
lo vendió a un extranjero
en ciento treinta mil duros.*

*El día que le dieron muerte
a ese famoso verraco,
vino el Rey, vino la Reina,
vinieron todos los de palacio.*

*La Reina tomó su trozo
y para poderlo freír
a Francia mandó a pedir
como quince mil franceses.
Y tardaron quince meses
para poderlo concluir.*

*De manteca nada más,
sacaron veinte mil pipas;
y sin contar las de las tripas,
que dieron quinientas más.*

*De un colmillo del verraco,
sacaron dos mil tablones,
carretas y carretones,
siete vapores y un barco.
Sin contar con un retazo,
que el aserrador dejó;
lo vine a recoger yo,
hice cuatro mil taburetes.*

*Y sobró para hacer un puente
desde Cuba hasta el Japón.”*

- ¡Qué bonito, papá! –exclamaron todos los niños.
- ¿Por qué no nos dices otra, papá? –suplicó Pinito.
- Dije que era la última y ya se acabó. ¡Todos a dormir!
- Mira, Rosendo; como mañana no hay escuela, díles la
de Genoveva de Alayón –intervino mamá Margarita, que tam-
bién escuchaba interesada; aunque ya había oído todo aquello
muchas veces.

- Bueno; pues allá voy.

*“Fue Genoveva de Alayón
un modelo de virtud;
sucumbió en su juventud,
amando a Obdulio León.*

*Ella halló en su corazón
un amor puro y muy fiel.
Bien que lo supo querer.
Más tarde vino el desengaño.
A la edad de quince años
tronchó la muerte un clavel.*

*Domingo, seis de febrero;
era una tarde preciosa.
Ella, triste y pesarosa,
leyó una carta primero;
fijando la vista al suelo,
un papelito escribió.*

*De todos se despidió.
En el infortunado papel
decía: “Obdulio mi querer,
no es culpable; culpable soy yo”*

*Después que todo arregló,
un traje nuevo se puso
y lo que Dios le dispuso
al momento lo cumplió.*

*El vestido se roció
con alcohol y luz brillante.
Ralló un fósforo y al instante
las llamas la cubrieron.
Y por mucho que acudieron,
ella quedó agonizante.*

*En aquel grave estado,
pero con conocimiento,
decía con sentimiento:
“¿Dónde está mi Obdulio amado?
Ven Obdulio a mi lado;
no seas ingrato conmigo,
que lo que te declaro
es que todo se ha cumplido”.*

Y aquella velada extraordinaria la terminó Rosendo cantándoles un par de “décimas”, con mucha miga:

*Yo siempre he dicho y diré
que no hay mejor amigo
que un peso que tenga usted.*

*Pues lo digo, porque sé
conocer las realidades;
porque hoy las amistades
nada suelen valer.*

*Pues, yo en cierta ocasión,
con un amiguito andaba.
Él decía que me apreciaba
con todo su corazón.*

*Y por saber su intención
le dije: “Arrancado estoy;
así es que a decirte voy
que me prestes cuatro pesos”*

*Y me dijo: “Ahora mismito regreso”.
Y..., hasta el día de hoy.”*

Para terminar, Rosendo no se resistió en cantarles una “décima”, que a él le gustaba mucho:

*“Ramón Arroyo fue ayer
un amigo, un ciudadano,
un político, un cubano,
un hombre honrado, un chofer.*

*Quiso el destino con él
jugar la suerte maligna
y voló a la selva vecina,
libre pájaro, sin quejas.
Y hoy prisionero entre rejas,
el delito le acrimina.*

*Tal vez, injusto delito
sufra Arroyo aprisionado.
¡Cuántas aguas han bogado
con el nombre de Arroyito!
¡Cuántos arroyos malditos
corren con gran esplendor!*

*Aguas malas que al verdor,
para siempre marchitado,
dejando el suelo colmado
de miseria y de dolor*

*De miseria y de dolor
visten almas a centenares,
agobiadas de pesares,
por robarles el sudor.*

*Y el banquero abusador,
con muy poca dignidad,
se apodera con maldad
de lo ajeno y sin delito.
Son peores que Arroyito
y gozan de libertad.”*

Ya era muy cerca de las once de la noche, cuando se fueron a la cama. Los niños lo hicieron muy contentos por todo lo que les había contado y cantado su padre. Y Rosendo, con una felicidad inmensa, porque durante un par de horas se había sentido en su linda y añorada Cuba.



Barrio de Madrelagua.

LA ENRAMADA

Menos Valsendero, todos los barrios de Valleseco carecían de ermita pública para el culto. Para poder cumplir con los deberes religiosos, los vecinos tenían que caminar los cerca de seis kilómetros, entre ida y vuelta, en la mayoría de los casos.

Pero, para facilitar el Cumplimiento Pascual, sobre todo a los ancianos, el cura párroco organizaba cada año, durante el mes de mayo las “Enramadas” en los barrios más poblados y lejanos de la parroquia. Y así lo anunció puntualmente a mitad de abril, en la misa del domingo, después de dar la bendición final.

- Como ya está cerca el mes de mayo, quiero recordarles que cada semana de dicho mes tendremos la “Enramada” en los barrios de costumbre. La primera será en Zumacal; la segunda, en Madrelagua y la tercera en Valsendero.

La noticia fue recogida por varios vecinos de Madrelagua, pero sobre todo, por Pancho Javier; él era, tal vez, la persona de mayor amistad de D. Juan en aquel barrio. Y por eso precisamente se quedaba en su casa durante los días de la “Enramada”. Así, cuando acabó la misa, se acercó a la sacristía. Con los nudillos de su mano derecha tocó tímidamente en la puerta, mientras la entreabría un poco.

- ¿Se puede, señor cura? –dijo, sin atreverse entrar.

- Pase –contestó el sacerdote.

Y el vecino de Madrelagua, apareció en la puerta con su sombrero en la mano.

- Ah, ¿es usted, amigo Pancho? Pase, pase –le ordenó D. Juan, al mismo tiempo que doblaba el amito que acababa de quitarse.

- Como *usté* ha dicho que *pal mes qu’entra* va a ser la “Enramá” en Madrelagua, yo vengo a decirle que se *queará*

en mi casa, como de costumbre.

- No faltaba más, amigo Pancho. Usted se va a encargar de decírselo a toda la gente del barrio.

- Descuide, D. Juan. Hoy mismo empiezo a correr la noticia, para que se enteren bien los que no han *veníó* a misa.

- Muy bien, Pancho. Y no se olvide de hablar con la señorita maestra, para que nos deje la escuela durante esa semana.

- D. Juan, la señorita hace ahora mismito dos meses que se fue mala y *entoavía* no ha *veníó*.

- ¿Y durante todo ese tiempo no han mandado a nadie en su lugar?

- *Usté* sabe muy bien, D. Juan, que *dende* que se fue D^a Ángela, ¡qué gran maestra! las que van a Madrelagua no lo hacen de muy buena gana. *Enseguía* procuran ponerse malas. *Toos* los años nos pasa lo mismo.

- Pues, estando la cosa así, yo hablaré con el señor alcalde para que le deje la llave.

La escuela, efectivamente, hacía de iglesia. Era el edificio más a propósito del barrio, por su situación estratégica. Estaba enclavada casi en el mismo centro.

La “Enramada”, sin lugar a dudas, era el mayor acontecimiento social de Madrelagua. Desde la semana anterior no se hablaba de otra cosa en el lavadero del Barranco la Madre, en La Fuente, en la tienda de Antoñita María, en cada uno de los pequeños caseríos y en cada una de las casas del barrio. Todo el mundo se sentía implicado en los preparativos. Los actos religiosos duraban cuatro días; de martes a viernes. Y empezaban a la entrada de la noche, una vez que los vecinos habían acabado sus tareas de labranza.

La Virgen del Carmen era la que recibía la veneración y la montaña de flores de todos los vecinos de Madrelagua.

El día anterior al comienzo de la “Enramada”, se podía ver a toda la juventud y a las señoras concentradas en la escuela. Un grupo se encargaba de barrer y baldear el empedrado del patio. Otro grupo se hacía responsable de montar el arco de ramas en el exterior, a la orilla del camino, frente a la escuela y de amarrar las banderitas de papel por las inmediaciones. Un grupo de muchachas, postradas de rodillas, restregaba el piso del gran salón con cepillos de esparto. Las señoras mayores se ocupaban en arreglar el altar sobre la mesa de la señorita maestra. Para ello, la cubrieron con finos manteles blancos, calados. Detrás, junto a la pared, formaron unas gradas con los bancos y allí colocaron más de veinte candeleros, de níquel y de cristal, con sus correspondientes velas. Las flores las pondrían al día siguiente, para que estuviesen vivitas. Y lo último, sería el colocar la pequeña imagen de la Virgen del Carmen. Pero, eso lo haría el señor cura párroco cuando viniese.

Y llegó el momento esperado y programado. La noche ya se había adueñado por completo de toda Madrelagua. Un cielo tachonado de estrellas parecía sumarse al inicio de la semana especial que iban a vivir todos los vecinos.

Un sinnúmero de faroles y mechones, procedentes de todos los rincones del barrio, se iban dando cita en la escuela. Sólo faltaban a la reunión los ancianos que ya no podían caminar y algunos enfermos. Ah, y también Chanito Suárez, a quien en el 36 lo hartaron de aceite de ricino en el ayuntamiento, por no simpatizar con el Movimiento.

La escuela estaba a rebosar. Como de costumbre, los *polloncillos* mayores y los hombres se colocaron a la punta atrás. Delante, las mujeres, las muchachas y en primera fila los niños. Para todos, aquello era más que una fiesta. Lo de rezar

el rosario y oír el sermón que les echaba el señor cura, quedaba en segundo plano. Casi no se enteraban. Lo más importante era que se veían juntos y todos vestidos de guapo.

Lo mismo pasaría a la noche siguiente. El jueves, la cosa duró bastante más, pues después del sermón comenzaron las confesiones. Y todo el mundo tenía que hacerlo, para poder comulgar en la misa del viernes por la mañana, último día de la “Enramada”. Como el cura párroco solo no acabaría nunca, vino a ayudarlo el coadjutor de Teror, D. Antonio Álvarez. Antes de despedirse, D. Juan les recordó:

- No olviden que mañana, muy tempranito, tendremos la misa. Y a continuación, llevaremos a Padre Dios a todos los ancianos y enfermos que han tenido que quedarse en sus casas.

Cuando el sol dio en la escuela, ya todos estaban allí reunidos. Los caminos aparecieron barridos, como si se tratara de los patios de las propias casas. Y por muchos sitios, arcos y flores. Padre Dios pasaría por ellos.

La misa, que fue toda en latín, no resultó pesada a la gente, porque el sacerdote que vino a ayudar a D. Juan hizo cantar a los allí reunidos todo lo que pudo y fue dando las explicaciones que creía oportunas, para que todos entendieran lo mejor posible la ceremonia religiosa.

Antes de impartir la bendición, D. Juan, emocionado, se dirigió de nuevo a la gente para decirle:

- Amigos de Madrelagua: Antes que nada, quiero dar las gracias a todo el barrio por lo bien que ha participado en esta semana de la “Enramada”. Estoy muy contento, porque todo el mundo, según sus posibilidades, ha arrimado el hombro para que no fallara ni el más pequeño detalle. Y ha dado un gran ejemplo de comportamiento cristiano. No quiero comparar, pero me atrevo a decirles que Madrelagua es el primer barrio de

toda la parroquia en el Cumplimiento Pascual. Ahora vamos a llevar a Padre Dios a los impedidos y que se han quedado en sus casas. Todas las personas que no tengan dificultad, que hagan lo posible por acompañarnos el tiempo que puedan. Cuando lo estimen conveniente, no tengan reparos en retirarse y regresar a sus casas. Ya sé que tienen muchas cosas por hacer. Yo me despido de todos ustedes y les digo: “¡Hasta el próximo año, si Dios quiere!”.

Y a continuación dio la bendición.

Terminada la misa, la comitiva se puso en marcha, entonando “Cantemos al Amor de los amores”. A la cabeza iba el sacerdote, portando las Sagradas Formas en un copón pequeño. El tilín-tilín de una campanilla, que un monaguillo hacía sonar intermitentemente para invitar al silencio, iba indicando la situación de los itinerantes. Esta vez había que visitar a cuatro ancianos y un enfermo en el centro del barrio; después, había que desplazarse a Los Naranjeros, al Barranco La Fuente y a Cuevecillas. Este último caserío, muy pequeño, distaba cerca de una hora y por camino estrecho e incómodo.

Muchas de las personas que no pudieron acompañar al Santísimo o que procedían de otros barrios, al paso de Padre Dios interrumpían sus tareas de labranza y se hincaban de rodillas en la misma tierra, hasta que se alejara la procesión.

El largísimo cortejo del principio, poco a poco fue disminuyendo, hasta quedar integrado por un grupo bastante reducido al final. Pasaba ya del mediodía cuando D. Juan regresaba a la escuela, acompañado solamente de unas ocho personas, además de los dos muchachos que llevaban los faroles y del monaguillo.

Así terminaba el acto religioso y social más importante de Madrelagua: “La Enramada”.



Pedro Reyes Alonso, ("Chu Pedro Rey").

LAS FOGALERAS

En la era de Llano Ramos, situada en el corazón de Madrelagua, se iba a vivir una de las tradiciones más esperadas del año y de mayor carga de misterios del pueblo canario, sobre todo de Las Medianías: “La *Fogalera*”.

Un grupo de gente, al igual que otros infinitos grupos expandidos por innumerables pueblos de la tierra y repitiendo lo que generaciones incontables habían realizado a través de muchísimos siglos, se disponía a hacer profesión de su devoción profunda y vital al fuego. Por tres veces, cual si de una trilogía sagrada se tratara, le rendían culto solemnísimos: La noche de San Antonio, la de San Juan y la de San Pedro y San Pablo.

Aquel día era la hoguera de San Juan; sin duda alguna, la más espectacular y la que se ha considerado siempre como noche mágica, noche impregnada de cabañuelas, predicciones, embrujos y presagios. En su entorno hay multitud de ritos, creencias, leyendas... Pero, mi intención no es detenerme en este mundo de sueños y fantasías, y del cual ya se ha encargado de manera muy extensa nuestra literatura popular. Mi propósito es contar simplemente lo que se vivía en la era Llano Ramos aquella tarde-noche de San Juan.

La gente menuda de los alrededores había ido amontonando en la era una montaña de matorrales secos: zarzas, *cañalejas*, ratoneras, pitones, teheras, troncos de caña y hasta algunos escobones y *escobesos* que había tenido escondidos con mucho sigilo, para evitar que sus padres los destinaran al consumo doméstico.

Una vez que el sol se escondió tras El Montañón Negro, poco a poco la gente comenzó a congregarse en la era. Todos, grandes y pequeños, aguardaban con ansiedad a que la

luz del día cediera el paso a la noche. Ése era el momento preciso de dar comienzo a la gran ceremonia.

“Chu Pedro Rey”, decano de los allí reunidos, con sus ochenta y pico de años arriba, iba a officiar como gran sacerdote; era el que custodiaba la ingente “ofrenda”, colocada sobre el empedrado de la era. Y era el que indicaba el inicio de la celebración.

Mientras llegaba ese instante, por los alrededores correteaban los pequeños y saltaban unos sobre otros. Los jóvenes reían y se gastaban bromas. Y los mayores se entretenían en amenas conversaciones, dejando de lado los quehaceres y problemas que siempre les perseguían.

Por un momento, “Chu Pedro Rey” se apartó un poco del grupo. De sus labios colgaba una colilla apagada de tabaco negro. Extendió su vista a lo lejos y comprobó que el contorneado de las montañas comenzaba a difuminarse. Seguidamente miró hacia arriba y observó detenidamente el cielo: las primeras estrellas comenzaban a parpadear, sumándose con sus guiños a la ceremonia. El patriarca torció la cabeza hacia un lado y escupió el “rejo” de cigarrillo. Con el dorso de la mano se limpió la boca. Era la señal inequívoca de que el momento había llegado. Los jóvenes y los mayores interrumpieron sus conversaciones. Los niños pararon sus juegos y hasta los perros dejaron de corretear. Dentro de la era, todos tenían sus ojos clavados en el “gran sacerdote” y sin pestañear seguían cada uno de sus movimientos. Observaron cómo metió la mano en uno de los bolsillos del chaleco y extrajo la cajetilla de fósforos. Y se agachó profundamente. Los críos, casi que estaban sobre él. No le quedó más remedio que ordenarles en un tono muy severo:

- ¡*Hágasen p'atrás*, muchachos!

Si retrocedieron medio palmo fue mucho. Sin perder más tiempo, con su mano y la cajetilla hizo un poco de “soco” y raspó el fósforo, que terminó de encenderse en el hueco. Cuidadosamente acercó la lumbre a unos *pajullos* que estaban debajo de la leña y en un abrir y cerrar de ojos las llamas se avivaron y abrazaron todo lo que estaba amontonado en la era. Una lengua gigante de fuego comenzó a subir hacia el cielo, acompañado de chasquidos y chisporroteos. Fue en ese momento cuando el profundo silencio contenido quedó roto en mil pedazos con la algarabía ensordecedora de los allí congregados. Alguien, con voz muy potente, gritó:

- ¡¡Viva San Juan bendito!!

- ¡¡Que viva!! –corearon al unísono todas las gargantas presentes en la era.

Grandes y pequeños, cada uno a su manera, fueron asumiendo sus papeles dentro de la fiesta: Saltos, voces, risas, vivas, voladores, suspiros... se entrelazaban como una plegaria común de alabanza y súplica al precursor de Jesucristo.

Hasta Manolita, con noventa y cinco años a cuestas y sostenida por su hija Adelina, estaba rebosando felicidad al contemplar aquel cuadro, lleno de vitalidad y jolgorio.

- ¡Ay, hijita! –exclamó-. ¡Si tú supieras las ganas que también tengo yo de ponerme a saltar *alredor* de la *fogalera*! Me recuerda mis tiempos mozos, cuando lo hacía junto a Panchito, tu padre, *empadescanse*. Y él me cantaba:

“Niña, ¡qué bonita eres!
No me canso de mirarte.
Pero no me atrevo a hablarte,
porque no sé si me quieres.”

- ¿Y *usté* le contestaba, madre?

- ¡Qué va! Me hacía la indiferente. Pero, dentro de mí me decía:

*“Disimula, corazón,
disimula tu querer,
disimula como el viento,
que se oye y no se ve.”*

El fuego, con la avidez de un hambriento desesperado, seguía devorando la excelente “ración” que le habían servido. La era, colocada en un pequeño montículo, parecía más que nunca, el ara donde se estaba ofreciendo un holocausto a una divinidad.

- ¡Ramón, ten *curdiao* con los *volaores*, que tú ya sabes lo que son! -le advertía su madre Rosarito a su hijo, ya medio “galletón”.

Y es que ella no podía olvidar lo que le había pasado tres años atrás. Al chiquillo no se le ocurrió otra cosa que prenderle fuego a un volador de los grandes y mantenerlo en la mano hasta que explotara. El resultado no pudo ser más desgraciado: perdió medio dedo índice de la mano izquierda. Fue el punto final de un vicio que había adquirido desde muy pequeño. “Perra” que cogía, “perra” que gastaba en los dichosos voladores. Su padre, Mariano, como oyera el estallido de alguno en el barrio de Madrelagua, ya sabía que no podía ser otro que su hijo. Por eso exclamaba inexorablemente: “¡Ái va mi dinerito!”

- ¡Miguel, hazte *p’atrás* y no estés saltando sobre las llamas, que se te va a prender fuego en la ropa! –gritaba Carmelita-. ¡Este demonio de chiquillo me va a quitar del mundo! –suspiraba angustiada la mujer.

- ¡Manolín, no juegues con ese palo *encendío*, que esta noche te vas a orinar en la cama! –le advertía Fefita a su hijo.

- ¡¡Viva san Juan!! –se oía una y otra vez.

Y una y otra vez, los congregados en la era Llano Ramos repetían:

- ¡¡Que viva!!

La gente menuda, a pesar de las constantes advertencias de sus madres, seguía haciendo alarde de su osadía y desafiaba constantemente la voracidad del fuego hasta lo inverosímil. Eso era para ellos la quinta esencia de la *fogalera*.

Pero este rito, no sólo se vivía en la era de Llano Ramos. Por todo el contorno se podía apreciar la celebración de cien fiestas más, iguales a aquella. Casi simultáneamente habían aparecido *fogaleras* en varios puntos de El Malpéi, en el Barranco la Fuente, en La Higuera, en Los Naranjeros, en La Retamilla, en *Covecillas*, en Las Gramas, en Los Llanos, en El Lomo, etc., etc.

Los sonidos sordos y prolongados de caracolas se entrecruzaban por los aires de toda Madrelagua. Y los vivas a San Juan se fundían entre hoguera y hoguera, como un eco sin fin. Los voladores seguían subiendo hacia el cielo y estallando sin cesar, como sin cesar eran las danzas, los gritos y las risas de todos los convocados al conjuro del fuego.

Cuando la noche se cerró completamente, ya se había extinguido la última *fogalera*. La tranquilidad y el silencio volvieron de nuevo a Madrelagua. Sólo se oía el ladrido de algún perro y el cantar monótono de los grillos.

La liturgia ancestral, tan anhelosamente esperada y tan intensamente vivida, quedaba interrumpida hasta la noche de San Pedro y San Pablo; para pocos días después. Entonces se volvería a repetir la misma concentración y la misma ceremo-

nia. Y es que la hoguera, la *fogalera*, era para aquella gente mucho más que un divertimento; era un acto de verdadera adoración al dios fuego; o si se quiere, una ceremonia de pirolatría, envuelta en la devoción a los santos más populares.

JUNTANDO LEÑA

En todas las zonas rurales de Gran Canaria, la única forma de hacer fuego para el servicio doméstico consistía en utilizar leña seca, procedente de escobones, álamos, pitas, *escobezos*, cañas y otros arbustos. Por eso, todas las cocinas tenían unos *fogales*, situados casi siempre en un extremo del poyo. Y, como cosa lógica, había que disponer obligatoriamente de cierta reserva, que tenía que acrecentarse a la hora de afrontar el largo y muchas veces crudo invierno.

Pero, en aquellos años difíciles era casi imposible hacer provisión de leña; se vivía prácticamente al día. Tal era el caso de aquella familia que habitaba en Cuevas de las Primas, en Monagas.

Cuando todavía parpadeaban en el cielo todas las estrellas y los gallos empezaban a cantar, Demetrio y Consuelito hacía ya un buen rato que estaban levantados. La nueva jornada ya había descornado el telón para ellos.



La Laguna de Valleseco.

Aquel día se encontraban en la cocina, tomándose, como de costumbre, sus escudillas de café con leche, las correspondientes cucharadas de gofio y un buen *cacho* de queso *oriao*.

- Oye, Demetrio, ¿sabes que no nos *quea* leña ninguna?

- ¡Cómo! ¿Ya se acabó *toa* la que partí la semana *pasá*?

- Tres gajos *quean*; pero, eso no da *pa na*. *Ansina* que cuanto antes tienes que cortar algún escobón y rajarlo. Y, si *pueis*, arrancas también unos cuantos troncos de caña, porque, no te *olvíes* que la semana *qu'entra* hay que tostar.

- Ya lo sé, ya lo sé, Consuelo. Déjame pensar... ¡Ah, sí! *Allarría*, en Los Laureles, me parece que hay uno muy bueno. Si me da tiempo, esta mañana mismo voy a arrancarlo. Para remediarnos, que los chiquillos, a la tarde, cuando vengan de la escuela, que salgan a juntar lo que *puean* por los *alredeores*.

Así lo hicieron los tres hermanos mayores. Después de colgar los “bultos” de los libros en un taburete de la galería, y una vez “despachadas” las escudillas de “tabique” escaldado que, como de costumbre, mamá Consuelito les tenía preparadas junto al *fogal*, salieron corriendo barranquillo arriba, llevando cada uno un fardo de saco. Sus ojos escudriñadores se iban fijando en cada uno de los esquilmados rincones.

- ¡Miren, chiquillos! ¡Aquí hay una pita con varias hojas secas! –gritó Colacho, fuera de sí.

Y Nicanor, como era el que manejaba la *jose*, se encargó de cortarlas, no sin dificultades y con el saldo de un buen pinchazo en un dedo. Fue lo primero que apañaron. Después seguirían gajos secos de escobones, palos de castañeros, penca de tuneras, troncos de cañas, etc.

Muy cerca del Lomo Henríquez se encontraron una tierra llena de palillos secos, Procedían del estiércol con que la habían abonado. Los tres buscadores de leña pusieron sus fardos en el suelo y se quedaron contemplando embobecidos aquel

“banquete” espléndido que se les presentaba.

- ¿Nos metemos *ái*? -preguntó Olguita.

- ¡Si, sí! –respondió Colacho, muy decidido.

- ¡Ustedes están locos! -atajó rápido Nicanor-. ¿No saben que papá nos tiene *prohibió* coger lo que no está en los barranquillos o en los bordes de las caminos? *Ansina que d’ eso*, ¡ni hablar!

Con el disgusto de los más pequeños continuaron adelante, buscando y rebuscando. Poco a poco, los fardos seguían aumentando. Ya, casi estaban al máximo.

En un alto que hicieron para descansar una vez más, Olguita observó algo que le llamó la atención.

- ¡Miren, muchachos! ¡Allí está un *sahnícalo* haciendo un “bailito”! –Mientras, señalaba con su mano hacia el cielo.

Colacho y Nicanor levantaron los ojos hacia arriba y pudieron contemplar cómo efectivamente la rapaz se mantenía completamente estática en el aire, a más de cincuenta metros de altura, moviendo rítmicamente y a gran velocidad sus alas.

- Seguro que está viendo algo debajo de él –dijo Nicanor.

Instantes después, el cernícalo se lanzó en picado, como una flecha. Y no fue en balde. Los niños pudieron apreciar cómo un infeliz ratoncillo se debatía entre sus garras. Planeando tranquilamente se alejó montaña abajo y se posó sobre una tosca. Allí mostró su satisfacción, lanzando varios graznidos. Seguidamente se puso a saborear el exquisito bocado.

- ¡Señores, nos vamos *diendo* ya *pa* la casa! -ordenó Nicanor a sus hermanos-. Como no nos espabilemos se nos va a hacer de noche antes de llegar. Miren que estamos bastante lejos.

Efectivamente, el sol acababa de esconderse allá, detrás de El Montañón Negro. Era cuestión de dar la vuelta y deshacer el camino a paso ligero.

Con sus incómodos y pesados fardos tomaron varios atajos, bajando por El Paso de la Plata, camino real que viene de Valleseco. Desde aquella altura ya podían divisar su casa, fundida con el risco y medio tapada por un gran nogal. Por todas partes se oía el croar de las ranas en los estanques y los gemidos lastimeros de las lechuzas que salían de los riscos, castañeros y nogales, donde habían pasado el día durmiendo. Y se empezaba a distinguir el revolotear de los primeros murciélagos.

Cuando comenzaron a encenderse en el cielo las primeras estrellas, se les podía oír ya muy cerca de la casa. “Turban-te” salió a su encuentro, corriendo y ladrando. Consuelito también se había llegado hasta por allá de la tienda de “Pepe Rey”.

- Me tenían ya muy *preocupá* -les dijo-. Por poco más no ven a caminar.

- Es que apenas se encuentra algo, mamá -respondió Nicanor-. Tuvimos que llegar hasta mucho más *arría* del Lomo Henríquez.

- ¡Qué *barbariá!* -exclamó asombrada Consuelito.

- Mira, mamá, *too* lo que arrejunté yo -dijo Olguita muy contenta.

- Déjame *ayuarte*, criatura, que estarás muy *cansá*, *probecita* mía -repuso Consuelito, mientras le quitaba de la cabeza su pequeño fardo.

Casi al mismo tiempo, llegó Demetrio de Carpinteras, donde estuvo ayudando a Vicente Rodríguez a “resfriar” una tierra para plantar las papas. Con gran satisfacción pudo contemplar el tremendo esfuerzo de los pequeños y comprendió cómo durante ocho o diez días no habría que angustiarse por el problema de la leña.

LOS COCHINEROS

Una casa, un cochino. Esa era la pauta general de las familias de Valleseco, al igual que en el resto de Las Medianías de Gran Canaria.

El cochino venía a ser lo que es en nuestros días el contenedor y un poco más. A su pila iban a parar todos los desperdicios de la comida (las fregaduras), fruta dañada, todo tipo de cáscaras, suero del queso, papas verdes, piñas *esrabonás* (*truscos*), etc., etc. Y claro, cuando llegaba la *matá*, allá por el mes de noviembre⁶, la carne del cochino se convertía en un gran regalo para toda la casa, regalo que se alargaba durante una gran parte del año, gracias a la salazón en barricas. Su uso estaba presente en casi todas las comidas, tanto como condimento imprescindible, como conduto ideal.

Pero, ¿de dónde se proveían nuestros campesinos de estos imprescindibles animales? De ello se encargaban los emblemáticos **cochineros**. Estos hombres, prácticamente en su totalidad, eran originarios del pueblo de Ingenio. Muestra de ello es que esta profesión llegó a convertirse en gentilicio de dicho pueblo. Así, *ingeniense* y *cochinerero* vinieron a ser dos términos sinónimos. Allá por el mes de marzo, cuando la cruza del invierno comenzaba a remitir, se esparcían por todos los pueblos del interior de la isla, con sus burros portando los serones repletos de pequeños lechones, de uno a dos meses, aproximadamente. Solían ir de dos en dos, para afrontar con más seguridad los posibles contratiempos con los que pudieran encontrarse y para hacerse compañía, pues solían pasar varias jornadas fuera de casa. No solían tener mayores problemas a la hora de pernoctar, ya que contaban por doquier con la buena

⁶ Ver “LA MATÁ DEL COCHINO”, en la página 67 de la presente obra.

gente que les facilitaba sus casas o los confortables *pajeros*.

Su presencia en estas latitudes era aguardada con sumo interés, como lo demuestra la siguiente conversación:

- Oiga, Lolita; parece que este año se están retrasando los cochineros.

- Bueno; no tanto, Carmelita. Mire que *entoavía* no ha *sío* la fiesta de San José.

- Tiene *usté* razón, comadre. Lo que pasa es que como el invierno ha *aflojao* bastante, me da la impresión de que se están demorando un poquillo.

- *Descuie*, que el día menos *pensao* los veremos llegar. Ya verá.

Y así fue. Para ser fieles a lo acostumbrado, antes de terminar el mes de marzo, no mucho después de San José, comenzó a correr la noticia: “Los cochineros ya están en Valleseco”. Pocos días después hicieron su entrada en Madrelagua. Como cosa habitual, venían dos hombres, cada uno agarrado al rabo de su burro, cuidando que éstos no resbalaran por los caminos todavía embarrados y dieran con su frágil carga de lechones en el suelo. Los serones, que eran como unas alforjas grandes hechas de palmitos y que se colocaban sobre la albarda del animal, podían dar cabida hasta unos diez cochinos.

Y como a otras casas de Madrelagua, llegaron también a la de Manuel Guerra. El encargado de anunciar sus presencias fue “Rascatín”, con sus nerviosos ladridos de pocos amigos. Benedicta, que estaba tendiendo la ropa salió a recibirlos.

- Ya me estaba yo preocupando -les dijo desde lejos-. ¡Muy buenos días!

- ¡Buenos días! -le contestaron en tono muy amistoso, con la alegría de volverse a encontrar un año más-. ¿Y Manolito? -preguntó uno de ellos.

- *Enseguida* viene. Voy a avisarle, que está por detrás de la casa, cogiendo un poco de *legume pa* los animales.

Los cochineros aprovecharon para aliviar a los burros de su engorrosa carga. Y abrieron un poco los serones para que respiraran mejor los pequeños cerdos, los cuales mostraban su contrariedad de prisioneros con repetidos gruñidos.

Minutos después estaba de regreso Benedicta, con su marido detrás, cargado con un *jase* de pesado *legume*.

- *Pos* como les decía antes, ya estaba yo un poco *desinquieta*, pensando en que no iban a venir.

- ¿Por qué, Benedicta? *Usté* sabe que nosotros no fallamos, mientras Dios nos *ayúe*.

Y Manolito, tirando al suelo, frente del alpende, su incómoda carga, también mostró su satisfacción por volverles a ver.

- ¡Buenas, señores! Aquí me ven siempre *agoviao*. Los animales y las tierras van *a'cabar* con uno.

- *Pos*, tómese un poco de resuello, Manolito, que eso no le viene mal. Aquí le traemos esta jarca de lechones, *pa* que escoja el que más le guste.

- Vamos allá. Espero que estén buenos.

- Ya verá, Manolito. Están mejores que nunca -le respondió el cochinerero que llevaba la voz cantante. Y a renglón seguido metió la mano en uno de los serones y sacó un hermoso lechón *cinchao*, que se puso a gruñir como un demonio-. ¿Qué le parece éste, Manolito?

- No está mal. Presenta buena cara.

- *Pos*, déjeme que le enseñe unos cuantos más *pa* que vea.

Al rato había en el suelo media docena de hermosos cochinitillos, con las patas de atrás amarradas para que no se

echaran a correr. Para tranquilizarlos les echaron unas buenas *travesás* de millo, que *charriscaron* enseguida con verdadera avidez.

- ¿Ya le tiene el ojo *echao* a alguno, Manolito?

- Casi, casi. Hay unos cuantos que me gustan, pero creo que me voy a *quear* con el *cinchao*.

- No elije *usté* mal, Manolito. Yo creo que se ha *fijao* en uno de los mejores que llevamos aquí.

- ¿Y es buen comelón? -quiso saber Benedicta, que seguía con interés la selección de su marido.

- ¿Que si come? Yo creo que es el más tragón de *toos*. Mire cómo limpia el suelo con la jeta, buscando *desesperao*.

- ¿Y cuánto están pidiendo por él? -preguntó Manolito.

- Los que son como éste, los estamos vendiendo a diez duros.

- ¿A diez duros? -exclamó Benedicta.

- A diez duros -reafirmó el cochinerero- Pero a *ustéis* se lo vamos a dejar en ocho. Tenemos en cuenta que ya son bastantes años que lo vienen comprando.

- Así y *too* sigue siendo mucho dinero. Apenas tenemos de dónde sacar algunas perrillas.

- Lo sabemos. La cosa está *mu jodía*. Pero no olviden que nosotros también tenemos que comer. De *toas* maneras no nos vamos a *peliar*. Se lo dejamos en siete duros y no hablamos más.

Poco después, Manuel Guerra entregó a los cochineros los siete duros y cogió al pequeño marrano por las patas de atrás y lo llevó al chiquero, que estaba un poco más allá de la casa. Así quedaba inaugurado un nuevo ciclo, que terminaría con la matanza del animal, ya bien desarrollado y engordado al máximo, a la llegada del invierno del año siguiente.

LA SIEGA Y LA TRILLA

Hacia finales del mes de junio se podía contemplar por todas Las Medianías una gran multitud de tierras que lucían los trigos, las cebadas, las avenas y los centenos ya maduros que, de vez en cuando, eran mecidos suavemente por la tibia brisa del verano incipiente.

El cultivo de los cereales era algo muy connotativo de la actividad agrícola de entonces. No había un solo labrador que no sembrase alguna cadena o algún *liriaso* de granos. Testigos de ello son la multitud de eras que todavía hoy se pueden apreciar, desparramadas por toda el área de esta franja de la geografía insular.

Joselito también había sembrado varios *cachos* de sus tierras. La mayoría eran de cebada y centeno, para disponer de unos granos y un puñado de paja para los animales, sobre todo durante el invierno. Y, claro, tampoco podía faltar un par de cadenas de trigo, para asegurar unos cuantos amasijos en el transcurso del año.

Aquella mañana, el cacareo alegre de las gallinas indicaba que Susita estaba ya levantada y que acababa de echarles unas buenas travesadas de millo y que les había puesto agua en la pila.

Los más pequeños de la familia, Ernesto y Sarita, también se habían levantado muy temprano y se les podía ver correteando por los alrededores de la casa. Normalmente, a las nueve tenían que ir a la escuela mixta del barrio. La maestra, en aquellos momentos, era D^a. Ángela, una señora ya madura, gran persona y excelente profesional. Los vecinos de Madrelagua la querían muchísimo. Por eso, en su casa no faltaban nunca las papas, los huevos, el queso, la carne de cochi-

no, etc. Pero, aquel día no había escuela porque D^a. Ángela tuvo que bajar a Las Palmas de Gran Canaria.

- ¡Anda, Ernesto! ¡Espabílate, que tienes que llevarles el desayuno a tu padre y a tu hermano! –le gritó Susita a su hijo, que estaba por detrás de la casa, jugando con su hermana.

- ¡Ya voy, mamá! -replicó el pequeño-. ¿Y dónde están?

- *Allarría*, en El Viñátigo.

- ¿Y qué están haciendo?

- Segando la *cebá* de “la tierra blanca”. Pero, ¡venga, date prisa, que ya se ha hecho bastante tarde! ¡Y ponte la *cachucha*, que hoy va a apretar mucho el sol. ¡Y no te detengas por el camino, que te mata tu padre!

Joselito y Paco, su hijo mayor, desde que rompió el día ya estaban dándole a la *jose* “de mala manera”. Había que *arrejundir* todo lo posible, porque un aire caliente anunciaba que la jornada iba a estar muy brava. Y los cereales, cuando se ponen broncos, no se pueden ni tocar.

En cuclillas sobre la tierra, echaban cebada para atrás como verdaderas máquinas. Desde muy lejos se les podía oír cantando, entre otras muchas cosas, algunas décimas cubanas, como éstas y que Joselito había aprendido en su larga estancia en cuba:

*“Voy a expresar mi opinión:
aspiro a no ser casado,
porque estoy desengañado
que todo es vana ilusión.*

*Mas, si en alguna ocasión
viene la maldita idea,
para que casado sea
el mundo correré*

*y a mi gusto buscaré
una coja tuerta y fea.*

*No la apetezco, chiquilla,
Ni con pantorrilla hermosa,
ni con colores de rosa
en su radiante mejilla.*

*Quiero que tenga canillas
y maleta en su espalda,
cosa que aquel que la vea,
se figure que estoy loco,
buscando yo un cocorioco,
coja, vieja tuerta y fea.”*

- Papá, ¿qué hora será ya? –preguntó Paco, cuando Joselito terminó de cantar la décima:

El hombre se puso de pie y con dificultades trató de enderezarse, sacudiendo las piernas. Apoyó las manos sobre los riñones y echando el pecho hacia delante, hinchando los carrillos, echó el aire que tenía dentro, de forma sonora. Seguidamente, con el dorso de la mano, todo lleno de polvo, se enjugó el sudor que le entraba hasta por los ojos y lo sacudió sobre la tierra. Entonces sacó el reloj del bolsillo chico del pantalón, levantó la tapa y:

- ¡¡Coño!!! ¡Ya son casi las diez y ese *jeringao* de chiquillo sin aparecer!

Y es que los pobres segadores, apenas habían tomado un buche de café cuando se levantaron.

-Vamos a descansar un poco, allí, debajo del nogal -dijo Joselito.

Una *jurria* de pájaros se había reunido sobre la tierra y estaba dándose un banquete succulento con los granos caídos. Joselito sacudió la cachimba sobre una piedra y la raspó bien por dentro con la punta del cuchillo. Luego la llenó de picadura, la apretó con el dedo gordo y la encendió. Aún no había dado media docena de chupadas, cuando por la punta allá de la tierra apareció Ernesto con el desayuno dentro de un cesto. Susita les había preparado un excelente *escardón* de leche en sendas escudillas. Para que no se enfriaran las había envuelto en un paño grande, a cuadritos. Por encima les había echado un par de cucharadas de azúcar. Y daba la impresión de que estarían riquísimos.

En un dos por tres, padre e hijo dieron buena cuenta de los sabrosos y confortantes *escardones*. Después, cogieron una vez más el porrón, que estaba bien protegido en la sombra, y mojaron el gaznate con unos cuantos tragos de agua fresquita. Con la mano se limpiaron la boca y... a segar otra vez.

- ¡Papá, aquí hay un *nío* de ratones! -exclamó Paco.

Y era verdad. Un agujero bien disimulado con *pajullos* lo daba a entender así. El muchacho dio un par de silbidos y gritó:

- ¡Boliche, ven aquí!

El animal, que dormía a pata suelta a la sombra del nogal, se acercó velozmente. Pegó las narices en el sitio señalado y olfateó a fondo varias veces. Y sin más órdenes, comenzó a escarbar con las patas delanteras a una velocidad endiablada, acompañando la acción con unos ladridos de contento. A los pocos instantes ya tenía metido medio cuerpo bajo tierra. Y ¡de pronto! salieron corriendo dos ratones. Boliche atrapó a uno y Paco cogió al otro con la *jose*. Mezclado con la tierra, el perro sacó un envoltorio de paja molida; era el nido. Dentro había ocho ratoncillos, todavía con los ojos semicerrados y sin pelaje.

- ¡Vamos, Paco! ¡No te entretengas, que *entoavía* nos *quea* por segar un buen cacho de la *caena*! -tuvo que advertirle Joselito a su hijo.

En una pequeña hondonada encontraron lo que fue nidal de una codorniz. En el suelo, en un pequeño hoyo, había una cantidad enorme de cascarones de huevos. ¡Lo que hubiera dado Paco por haberlos encontrado antes! Y es que un nido de *cuascuarah* es el máximo trofeo al que aspira un buen buscador de nidos. ¡Hasta veinte polluelos pudieron haber salido de allí!

A eso de la una, pararon las *joses*. Atrás se podía contemplar un sinfín de montones de cebada. Era imposible seguir segando, pues el sol cada vez apretaba más fuerte y había puesto los cereales más broncos que el bizcocho.

De todas maneras, lo que quedaba no era mucho. Se podía terminar en un rato, al siguiente día, antes de la llegada del sol.



Trilla.

Allí permanecería la cebada algunos días sobre la tierra, hasta que el tiempo ayudara para hacer los *jases* y así acarrearla hasta la era.

De regreso, Joselito aprovechó para pasar por la casa de Vicente, un vecino suyo.

- ¿Quién vive? -preguntó con voz fuerte desde el camino.

Chispa, que dormía a la sombra de la parra, respondió con sus ladridos. Instantes después apareció Vicente.

- ¿Qué hay, Joselito? ¡Pasa *p'acá*, hombre! ¡Vaya día que tenemos hoy!

- ¡No me hables! Como que no *púe* terminar de segar la *cebá* de Las Gramas.

Los dos se sentaron bajo la agradable sombra de la parra, sobre un tronco grueso de álamo.

- Vicente, pasé por aquí a ver si me podías *empréstar* la burra, *pos* ya no me *quea* sino un pisquillo de *cebá* por segar y quisiera trillar cuanto antes, *pa* quitarme la pejiquera *d'arría*.

- ¡No faltaba más, Joselito! ¿Y *pa* cuándo va a ser eso?

- Lo tengo *pensao pal* próximo domingo, si *puei* ser.

- Sí señor; cuenta con ella. *Pa* ese día no tengo compromiso con *naide*.

- ¡Estupendo! Con tres bestias que ya tengo *consegúas*, más la tuya y la mía, ya son cinco los animales.

Y tal como había decidido, el domingo, muy temprano, Joselito ya tenía todo preparado para comenzar la trilla. Junto a la era se podía ver bien formada la parva de cebada, con las espigas hacia adentro. A un lado estaban las *jorquetas* y los *ganchos*, una soga grande que serviría de *collera*, para unir a los animales y el *rebenque*.

El primero en llegar fue Adolfo Domínguez; vino montado en su hermoso burro negro. Poco después llegaron, casi a la vez, Martín Suárez y Matías Nuez. Los burros, cuando se vieron, se saludaron con prolongados y entusiastas rebuznos. El último en presentarse fue Vicente Reyes; a trote hizo su llegada. La atractiva *jumenta* también fue saludada por sus congéneres. Adolfo se las vio moradas para poder dominar a su “negro”, pues quería demostrar de otra manera su afecto por la elegante rucia de Vicente.

El sol acababa de asomar allá sobre el Lomo el Paso. Los cinco burros, sin miramiento alguno, se pusieron a tomar un rico desayuno de cebada. Los chiquillos también empezaron a congregarse y pronto aquello parecía el comienzo de una fiesta. Hasta los perros, llenos de contento, corrían de un a lado para otro, persiguiéndose juguetones.

- ¡Venga, señores; vamos a echar una *camá* de *cebá* en la era! –dijo Martín, animando a la gente.

- ¡Allá vamos! –contestó Matías, mientras cogía un gran *brasao* y lo colocaba sobre el empedrado. Poco después, toda la era estaba cubierta y dispuesta para empezar la trilla. Joselito se encargó del *encobramiento* de los cinco pollinos. En el centro colocó la burra de Vicente, por ser la más tranquila. Por fuera puso al burro de Adolfo, que mostraba ser el más impetuoso y bravo.

Martín tomó la *collera* con una mano y el *rebenque* con la otra. Y metió a los animales dentro de la era, situándose él en el mismo centro. Dando un latigazo en el aire, los puso en movimiento. Instantes después, la *cobra* giraba a toda carrera. Los demás, situados por fuera y cada uno con su *jorqueta*, cuidaban de meter dentro la cebada que se salía y de ir echando más, cuando era necesario.

Al cabo de un buen rato, los pobres burros comenzaron a aflojar visiblemente el ritmo con el que habían empezado. Entonces Martín los detuvo unos minutos para que descansaran. Los presentes aprovecharon para destapar una botella de ron y se echaron un buen trago, acompañado de unas aceitunas, a las que Susita les había preparado un mojo muy sabroso.

A continuación fue Vicente el que cogió la *collera* y de nuevo puso a los cinco animales a dar vueltas; esta vez, en sentido contrario. El restallido del *rebenque* los hacía girar a buen trote.

La gente menuda también se sumó a la trilla, revolcándose entre la paja y corriendo junto a los burros.

- ¡*Hágasen p'atrás*, chiquillos, que los pisan las bestias! –les tuvo que gritar Joselito. Pero ellos, maldito caso que le hacían.

El sol continuaba subiendo y arreciando cada vez más. Y la parva de la cebada, disminuyendo a buen ritmo.

Hacia el mediodía, los cinco asnos giraban ya muy pesadamente. Ni el *rebenque* les hacía acelerar el paso. Casi no podían con sus propios cuerpos. Los chiquillos y los perros se habían retirado del escenario; se les podía ver a la sombra del castaño que estaba junto a la era. Allí estaban tirados en el suelo y ni se movían. De pronto se oyó:

- ¡¡Soo!!

Y los sudorosos y cansados animales se pararon. Ellos ya habían terminado su papel en el primer acto de la trilla. El sol, en el centro del cielo, arrojaba rayos de fuego; había que huir de sus garras a toda costa. Debajo del castaño, Joselito y los vecinos que le habían ayudado dieron buena cuenta de otra botellita de ron y de todas las aceitunas. Hasta para los niños hubo galletas y “pastillas”.

Después, todos alegres y cansados regresaron a sus casas. Tal vez, hasta el próximo domingo; ese día podrían reunirse de nuevo en otra trilla. Y volverían a correr los burros. Y los niños, a saltar sobre la paja. Y los perros, a retozar y perseguirse. Y, cómo no, también se vaciarían otras botellas de ron.

A la caída de la tarde, cuando el sol ya había perdido su vigor, Joselito y Susita, nuevamente se dirigieron a la era; esta vez, para aventar la cebada que habían molido las bestias. Con los *bieldos* se pusieron a la ardua tarea de separar el grano de la paja. La suave brisa que se dejaba sentir intermitentemente y de forma confortable, les facilitó este trámite.

A continuación, con la noche ya casi encima y aprovechando las ráfagas de brisa que corrían intermitentemente, realizaron la tarea de pasar por el *cilindro* todo el grano amontonado en el suelo. Esta labor, con todo el peso de la jornada arriba, les resultó extremadamente pesada. El *cilindro* lleno de grano tenía que ser levantado hasta la altura de la cabeza, donde lo apoyaban. Suavemente dejaban caer su contenido, para que el airecillo se encargara de llevarse el *tamo* que se desprendía. Los pequeños apuraron la jornada, retozando alegremente sobre la mullida alfombra que había ido formándose al borde de la era, en la dirección de la brisa.

A la luz del farol, Joselito y Susita pusieron punto final a la jornada de la trilla, llenando diez hermosos sacos de cebada. La cosecha, sin lugar a dudas, había sido de las buenas. Y se sintieron felices.



Gallina jabada (*jabá*).

ESPIANDO UNA GALLINA

La débil economía de las familias de Valleseco, al igual que las del resto de Las Medianías, tenía su pequeño refuerzo en la venta de huevos y en la de algún que otro pollo o gallina. Por eso, junto a cada casa se podía apreciar el correspondiente gallinero y por sus alrededores las aves escarbando y comiendo a sus anchas. Esto, no pocas veces, era motivo de discordias y enfrentamientos entre vecinos, pues los inocentes animales no entendían de linderos ni de cercados prohibidos. Y con suma facilidad iban más allá de las fronteras domésticas.

Pinito, la del Barranco la Virgen, también tenía su docena de gallinas. El gallinero estaba detrás de la casa, junto al chiquero. Nunca le ponían todas a la vez, pues siempre había alguna que se le ponía clueca o que estaba descansando o que se le enfermaba. Y, para colmo, había las clasificadas rebeldes. Eso de poner en el nidal del gallinero no iba con ellas. Y esto le preocupaba mucho a Pinito.

- ¡Qué extraño! A esta gallina *jabá* la veo con la cresta *colorá* que da gusto. Cacarea que se vuelve loca y no estoy viendo los *güevos* por ningún *lao*. ¿No me la estará jugando la muy *condená*?

- Ya me doy *decuenta* en lo que estás pensando, Pino. Esa sinvergüenza tiene un *nial* por *ái*.

- De seguro que sí, Baldomero.

- *Antonces*, ¿por qué no la cogemos y miramos a ver si tiene *güevo*?

Dicho y hecho. Pinito llamó a los chiquillos y en un dos por tres ya tenían atrapada a la *jabá*. Cogiéndola en sus manos, con el dedo chico “averiguó” si realmente estaba poniendo.

- ¡Lo que suponía! -exclamó-. Hoy ya puso, pero mañana mismo hay que espiarla. Tú te vas a encargar *d'ello*, Pacuco.
- ¿Y la escuela, mamá? -preguntó el pequeño.
- Yo le mandaré un papel a D^a. Carmen con tus hermanos, para que no te ponga falta.

Al día siguiente, como de costumbre, después de charles unas buenas *travesás* de millo, Pinito soltó las gallinas. Capitaneadas por un hermoso gallo rojizo se desparramaron enseguida por los alrededores de la casa. Pacuco, como ya estaba decidido, fue el encargado de espiar a la *díscola jabá*.

Apenas salió del gallinero, el chiquillo le clavó los ojos y se situó a una distancia prudencial, para no despertar sospechas en ella. Unas tuneras le sirvieron de parapeto y allí estuvo *atorrado* el pobre muchacho durante más de una hora. La gallina no mostraba prisa alguna; en compañía de otras, seguía escarbando y picoteando la hierba.

El elegante “jefe” pasó por allí y corrió unos metros detrás de la “espiada”; pero ella, enseguida cedió gustosamente y la “pisó” sin demora alguna. El galán, satisfecho y feliz, sacudió varias veces sus hermosas alas y soltó un fuerte quiquiriquí, que se oyó en todo el Barranco la Virgen..

Cuando más tranquilas estaban las aves, alguien vino a llenarlas de sobresalto: una aguililla, por dos veces, dio unas pasadas raudas sobre sus cabezas. Los pobres animales huyeron despavoridos y se refugiaron debajo de unas zarzas y manzaneros. Pacuco tuvo que abandonar su escondite y gesticulando con los brazos y dando gritos logró ahuyentarla. Poco después, la calma quedó restablecida y fue entonces cuando la *jabá* se dejó ver de nuevo. Ahora no parecía muy interesada en buscar bichos en la tierra. Poco a poco fue apartándose de sus compañeras y se dirigió al bardo de zarzas que estaba detrás del pajero. El muchacho, sin hacer ruido, dio unos cuan-

tos pasos y se agazapó detrás de un peral para ver mejor hacia dónde iba ella. De pronto, como si se hubiera dado cuenta de que la estaban espionando, se echó a correr y se metió debajo de la maleza.

Pacuco estuvo esperando un buen rato, a ver si salía, pero no. El muchacho fue volando a su casa, para avisar a su madre.

- ¡Mamá, mamá! –gritó, jadeante.

- ¿Qué pasa, Pacuco? ¿Ya *distes* con el *nial*?

- Creo que sí, mamá; porque la gallina hace ya bastante tiempo que se metió en el zarzal del pajero y *entoavía* no ha *salío*.

- *Pos*, ¡vete corriendo, *demontre*, no sea que se *haiga salío* y se *vaiga* a otro sitio.

En el mismo momento en que llegó el muchacho al zarzal, salía la *jabá* cacareando que se volvía loca. Era señal inequívoca de que había puesto.

Instantes después llegaba Pinito hasta allí. El averiguar si había tenido éxito la “misión” de Pacuco no era nada fácil. Con enormes dificultades y ayudado por su madre, el niño se metió debajo de las zarzas y se arrastró como un perro perdiguero, hasta el fondo.

- ¿Ves el *nial*? -le preguntó anhelante Pinito.

- ¡Sí, mamá! ¡Y hay un montón de *güevos*!

- ¡Qué bien! ¿Cuántos?

- ¡Espera un momento, que voy a contarlos! -respondió el pequeño desde allá dentro-. ¡Uno, dos, tres..., quince, mamá, quince! -gritó todo privado.

- Ya decía yo -murmuró Pinito-. ¡Y mire *usté* dónde se le ocurrió a la muy *bandía* hacer el *nial*! ¡Pero, se ha *fastidiao*! ¡Ésa no me sale del gallinero durante un mes! ¡Vaya que sí!

EL CRIMEN DE LAS LAGUNETAS

La noticia corrió por toda la isla como reguero de pólvora: “¡Ha habido un crimen en Las Lagunetas! ¡Un crimen horrible! ¡Han matado a tres personas de la misma familia!”

En toda la comarca de Valleseco, pueblo no muy distante del lugar del crimen, también era el único tema de conversación: en cada una de las casas, en las tierras de labranza, en las tiendas, por todos los caminos...

- Lo que me oye, *mestro* Luis. El muy cabrón de asesino mató “del viaje” a *toa* una familia.

- ¿A *toa* la familia? ¡Coño! ¡Vaya cochino!

- Sí; mató a una criatura, al padre y a la abuela. A la madre la cosió a *puñalás*.

- *Antonces*, ¿no la mató a ella?

- No; no la mató. Aunque el criminal la dio por muerta. Dicen que la llevaron *pa* Las *Parmas*, muy grave la *probecita*.

- ¿Y no han *cogío* al asesino?

- ¡Qué va! *Asigún* dicen, no hay ni rastros *d’él*.

- ¿Y se sospecha *argo* de quién *púo* ser, Periquito?

- *Asigún* me contaron, unos vecinos dicen que la misma tarde del crimen, o séase, el viernes, el día de Nochebuena, vieron a un *endeviduo* que, ya cayendo la noche, subía por la cuesta *arría* y que entró en la casa donde cometió el crimen. Al ser la Nochebuena, pensaron que sería algún familiar que iba de visita.

Poco a poco se fueron conociendo más detalles. Por ejemplo, que el visitante llegó todo empapado, pues la lluvia arreciaba fuertemente en aquellos momentos. Y lo primero que hizo Pinito –así se llamaba la mujer que escapó de la muerte-

fue ofrecerle ropa bien sequita y abrigada. Que estuvieron charlando un rato largo en la cocina. Y ya con la noche encima, se fueron a ordeñar las vacas, al alpende que estaba por allá de la casa. Allí empezó la tragedia. Juan, el marido de Pinito, se sentó en la banqueta y se puso a apoyar a una de las vacas. Y cuando los primeros chorros de la leche comenzaron a sonar en el fondo del balde, “el huésped” se acercó cautelosamente por detrás y metiendo una mano por debajo del jersey sacó una barra de hierro que llevaba envuelta en un periódico y le asestó un golpe fortísimo en la nuca. El desgraciado Juan rodó por tierra, mortalmente herido, con todo el rostro cubierto de sangre, estiércol y leche. Su cuerpo quedó inmóvil junto a la vaca.

Un poco más allá, en la choza de las cabras, estaba Pinito, totalmente ajena a la terrible tragedia que se estaba consumando en la gañanía, dándole la *mamaera* a un baifo. Cuando se dio cuenta, el hombre a quien habían acogido tan afectuosamente, corría hacia ella con un cuchillo de largas dimensiones en la mano. No tuvo tiempo de reaccionar, pues el asesino, con la velocidad de un rayo, se abalanzó sobre ella. La botella de la leche que mamaba el baifo rodó por los suelos, pringándole el traje y todos los zapatos. Y el pequeño animal, dando balidos, salió corriendo choza afuera. Fueron más de veinte las puñaladas que la infeliz mujer recibió por todo el cuerpo. El degenerado, creyendo que los dos habían muerto, con toda rapidez se dirigió a la casa. De un empujón abrió bruscamente la puerta, dando ésta un fuerte golpe contra la pared. En sus manos llevaba ahora un hacha. La madre de Pinito –que también se llamaba como ella- estaba en la cocina, preparando la sencilla pero extraordinaria comida de Nochebuena, para todos los de casa y para el acogido. Sin mediar palabras, el asesino, de forma alevosa, descargó el hacha sobre su cabeza y la derribó por

tierra. Y todavía asestó varios hachazos más sobre la agonizante anciana, la cual se removía sobre un gran charco de sangre.

Pero, aún no había consumado toda la tragedia; el criminal quería más sangre. Sabía muy bien que había un niño muy pequeño y que también había que acabar con él. Nerviosamente lo buscó por todos los rincones de la casa. Y lo encontró. Al lado de la cama del matrimonio dormía plácidamente, en su cunita, la infeliz criatura. Sin perder un segundo y como poseído por el mismo demonio, lo cogió bruscamente por las piernas y, sin el más mínimo sentimiento de un simple animal, estampó varias veces su cabecita contra la pared. No se oyó ni el más leve gemido.

El horrible crimen estaba consumado. El monstruo humano tenía que escapar, huir, desaparecer lo antes posible del ensangrentado escenario. Y así, a pesar de la noche tremendamente oscura y del fuerte aguacero que no aflojaba, se esfumó como una astuta y repugnante alimaña, sin dejar rastro alguno.

El día siguiente, día de Navidad, el pueblo de Las Lagunetas se despertó con la terrible noticia que, como un relámpago de los múltiples que habían brillado durante la noche tormentosa, recorrió y estremeció la isla entera, hasta el último rincón.

Las desgraciadas víctimas fueron sepultadas en el cementerio del pueblo, ante el dolor incontenible de un inmenso gentío. Y la malherida Pinito fue ingresada en un centro hospitalario de Las Palmas de Gran Canaria.

La policía se puso en movimiento inmediatamente. Analizando las últimas circunstancias que se habían relacionado con el escenario de la atroz matanza, no sin serias dificultades, empezó a atar cabos. Y pronto dio sus frutos. Parte de la cortina comenzó a descorrerse.

- ¿Se ha *enterao*, *mestro* Luis? Dicen que ya dieron con el criminal de Las Lagunetas.

- ¡Carajo! Eso sí que es una buena noticia, amigo Mariano. ¿Y quién diablo fue esa fiera?

- Por lo que estaban comentando anoche en la tienda de Amadito, parece ser que se trata de un señor que acababa de salir de la cárcel.

- ¡No podía ser menos! -exclamó Luisito-. ¿Y qué más se sabe?

- *Pos*, parece que lo hizo en *compló* con otro que estaba también en la cárcel.

- ¿Y se sabe por qué rayos lo hicieron?

- *Asegún* dicen, por asuntos de herencia.

Efectivamente, no se tardó mucho en descubrir que ése había sido el móvil de tan horripilante pesadilla, que conmovió a toda la isla de Gran Canaria y de un modo especial al limítrofe pueblo de Valleseco.

Pocos años después, la Justicia, con todos los cabos atados, dictó sentencia. El asesino fue condenado a muerte y ejecutado. Su cómplice e inductor, pariente de las víctimas, latonero de profesión, fue condenado a cadena perpetua.

De todo este drama sobrecogedor se ocupó durante varios años el popular “Elías el Manco”, natural precisamente de Las Lagunetas y juglar de Las Medianías. Niños, jóvenes y mayores le escuchaban con la boca abierta la “décima” sobre “El Crimen de Las Lagunetas”.

En nuestra memoria de niño la grabamos y ahora la reproducimos aquí. Al no poseer ningún texto escrito, es muy posible que haya alguna inexactitud o laguna, debido al largo tiempo transcurrido.

“Señores:

*Voy a contar una historia
que en mi mente se concilia,
una casa de familia
que rebosaba de gloria,
he grabado en mi memoria
y jamás lo olvidaré,
un crimen de tan mala fe,
del que hago mi relato,
sucedió el veinticuatro
de diciembre del cuarenta y tres.*

*En la cárcel encerrado
se encontraba el criminal,
donde pudo planear
un crimen tan recordado.
Cuando se vio liberado
se dirigió a Marzagán
y ya preparado su plan,
se fue a Las Lagunetas
y a una familia completa
él la quiso exterminar.*

*Con muy mala intención,
el criminal se fue acercando
al que estaba ordeñando
y le dio un golpe a traición.*

*El criminal no debe tener perdón
de tal infamia cometida,
pues a la mujer distraída*

*que estaba en aquel lugar,
también la llegó a atacar,
dejándola mal herida.*

*Creyendo muertos a los dos,
aquí el criminal se afana
y al ver allí a una anciana,
de un hachazo la mató.
Busca, busca por rincón
y encontró en un lecho
a un niño de pecho
y lo mató sin compasión.*

*Señores, recordarán
que el criminal se escondió,
pero que al fin se encontró
en los lindes de Marzagán;
era de allí natural
y en aquel pueblo vivía.*

*Ya ven que la Policía
siempre, tarde o temprano,
al que mata a un ciudadano
lo descubre algún día.*

*Se ha llegado a saber
por los diarios competentes
y por boca de la gente
lo que llegó a suceder.*

*El criminal aquel,
el tal delito cometió,*

*porque otro lo inspiró
para compartir la herencia,
pero al leerle la sentencia,
con su vida pagó.*

*Al fin fue sentenciado
en la Sala de la Audiencia.
A uno le tocó perpetua
y a otro, ser fusilado.*

*Como había matado,
es pena muy merecida
la que le ha sido leída
por el justo tribunal,
que como llegó a matar,
lo pagara con su vida.*

*Señores, recordarán
lo que este papel relata:
Aquel que con hierro mata,
con hierro muere también.”*

LOS JUEGOS Y CANCIONES INFANTILES

Un aspecto que no puede faltar en este recorrido por las costumbres de los años cuarenta es el de los **Juegos y canciones infantiles**.

En nuestros pueblos de tierra adentro, la tecnología lúdica, en su vertiente industrial y comercializada, era prácticamente desconocida e inalcanzable. Malamente se conseguía lo imprescindible para sobrevivir. Por ello, hablar de los juguetes que tuvieran su procedencia de la industria era algo que pertenecía al mundo de lo imposible. Sólo lograban colocarse al alcance de los pequeños algunos de los más simples, como los boliches o los trompos.

Pero, de ninguna manera hay que pensar que los niños no disfrutaran de sus juegos, que no estuvieran inmersos en el maravilloso mundo de la fantasía. Todo lo contrario: al carecer de los juguetes convencionales, los pequeños le daban rienda suelta a su imaginación y construían sus propios juguetes. Queremos hacer referencia a algunos de los que la gente menuda de Valleseco, tanto niños como niñas, “elaboraban” con los materiales que estaban a su alcance.

La tángara. Este juego tenía como elementos una cajetilla vacía de fósforos o un trozo pequeño de piedra, más o menos cuadrada (la *tángara*), y los *tejes*⁷ de cada jugador. Admitía varias modalidades. Una de las más normales era la de los *fóhfaros*. Consistía en colocar en el suelo una cajetilla vacía, en posición vertical y cada jugador ponía sobre ella una cantidad acordada de fósforos. Luego, por orden y desde una distancia determinada, iban tirando una moneda (una “perra bar-

⁷ El *teje* (tejo), componente del juego, consistía en una moneda o un trozo plano de piedra (laja), con el que se intentaba tirar la *tángara*..

buda”⁸ o “perra negra”), con el objetivo de derribar la cajetilla y esparcir los fósforos. Después de tirar el último, los jugadores procedían a recoger los fósforos que estaban más cerca de su moneda que la de la *tángara* y de la moneda de otro compañero. Los fósforos que quedasen más cerca de la *tángara*, se sumaban al siguiente juego.

Otra modalidad era con la moneda. El juego tenía el mismo procedimiento que el de los fósforos, pero en este caso, se ponían monedas: una perra chica o una perra grande⁹ por jugador.

Una tercera modalidad consistía en jugar a la *tángara* simplemente. En tal caso no se ganaban fósforos o monedas, sino demostrar quién era el más habilidoso para quedarse más cerca de la *tángara*. En este caso, para tirar se usaban los *tejes* en forma de pequeños trozos de laja. Se podía jugar individualmente o por equipos.

La rueda. Era uno de los entretenimientos más recurrentes de los pequeños, ya que para ello no necesitaban la compañía de otro niño. En algunos casos se organizaban competiciones entre varios, a ver quién llegaba primero a un punto señalado

La rueda, normalmente era el aro de una barrica y podía ser de madera o de latón. El no va más la constituía la de goma. Apreciemos esta conversación:

- ¡Ya, Hermelindo! ¿De dónde *sacastes* esa *ruea*?
- Me la trajo mi padre de Teror
- ¡Que bonita! Me la *emprestas* pa echarla un pisco?
- Una vuelta chica, *na* más. ¿Has *oío* bien?
- *Enseguía* te la devuelvo. ¡*Ño!* ¡Cómo pesa la *jodía!*

⁸ Moneda inglesa, de cobre, que circulaba sin valor legal. Las apetecidas por los pequeños eran las de mayor tamaño. A veces, las unían con resina o alquitrán, para que pesaran más.

⁹ Cinco y diez céntimos de peseta, respectivamente.

Y el compañero hacía el pequeño recorrido más privado que unas pascuas.

La rueda de goma procedía de la cubierta de un coche o de un camión. Se recortaba la parte más compacta que va junto a la llanta y quedaba espléndida. Como es lógico, eran pocos los que la podían tener y despertaba la envidia de entre todos los demás.

También podía servir de rueda el aro que tenía el balde por el fondo, una vez que era desechado

Para hacerlas rodar había que utilizar el “gancho”, que podía ser de un trozo de hierro fino, o de *verguilla* entrelazada, convenientemente doblada en uno de sus extremos, en forma de “U”.

El palo quemado. Podían participar dos o más jugadores. Consistía en esconder un trozo de palo o algo similar, previamente identificado por todos. Uno del grupo daba la orden a los participantes de taparse la cara. Y una vez que había escondido el palo, daba el grito de ¡ya! Inmediatamente todos se ponían a la tarea de buscar el “palo quemado”. Si el buscador se alejaba notablemente, el “escondedor” le decía: ¡Frío, frío! Cuando se acercaba, la palabra era: ¡Caliente, caliente! El que encontraba el “palo quemado” pasaba a ser el “escondedor”.

Los carros. Estos eran el entretenimiento de los ya mayorcitos. Su confección era bastante sofisticada, necesitando, a veces, la ayuda de un carpintero o del herrero.

El artilugio consistía en un tablero, aproximadamente de un metro de largo por unos 60 centímetros de ancho. Tenía cuatro ruedas, las cuales iban metidas en ejes de hierro o de madera. Las traseras eran fijas y las dos de la parte de delante iban sujetas a un eje móvil, que estaba situado en la punta de

un palo grueso, por lo común, en forma de “Y” que salía de debajo del tablero y se prolongaba unos cincuenta centímetros. “El conductor”, que iba sentado, controlaba la dirección con los pies y unas sogas que salían de los lados del eje, a semejanza de las riendas de un caballo. Para frenar, apoyaba los zapatos o alpargatas sobre las ruedas. Éstas solían ser de un tronco redondo de castaño y por lo general estaban forradas de goma. Para facilitar el giro de las mismas, se engrasaban bien con manteca de cochino.

Estos carros eran la delicia de los muchachos, que competían por los caminos reales de los barrios. A veces se atrevían a llegar hasta la carretera, naturalmente sin el consentimiento de sus padres y con el grave riesgo que ello suponía. En más de una ocasión ocurrió algún accidente de notoria gravedad.

El trompo. Como hemos indicado, este sencillo juguete era casi el único manufacturado que los pequeños de Las Medianías podían conseguir en las tiendas. Aunque en la actualidad puede verse de tarde en tarde a algún niño con este juguete, en aquellos tiempos donde se sitúa nuestro trabajo, era muy frecuente su protagonismo. Sus colores fuertes (rojo, verde, lila, azul...) lo hacían muy atractivo. Durante el año se sucedían diferentes juegos de manera cíclica. Pero uno de los que más entretenían a la gente menuda era éste del trompo. Para manejarlo correctamente, tenía que demostrar determinadas habilidades.

El niño podía jugar solo o en grupo. En esta segunda modalidad, solían hacer un círculo en el suelo. Y el arte consistía en hacerlo bailar dentro.

Este juego admitía muchas variedades: desplazar al trompo adversario que ya está bailando con un certero golpe y echarlo fuera. Para hacer más daño solía sustituirse la punta roma ori-

ginaria por la punta de un clavo bien afilada. Si se lograba sacar una lasca o partir el trompo del adversario, era la apoteosis.

Había otros juegos, practicados aún hoy por nuestros pequeños, como el del **boliche**, el de la **piola**, el del **teje** e incluso el de la **pelota**.

En aquellos años, cuando estaba en plena vigencia lo de “los niños con los niños y las niñas con las niñas”, éstas tenían también sus juegos y canciones específicas. Queremos hacer referencia a algunos.

El patio de mi casa. Las niñas se situaban en corro, cogidas de la mano y giraban en torno de una jugadora que se colocaba en el centro, mientras se oía la siguiente canción:

*El patio de mi casa es particular,
que llueve y no se moja
como los demás.
Agáchate (se agachan todas)
y vuélvete a agachar. (Se vuelven a agachar)
Que las agachaditas no saben bailar.
(Continúan bailando levantadas)
Hache, i, jota, ka,
ele, elle, eme, ene, a;
(dando palmadas en cada letra)
si esta niña no me quiere,
otra niña me querrá.
Chocolate, molinillo,
corre, corre, que te pillo.
Estirar, estirar,
que la coja va pasar.*

En este momento, el corro se para, se estira y se suelta de las manos para dar palmadas, mientras una de las jugadoras va recorriendo el corro a la pata coja y cantando:

*Desde chiquita me quedé ¡ pun!
algo resentida de este pie ¡ pun!
En el altar se ha puesto Carmelita
Dice que soy, que soy una cojita.
Y si lo soy, lo disimularé.
Anda que doy, que te doy
un pun- ta- pié.*

Al pasar la barca. Dos niñas mueven la soga, balanceándola a un lado y a otro. La que le toca, salta con los dos pies, mientras todas van cantando:

*Al pasar la barca
me dijo el barquero
las niñas bonitas
no pagan dinero.
Yo no soy bonita,
ni lo quiero ser,
que las niñas bonitas
se echan a perder.*

Ahora la soga gira sobre su cabeza.

*A la una y a las dos,
con papas y arroz,
judías de color,
gaseosa con sifón.
pan, vino,
garbanzos y tocino.*

(La niña que llega hasta aquí, ha ganado ya la partida, pero sigue saltando, con la soga cada vez más rápida, hasta que no pueda más).

La gallinita ciega. Este juego lo practicaban también los niños. El material usado es un pañuelo. Con él se le tapa los ojos al que “se la queda”. A la primera se le coloca en el centro del corro y una le pregunta:

- Gallinita ciega: ¿Qué has perdido?

- Una aguja y un dedal.

-En el bolsillo los tengo y no te los quiero dar.

La gallinita comienza a buscar a tientas y cuando coja a alguien, tiene que adivinar quién es. Puede provocarla para que ría y así identificarla mejor. Si acierta, pasa el pañuelo a la que cogió. Y si falla, tiene que seguir de cieguita.

Al corrito de San Miguel. Se forma un corro y giran agarradas de las manos, mientras van cantando:

*Al corrito de San Miguel,
todo el mundo cargado de miel.*

*A lo verde a lo maduro,
que se vire (se nombra a una niña) de culo.*

La nombrada, gira y se coloca de espaldas.

Se sigue cantando lo mismo y se va nombrando a cada una y cuando todas estén de espaldas, termina el juego.

Otros entretenimientos de las niñas, aparte de coser y bordar que practicaban en las escuelas, eran el juego de **las casitas, las muñecas, los recortables, el teje...** Y canciones bailadas, como **Dónde están las llaves, La Chata Virigüela, El cocherito Leré, Tengo una muñeca vestida de azul, Estando el señor don gato,** etc., etc.

Algo digno de encomio, es la aparición de diversos colectivos que han surgido en estos últimos tiempos en distintos

puntos de nuestra geografía insular canaria y que se han propuesto rescatar del olvido este tipo de canciones y juegos. Sin duda alguna, ellos harán investigaciones más a fondo y facilitarán sus conocimientos y actualización a los niños de hoy.

VOCABULARIO*

A

ABERRUNTAR. Presagiar, presentir, augurar.

ABOBITO o **ABUBITO.** Nombre que se le da a la abubilla en Gran Canaria. También se la denomina con el nombre onomatopéyico de su canto: “**Apupú**”.

ABUJA. Aguja.

ALIVIAMIENTO. Se dice cuando termina el luto riguroso y se procede a su sustitución, combinando el blanco y negro, el gris, marrón...

ALTAVACA. *Altabaca.* Arbusto de monte bajo, de hojas parecidas a las del almendro, cubiertas de una especie de pelusa resinosa que se adhiere al tocarla. Tiene aplicaciones medicinales. Su flor es pequeña y amarilla.

ARREJUNDIR. Darse prisa, poner diligencia en una tarea.

ARRIMO. Pequeña propiedad, generalmente tierra de labradío.

ASAÚRAS. Hígado y pulmones de un animal.

ATORRAO. Agazapado, escondido, agachado.

B

BÁGALO. Manojó muy reducido de avena o centeno, que se puede abarcar con un puño y que forma parte del *mantullo* ya majado.

BAILITO. Aleteo rápido que hace el cernícalo en el aire y sin avanzar, preparándose para lanzarse sobre una presa.

* Aunque varias de estas palabras están registradas en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, sin embargo las reseñamos aquí porque aparecen con un significado específico, no recogido en el mismo. Nos limitamos a términos que aparecen en este libro.

BARBECHO. Tierra de labradío que se deja descansar durante un año o más, para que se recupere.

BARDO. Seto formado por plantas, arbustos, generalmente zarzas.

BARRURA. Sedimento arcilloso que se va acumulando en los estanques, debido a las tierras que arrastran las aguas de los escurres.

BELETÉN. Primera leche que dan la vaca, la cabra, la oveja..., recién paridas.

BICHO. Animal doméstico: vaca, cabra, gallina, conejo... También se dice de una persona ruin, de mala catadura.

BORREGA. Especie de petaca de goma; bolsa para poner la picadura o tabaco. Muy usada entre los campesinos.

BRASAO. Cantidad hierba, leña, etc., que se puede abarcar con los brazos.

BUJERO. Agujero.

BULTO. Especie de mochila de tela, generalmente de color gris u oscuro, que sirve para llevar los libros a la escuela.

C

CACHO. Pequeño terreno de labranza.

CACHUCHA. Boina, gorra, bilbaína.

CADENA. Tierra de labradío, en general de forma alargada, que se levanta sobre la base de una pared de piedra.

CAMÁ. Frutos de un árbol que maduran a la vez. También se dice de los hijos de una coneja o ratón en un mismo parto.

CANTAORES. Sinónimo de “Rancho de Ánimas”. Conjunto de hombres que se reúnen para cantar a los difuntos.

CAÑALEJA. Nombre que se le da a la cañaheja, planta frágil, de tallo recto y cilíndrico y de unos dos metros de altura, flores amarillas y abundante en Las Medianías.

CAÑIZO. Utensilio casero, fabricado con trozos de caña gruesa y montado en forma de caja, que sirve para guardar el queso.

CHINGAR. Mojar a alguien, salpicar.

CHOLÍN. Denominación onomatopéyica del “palmero” o gorrión.

CINCHÁ. Se dice de la cesta que tiene una franja de color, a manera de cincha.

COBESO: Codeso. Variedad de retama, que sirve de pienso para las cabras y ovejas. Su flor es amarilla y pequeña y bastante aromática cuando calienta el sol.

COBRA. Cierta número de animales enlazados para la trilla, generalmente yeguas o burros.

COCHAFISCO. Millo tierno tostado o asado, con un poco de sal. También, millo curado, que en el tostador se le pone un poco de arenilla y estalla en forma de “palomitas”.

COJOLLA. La parte más alta y la más tierna de un árbol y arbusto.

CORRIABAQUETA. *Jalá*, sacudida, baquetazo que propina el padre a su hijo como correctivo.

CUAHLO. Voz muy usual con que se sustituyen los interrogativos “cuál” y “qué”.

CUASCUARÁS: Codorniz. Nombre onomatopéyico de su canto.

CUMBRERA. Viga central y gruesa que sostiene el techo de dos aguas. Por similitud se aplica también al de una sola agua.

D

DEMONTRE. Interjección equivalente a ¡¡demonio!!

DESAGERAO. Exagerado.

DESPALAMBRAO. Desparramado, esparcido.

E

EMBOSÁ. Embosada. Cantidad o porción de alguna cosa que cabe en el hueco que se hace con ambas manos, en forma de cuenco.

EMPALAMBRAR. Prender el fuego, poniendo alrededor y debajo del combustible principal leña menuda. Llenarse, cubrirse de parásitos.

EMPERRÁ. Ropa muy sucia y difícil de blanquear. Obstina-da, empecinada.

ENCOCHINARSE. Enfadarse extremadamente por hostiga-miento u ofensa.

ENGÜERAR. Acción de empollar el ave la huevada.

ENROÑARSE. Enfadarse de mala manera, encochinarse.

ESCARCEL. Sementera tierna y que es comida óptima para las vacas y las cabras.

ESCOBESO. Ver “cobeso”.

ESCOBÓN. Variedad de retama, de configuración arbórea, cuyas ramas sirven de comida para los animales, especialmente conejos y cabras.

ESPISPARRÁ. Fruta excesivamente madura o que se ha despachurrado.

F

FINCHADO. Metido, pinchado, sujeto a la cintura.

FOGAL, fogar. Hogar o fogón, hecho con tres teniques, sobre los cuales descansa el caldero, que se guisa con leña menuda.

FONDAJOS. Poca cosa, residuo, restos. Se aplica sobre todo al agua.

G

GAJO. Rama de árbol, normalmente desprendida del tronco.

GALLETÓN. Muchacho, joven.

GILORIO. Gana de comer atosigante. También, sensación vaga de hambre.

GRANADO. Gordo, robusto, rollizo.

GUINDAR. Colgar, suspender de lo alto. Subir a un árbol.

J

JAIRO. Macho cabrío.

JALÁ. Paliza, zurra.

JAPIAR. Ladrar.

JASE. Haz, porción atada de mies, leña, hierba...

JABÁ. Jabada. Gallina con pintas en el plumaje, especialmente blanco y plumizo, en forma de escamas.

JORQUETA. Instrumento de madera, semejante al biello, pero más rústico.

JOSE. Hoz.

JUNERA. Hornera. Pájaro muy pequeño, poco huidizo y que construye su nido en forma de horno.

JURGONERO. Palo menudo y largo, con un trapo atado a su extremo, que se usa, básicamente, para extraer los tizones del horno.

JURRIA. Muchedumbre, montón, gran cantidad. Siempre se aplica a seres animados.

L

LAMBRIASO. Golpe, leñazo, porrazo que se propina con la mano o una vara.

LEGUME. La rama verde y tierna de trigo, cebada, centeno y avena, que sirve de alimento para el ganado.

LIRIASO. Trozo de terreno de labradío, en general estrecho y largo.

M

MACANASO. Copa de ron o de vino que se bebe de un trago. Golpe, leñazo.

MACOLLA. Conjunto de plantas agrupadas, que destacan: cañas, hierba...

MAMAERA. Especie de biberón que se le da a los baifos y otras crías de animales. Se aplica también a la borrachera.

MALIMPRIAO. ¡Qué lástima!

MANÁ. Haz, conjunto de hierba, cañas, pasto, leña...

MANCHÓN. Trozo de tierra para criar pasto y de plano inclinado.

MANTULLO. Haz reducido de mies, normalmente de centeno o avena.

MAQUILA. La paga que se da al molinero por la molienda.

MECHÓN. Tubo metálico, cargado de petróleo y provisto de una mecha. También, trozo de palo con una estopa en un extremo, impregnada de petróleo. Excelente medio de alumbrarse por los caminos.

MEDÍA. Vaso de latón, equivalente a medio litro.

MENEADOR. Palo largo o caña gruesa, con un trapo amarrado a un extremo, en forma de ovillo y que usa para remover el grano en el tostador.

MOCHASO. Golpe que se le da al cerdo en la cabeza con el revés del hacha, para dejarlo aturdido antes de clavarle el cuchillo, cuando “la *matá*”.

MORADA. Guarida que los conejos hacen bajo tierra, normalmente debajo de los peñascos.

MUSOLINA. Muselina. Tela de algodón, lana, etc., fina y poco tupida.

O

OLIAR. Dar los Santos Óleos, la Extremaunción o Unción de Enfermos..

P

PAJULLO. Paja, hierba seca, desmenuzadas.

PALOTE. Rama de millo, a la que se le ha quitado la piña.

PANASCO. Hierba seca y pequeña.

PERTIGASO. Caída, resbalón con golpe.

PICAQUESO. Herrerillo. Pájaro bastante común en Las Medianías.

PIRATA. Auto pequeño, que se dedica a la conducción de viajeros en una línea determinada: Arucas, San Mateo...

PÍRGANO. Tallo o nervio central de la hoja de la palmera, que se emplea de palo, generalmente para la escoba.

PIRGANUDO. Se aplica a una persona bastante alta y flaca.

PISPIRITA. Nombre que se le da a la *alpispa*, pajarillo que se le ve por las acequias, manantiales y estanques.

PISQUIAR. Pizquear. Comer pequeñas cantidades a destiempo. También, tomar, principalmente, un pizco de ron.

PITORRO. Pieza de las cocinillas, que se encuentra en el quemador, por donde sale el petróleo a presión y que se tupe con mucha frecuencia.

PUÑAO. Pequeña cantidad de hierba, *legume*, etc., que se da de comida a los animales.

PUÑO. Pequeña cantidad de gofio amasado.

Q

QUEMADOR. Pieza de las cocinillas, que contiene el “pitorro” y donde se produce la combustión del petróleo.

R

RABIOSO. Muy enfadado, de mal genio.

RÁIDO/A. Lleno hasta arriba, sin desparramarse.

RALA. Amasijo de rollón y afrecho para los animales lecheros y para engordar a los cochinos. También, amasijo de gofio, que puede ser con vino, leche, etc.

RAÑA. Suciedad humana pegada fuertemente, porquería.

RATONERA. Planta pequeña, de monte bajo, de forma vistosa, de flor amarilla lustrosa.

REBLUJAR. Revolver de mala manera.

REBULLICIO. Movimiento, ruido tenue de algo cercano y de causa incierta.

REAL. Moneda o conjunto de monedas, cuyo valor es de 25 céntimos de peseta.

RODILLERA. Denominación que se le da al rodete y que se ponen las mujeres en la cabeza para cargar y llevar sobre ella un peso.

S

SALMUERA. Agua que se acumula en el fondo de la barrica que contiene la carne salada del cochino. También, el suero que escurre el queso recién hecho, todavía en el aro, al que se le ha cubierto de sal. En general se dice de todo alimento que está muy cargado de sal.

SALÓN. Capa o estrato de tierra muy compacto, idóneo para excavar las cuevas, tanto para los tanques como para las viviendas.

SÁHNICALO. Cernícalo.

SIO. So. Palabra que se antepone a algunos adjetivos para reforzar su significado.

SUERO. El líquido resultante de la presión de la cuajada cuando se hace el queso y que se guisa para comerlo.

T

TABEFE. Véase “**suero**”.

TABIQUE. Véase “**suero**”.

TANGANASO. Trago con que se toma de un golpe un vaso de ron u otra bebida alcohólica.

TÁNGARA. Juego infantil en el que hay que derribar un objeto pequeño con una moneda o *teje*. El nombre del objeto a de-

rribar.

TENIQUES. Piedras grandes (tres) con que se hace el *fogal* o fogón. En sentido figurado: brutos, soquetes.

TOLETIÁ. Paliza, serie de golpes.

TOLVA. Especie de embudo gigante donde se echa el grano en el molino para ser molido.

TOSTÓN. Conjunto de monedas que equivalen a 1 peseta y 25 céntimos.

TRAVESÁ. Cantidad o porción de alguna cosa que cabe en el hueco de una mano.

TRUSCO. Piña pequeña y *esrabonada* del millo, que se le echa al cochino para engordarlo.

TUMBO. Resto de cuajada que se va con el suero, cuando se hace el queso.

V

VARAJÓN. Vara gruesa y larga. Tronco menudo de un árbol joven y que tiene múltiples aplicaciones: enlatadas, cabos de aperos, etc.

VERA. Veda. Tiempo en que está prohibida la caza.

VOLAOR. Volador. Cohete o “*cuete*”.

EXPRESIONES COLOQUIALES*

ABRE EL OJO Y MARCA EL PASO. ¡Ándate con mucho cuidado!

A JECHO. Seguido, sin dejar nada atrás, totalmente.

AHORA ME DESAYUNO. ¡Ahora me entero!

AMARGOS CHOCHOS. Expresión figurada y familiar, referida a un mal trago o situación penosa.

AQUILANTE. Cerca de aquí.

A TODA MECHA. Rápidamente, a toda velocidad, a prisa.

CACHARRO DE PASTILLAS. Recipiente grande de lata, que contiene las pastillas o productos de confiterías, hechos a base de azúcar y variados colores. Una vez vacío se dedica a diversos usos domésticos.

CAMIÓN DE ABASTOS. El camión que transporta los alimentos del “Racionamiento”.

CANTAR BARRENO. Voz en grito que se da para anunciar la explosión inminente de un barreno.

CARTILLA DE RACIONAMIENTO. Documento en el que se hace constar los componentes de una familia y donde el tendero va marcando los diferentes artículos objeto de racionamiento y la cantidad que el titular va retirando durante el mes.

DARSE UN SALTO. Ir a un sitio, desplazarse en un tiempo muy corto

DE GOLPE Y PORRAZO. De repente, inesperadamente.

ECHAR VERDÍN. Ponerle veneno al millo recién nacido para matarle las lagartas.

* Aunque la mayoría de estas expresiones están recogidas en múltiples escritores canarios, estimamos conveniente el reseñarlas aquí, para facilitar su comprensión a las nuevas generaciones y a aquellas personas poco conocedoras de la modalidad del español en Canarias.

EL LLENAO. Acción de aderezar las morcillas, cuando “la *matá*” del cochino.

EL MOJO. Comida familiar que se realiza con motivo de “la *matá*” del cochino y que es a base de su carne y papas *sancochás*.

EL VINO. Celebración que se hace el domingo de la tercera amonestación en las casas de cada uno de los novios, consistente en vino, chocolate y galletas, fecha en la que reciben los regalos.

EN TRES PATADAS. Inmediatamente, con toda rapidez, enseguida.

ENTRADA DE PALOS. Paliza; una serie de *leñasos*.

LA MATÁ. Acción de matar al cochino, para aprovechar toda su carne, haciéndose la salazón, morcillas, chorizos, chicharrones, etc.

LLEGARLE LAS PATAS AL CULO. Expresión que indica que corre a toda velocidad, que va a carrera abierta.

MEMORIAS A LA FAMILIA. ¡Saludos, recuerdos a la familia!

MERITA LA PENA. Merece la pena.

MISA MAYOR. Misa solemne y que se celebra con la mañana ya avanzada.

MISA RESÁ. Misa que se dice sin solemnidad alguna, normalmente a hora muy temprana.

NO ES GUSTANTE. No es del agrado, no gusta.

P’A QUÉ FUE AQUELLO. ¡La que se armó! ¡Menudo lío se produjo!

PASAR POR LOS BESOS. Echar en cara,

PIS Y CUARTA. Modalidad del juego de boliches entre niños.

PONERSE EN PLANTA. Levantarse, despertarse.

RESFRIAR LA TIERRA. Regar la tierra seca, para ararla y plantarla a continuación.

SI LE DIGO LO ENGAÑO. Yo no sé nada, no sé.

SI LA LLEGO A GOLER. ¡Si lo llego a sospechar!

SOCALAR CAÑAS. Arrancarles las hojas a las cañas para echárselas a los animales.

TOCAR A DEJÁ. El tercero y último toque de campanas con el que se llama a misa.

VEMERÍA. Interjección que equivale a ¡Ave, María! Expresión de sorpresa.

VOLVER AL SURCO. Regresar, volver a donde se estaba antes. Arrepentirse.

Colaboran en esta edición:



Gobierno de Canarias
Presidencia del Gobierno
Vicepresidencia del Gobierno



Ilustre Ayuntamiento de Valleseco



CAJA RURAL DE CANARIAS